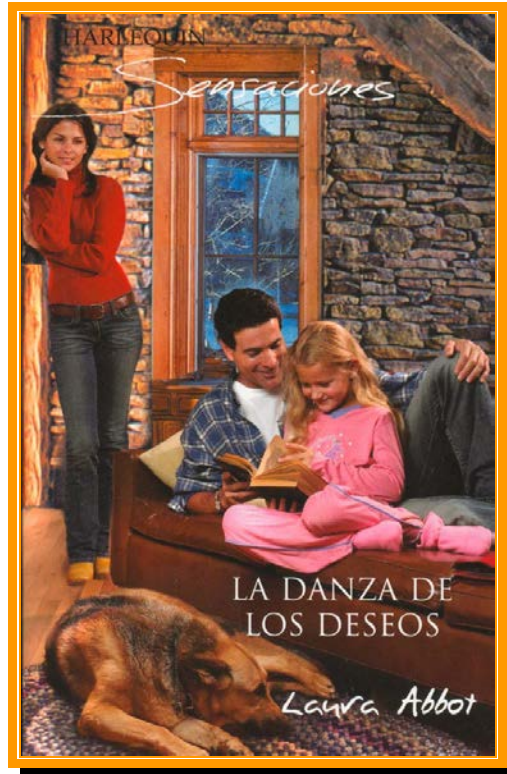


La danza de los deseos

Laura Abbot



La Danza de los Deseos (2006)

Título Original: The Wrong Man (2004)

Editorial: Harlequín Ibérica

Sello / Colección: Sensaciones 536

Género: Contemporáneo

Protagonistas: Trent Baker y Libby Cameron

Argumento:

Casarse con el hombre equivocado sólo podía llevar al divorcio...

Fue una dura lección, pero Libby Cameron la aprendió bien. Doce años después, su ex marido regresó a la ciudad, pero ella era lo bastante lista como para no volver a las andadas... aunque no resultara tan fácil después de descubrir que Trent estaba criando a una niña él solo.

Kylie Baker la necesitaba y Libby no podía darle la espalda. Igual que no podía dar la espalda a lo que sentía por Trent. Pero, ¿cómo podría olvidar todo lo ocurrido, todas las veces que él la había decepcionado? ¿Habría cambiado de verdad? ¿Podía el hombre equivocado convertirse en el adecuado?

Capítulo 1

Rápidos de espumeante agua, traicioneros terrenos escarpados, rodeos en calidad de amateur. Hasta hacía bien poco, Trent Baker había vivido corriendo riesgos y acostumbrado a salir airoso de todos los obstáculos. Sin embargo, nada lo había preparado para lo que significaba ser padre soltero.

–Kylie, tesoro, llegarás tarde al colegio.

–Tengo que encontrarlo, papá. Mamá decía que era bonito.

Haciendo un esfuerzo por controlar la impaciencia, Trent se apoyó en la pared de la habitación rosa y blanca mientras su hija de siete años vaciaba el joyero con música en busca de un escurridizo pasador que parecía ser el único que hacía juego con su ropa: leotardos rosas y jersey de cuello alto de flores en color morado y rosa. Ya habían buscado en todos los cajones de la cómoda, el suelo del armario y el armario del baño.

–¡Aquí está! –dijo la niña haciendo una pirueta, los ojos azules brillantes. A continuación, le entregó a su padre el cepillo y se sentó en la cama –. Ponme guapa.

Sus inocentes palabras fueron como un dardo. Arreglarle el pelo le parecía un reto demasiado importante.

Kylie esperaba pacientemente mientras él cepillaba el pelo largo y rubio, igual que el de su madre. Abriendo torpemente el pasador, Trent deseó con vehemencia que las niñas llegaran con un manual de instrucciones.

–¿Qué te parece? –preguntó al fin.

–Está torcido –dijo la niña, que corrió al espejo para mirarse.

Trent suspiró. Ashley lo habría hecho perfectamente.

–Ponte el abrigo, cariño.

La mirada de la niña le dejó claro que como peluquero era un desastre pero, para su alivio, se dirigió al armario y se dejó ayudar para ponerse la parka con sumo cuidado para no romper el precioso pasador.

A continuación se colocó la mochila a la espalda y lo siguió hasta el todoterreno pickup que Trent había dejado calentándose con el contacto encendido. Tras acomodar a Kylie en su asiento la parte trasera, Trent raspó los restos de hielo de la luna.

–¿Tienes frío?

Por toda respuesta, Kylie se encogió de hombros, cruzó los brazos y agachó la cabeza. Con ligeras variaciones, su actitud era la misma todos los días. Esa mañana, el retraso se había debido al pasador «perdido». Otros días, se quejaba de dolor de estómago, o se negaba a desayunar o se negaba a hablar, igual que estaba haciendo en ese momento. Trent tuvo que controlar la sensación de pánico ya familiar. No tenía ni idea de lo que hacer con ella.

Ashley siempre lo había sabido. Pero Ashley no estaba allí. Nunca lo haría y, mirándolo bien, Kylie era una niña modelo.

Su comportamiento era normal, el consejero del colegio se lo había dicho. No todos los niños manejaban la tristeza de la misma forma y la aversión al colegio era una de las reacciones. Pero también el rechazo. Un comportamiento controlado. La sobreactuación.

Trent miró por el retrovisor. Kylie tenía la mirada fija en sus manos sobre el regazo. Parecía muy frágil, indefensa y sola.

Trent clavó las manos en el volante. No era justo. Una voraz leucemia había acabado con la vida de su hermosa y vivaz Ashley sin que él pudiera hacer nada por evitarlo. Había pasado ya casi un año y en su casa aún hacía eco la presencia de mamá. La leucemia había dejado bien claro el mensaje. Trent Baker había dejado de ser dueño de su vida y ni siquiera sabía cómo ayudar a su hija. Menudo padre.

—No voy a ir — una voz llena de tristeza lo sacó de sus pensamientos.

—Ya lo hemos discutido, Kylie. Sí vas a ir. Es la ley —dijo él intentando que su voz sonara neutra.

—¡Te odio!

Trent no se atrevió a mirar por el retrovisor y ver la beligerancia que brillaba en los ojos de Kylie.

—Es una pena porque yo te quiero mucho —dijo él entrando en el colegio consciente de que la mayoría de los niños ya habían entrado. Le habló con ternura mientras le desabrochaba el cinturón—. Intenta pasarlo bien. El colegio merece que le des una oportunidad. Puede que te guste —sonrió pero sólo recibió una mueca de cinismo por parte de la niña.

Kylie salió del coche y, sin mirar atrás, se dirigió a la entrada. Por la tarde, su profesor le dijo que Kylie se pondría bien pero, con el fatalismo que nace de la experiencia, él sabía que la historia volvería a repetirse a la mañana siguiente.

Tampoco ayudaba que tuviera que quedarse en el colegio haciendo actividades extraescolares y que luego fuera a recogerla su abuela hasta que él saliera del trabajo; ni que el frío invierno de Montana la obligara a quedarse encerrada en casa el resto del día; ni que el contrato de alquiler le prohibiera tener animales en casa.

Pero, aunque hubiera podido solucionar todas esas eventualidades, seguiría sin poder darle aquello que más necesitaba: a su madre.

Libby Cameron se puso el abrigo y tomó el maletín con los trabajos corregidos. Después cerró la puerta con llave y bajó con cuidado los escalones cubiertos de hielo de su casa para entrar en el coche que la esperaba aparcado junto a la acera.

—¡Qué frío! —murmuró mientras subía al asiento del copiloto—. Una fría mañana en Whitefish.

Doug Travers sonrió.

—¿Qué tiene de malo un poco del reconfortante aire de Montana? —tomó la mano enguantada de Libby—. Sobre todo, estando acompañado de tan bella mujer.

El aroma a loción de afeitado de marca y cuero de coche nuevo se mezcló con el agradable calor de la calefacción.

—Gracias por llevarme a trabajar. Uno de los profesores me llevará al taller a recoger mi coche.

—¿Estás segura de que no puedo ayudarte? —el tono solícito de Doug no dejaba lugar a dudas.

Libby estudió el perfil del hombre: barbilla firme, labios jugosos, nariz griega, frente alta y prematuras entradas. Guapo como un ejecutivo de éxito. Un buen hombre. Un hombre familiar del que poder depender.

Libby se había llevado una gran sorpresa cuando Mary Travers, la directora del colegio de primaria en el que daba clase, le había sugerido una cita a ciegas con su hijo. Al principio, se mostró reticente. No tenía muchas ganas de volver a salir con nadie después de varias relaciones fracasadas. Y menos ganas aún de pensar en algo tan ridículo como volver a enamorarse. De hecho, vivir sola era un lujo comparado con la sensación de estar pendiente del hombre equivocado. No era ninguna estúpida y la experiencia le había enseñado. Aun así, lento pero seguro, Doug se había ido haciendo un hueco. Se había comportado como un caballero durante los seis meses que llevaban saliendo y, por mucho que ella odiara admitirlo, le resultaba agradable tener a alguien con quien ir al cine, a las funciones del barrio y fiestas del colegio.

—Lib, he conseguido entradas para la sinfónica en Missoula este fin de semana. Pensé que podríamos ir cenar en un bonito restaurante, ir al concierto y pasar la noche en un pequeño hotel nuevo del que he oído hablar.

Libby notó que las manos empezaban a sudarle dentro de los guantes. ¿Era su imaginación o había dicho algo de pasar la noche en un hotel?

—Yo... el concierto... ¿Quién es el artista invitado? —tartamudeó.

—Un chelo de Praga —dijo él mirándola desconcertado.

—Oh —«di algo, rápido»—. ¿Qué noche?

—El sábado —dijo él con tranquilidad entrando en el colegio.

Libby se removió inquieta abrazando con celo la cartera de sus libros.

—Deja que lo piense.

—Lib, ¿te preocupa lo de pasar la noche en un hotel? —preguntó él sujetándola por el antebrazo. Libby notó la boca seca.

—No sabía qué pensar —dijo finalmente consciente de que sonaba ridículo. Cualquier mujer de treinta y tantos de Montana no lo dudaría ante la posibilidad de pasar el fin de semana con Doug Travers. Era un buen partido sin duda alguna. Un agente de seguros de éxito acostumbrado a las cosas buenas, generoso con su dinero, un hijo y un tío cariñoso. Libby desearía...

—Reservaré habitaciones separadas —dijo él aunque su tono delataba que había esperado algo distinto.

—Estará bien —dijo ella tragando con alivio y saliendo del coche a continuación—. Quedamos en eso. Estoy deseando ir.

De pie en el frío de la mañana lo vio alejarse con una sensación extraña en el estómago. Hasta el momento su relación había sido... cómoda y agradable.

El frío del aire de diciembre sacudía los extremos de su bufanda haciéndole burla. ¿Qué hombre normal se conformaría con una relación «cómoda y agradable»? ¿Y por qué no podía ella ofrecer nada más?

Sabía la respuesta pero se negaba a pensar en ello. Buscó el refugio que le daba su clase decorada con alegría donde los abrazos, las risas y el entusiasmo contagioso de sus niños de segundo le hacían revivir como nada lo había hecho desde que...

«¡Idiota! Déjalo estar ya».

Trent estaba en cuclillas comprobando las puertas cristaleras que había instalado en aquel enorme salón. A través del cristal se veía la ciudad de Billings y tras ella el río Yellowstone, más allá del cual se observaba una pradera cubierta por unas oscuras nubes. Tras él, en la cocina, su suegro hablaba con los exigentes dueños de la casa que querían un nuevo cambio en las especificaciones pactadas. Trent gimió. No comprendía por qué Gus lo soportaba pero su suegro a menudo le recordaba que construir una casa a medida significaba eso precisamente, tener que cumplir los deseos del cliente por muy frívolos o molestos que pudieran resultar.

Con la caja de herramientas en la mano, Trent se dirigió a la habitación de invitados donde nadie pudiera escucharla. Tomó la lijadora y se puso a trabajar con las estanterías de una librería. Ya antes de recibir la llamada de su amigo Chad, Trent se había estado preguntando cuánto tiempo aguantaría en ese trabajo. No era que no hubiera apreciado en su momento el trabajo que Gus Chisholm le había proporcionado. Cuando Trent conoció a Ashley no tenía un empleo fijo. Había sido instructor de esquí y de rafting, había trabajado en un rancho y también había sido carpintero. Y se había dado cuenta de que tendría que sentar la cabeza si quería casarse con ella. Hasta entonces, sólo se había preocupado de divertirse, sin mostrar deseo alguno de labrarse un futuro.

Poco después, la idea del matrimonio dejó de ser cuestión de deseo y pasó a ser obligación. Su embarazo los pilló desprevenidos a los dos.

La oferta de Gus de trabajar con él en la construcción de casas de lujo había llegado como caída del cielo y no quería pensar en lo que habrían hecho de no haber contado con el seguro médico cuando Ashley enfermó. Pero últimamente, Trent se iba dando cuenta de que no tenía la paciencia necesaria para el negocio de la construcción ni la diplomacia para tratar con clientes ricos y caprichosos.

Se preguntaba si habría llegado el momento de cambiar. Chad Laraby, su mejor amigo necesitaba un socio con quien comprar Swan Mountain Adventures, una

empresa de turismo activo en su pueblo natal, Whitefish, que ofrecía excursiones organizadas en las que practicar rafting, caza, pesca, excursionismo y bicicleta de montaña. Era el trabajo perfecto. El y Chad siempre habían formado buen equipo, tanto para ligar en el instituto como para ganar el campeonato de baloncesto. Trent no confiaba tanto en nadie más.

Por entonces, tanto Chad como él consideraban que la vida estaba hecha para disfrutar y habían aprovechado todas las oportunidades, pero en el presente... Chad estaba casado y tenía un hijo y una hija y los dos se tomaban la paternidad muy en serio. Aunque vivían separados habían intentado no perder el contacto pero, desde la muerte de Ashley, Trent echaba mucho de menos la alegría de Chad y también su sentido común. La suya era una oferta que no podía dejar escapar. Era un trabajo que satisfaría su necesidad de aventura y al mismo tiempo, la de asegurar un futuro para él y su hija.

¿Pero cómo afectaría a Kylie un cambio así? ¿Era justo para ella separarla de sus abuelos?

La oferta de Chad parecía perfecta para él. Excepto por una cosa. Si regresaba a la zona de Glacier Park sería inevitable encontrarse con Lib. ¿Por qué enfrentarse de nuevo con el pasado que había dejado atrás?

«¡Mentiroso! No has dejado nada atrás».

Desde la llamada de Chad, Trent no había podido dejar de pensar en Libby ni había logrado contener los sentimientos que esos recuerdos despertaban en él. Había un dicho sobre el primer amor, algo así como que nunca se olvida. Trent se apoyó en la pared deseando que la vida fuera más fácil. Su mente se llenó de imágenes de Libby... su pelo oscuro recogido en una cola de caballo, su cálido cuerpo unido al suyo encendiéndole la piel.

«Déjalo, Baker», se dijo pasándose los dedos por el pelo. ¿Por qué estaba pensando en Lib? Aquello pertenecía al pasado y allí debía quedarse.

Pero a pesar de su resolución, se vio asaltado por una nueva imagen de Libby, una mujer que alimentaba a todo ser vivo que encontraba, sosteniendo en sus brazos a Kylie.

En ese momento, oyó que Gus lo llamaba desde la entrada de la casa.

– Ya voy – dijo al tiempo que recogía las herramientas.

Chad necesitaba una respuesta y pronto. Trent racionalizó lo que quería hacer y la verdad resonó con fuerza en su mente. Su decisión era «sí».

Hacia el final del día, Kirby Bell había conseguido hacer una suma de dos números, Heather Amundsen se había pegado chicle en el pelo y Josh Jacobs había vomitado la comida. Libby tenía dolor de espalda después de ayudar a tantos niños a ponerse las botas pero cuando el último de sus alumnos hubo salido de la clase después de abrazarla con sus bracitos gordezuelos, sonrió satisfecha y aliviada.

Mientras ordenaba las mesas, disfrutó del olor a pegamento, rotuladores y plastilina que flotaba en el ambiente. Casi todos los días daba las gracias por haber tenido la suerte de encontrar el trabajo de sus sueños, un trabajo con el que podía vivir de forma sencilla pero cómoda en uno de los lugares más hermosos del mundo.

Preparándose para la cercana visita de la narradora Louise Running Wolf McCann, Libby despegó de la pizarra las fotos de plantas de la zona noroeste y las reemplazó por las de animales autóctonos.

«Weezer», como había sido conocida por generaciones de niños en Whitefish aquella mujer perteneciente a la tribu de los Pies Negros, compartiría con sus alumnos algunas leyendas de los Indios Nativos relacionadas con los animales.

Después recogió los trabajos del día que había dejado en su mesa. Frunció el ceño al darse cuenta de que el pequeño Rory Polk había dejado sin contestar la mitad de las preguntas del ejercicio de comprensión oral. El pobre trataba de ocultarse en su mesa, en un intento por pasar inadvertido. Libby no podía dejar de pensar que algo malo debía de estar ocurriéndole en casa.

Al ver la hora que era recordó que había quedado con Lois Jeter, su mejor amiga y colega, para que la llevase a recoger su coche al taller.

Se dirigió a la salida apresuradamente observando complacida el vestíbulo adornado con las exposiciones de arte de los alumnos del centro. Mary Travers estaba fuera de la secretaría, las manos apoyadas en los hombros de un escuálido alumno de cuarto.

—Jeffrey, ya hemos hablado de las bolas de nieve. ¿Quieres que tengamos otra conversación?

—No, señora —dijo el niño sacudiendo la cabeza.

—Bien. Sé que tirar bolas de nieve es divertido, pero también puede ser peligroso, especialmente en una zona como ésta llena de niños pequeños.

Libby vio cómo Mary daba la vuelta al niño y le palmeaba la espalda en señal de que había terminado la riña. La directora, una mujer baja y regordeta con una tez lustrosa y el cabello negro veteado de canas recogido con sencillez, dirigía con firmeza pero también con mucho amor aquella escuela y era respetada por todos.

—Bien hecho —dijo Libby acercándose a ella.

—Chicos —dijo ella dándose la vuelta y sonriendo al verla—. Les resulta difícil resistir la tentación. ¿Qué tal te ha ido el día? —y con esto invitó a Libby a entrar en el despacho.

—Casi perfecto. Como todos los demás.

—¿Y lo dices aun después del incidente de Josh Jacobs?

—Bueno, esas cosas pasan. Pobrecito Estaba muy avergonzado.

—No hemos podido localizar a su madre hasta hace poco —dijo Mary bajando la voz.

—Déjame adivinar. ¿Molesta porque su hijo se había puesto enfermo?

–Por decirlo finamente. Algunas personas simplemente no deberían tener hijos.

Libby se estremeció al pensarlo. ¿Por qué a las personas como la señora Jacobs se les concedía el don de los hijos y a ella no? Rápidamente trató de controlar sus sentimientos.

–Para eso estamos aquí. Para recoger los pedazos.

–Lib –una voz la llamó desde el otro extremo del vestíbulo—. Ya estoy aquí –dijo la pelirroja Lois Jeter, la profesora de gimnasia, acercándose a ellas—. Siento llegar tarde, el gimnasio estaba hecho un desastre. Acabo de terminar de colgar las colchonetas.

–Todos te apreciamos –dijo Libby con una sonrisa—. En días de viento como hoy, los niños necesitan quemar en algún sitio todas sus energías.

Mary se giró entonces hacia ella.

–Tengo entendido que Doug y tú también vais a quemar energías este fin de semana en Missoula.

«Quemar» y «Doug» en la misma frase hizo que Libby notara un cosquilleo en el estómago. Y no facilitaba nada las cosas que Mary la mirara con evidente aprobación, que no tenía nada que ver con sus méritos como profesora.

–¿Missoula? –preguntó Lois arqueando una ceja.

–Vamos a un concierto.

–Y yo que creía que se trataba de algo más salvaje –dijo Lois levantando los brazos en un gesto de impaciencia.

–¿Cómo dices? ¿Y perderme a Mozart? Necesito culturizarme –dijo Libby tratando de mostrarse despreocupada.

–Lo mismo le pasa a Doug, querida –dijo Mary dándole unas palmaditas en el hombro—. Lo mismo.

En el trayecto hasta el taller, Libby agradeció la conversación de Lois porque de esa forma evitó pensar en la mirada de Mary Travers. Y lo que era peor, averiguar por qué su aprobación le resultaba tan incómoda.

Trent estaba haciendo cálculos en la mesa de la pequeña cocina de su apartamento. Delante tenía las estimaciones que había hecho Chad sobre lo que costaría comenzar el negocio, los balances de beneficios y pérdidas de los últimos tres años, y un informe desglosado de los ingresos generados por cada uno de los servicios que Swan Mountain Adventures ofrecía. A causa de los recientes incendios en la zona, los dueños actuales consideraban que el negocio no les salía rentable. Chad tenía las cualidades personales y la experiencia profesional para llevar las cuentas y la promoción, mientras que Trent conocía a la perfección el equipo y su mantenimiento. Y ambos poseían un conocimiento de los deportes al aire libre y

tenían experiencia como instructores. Trabajando duro y con un poco de suerte, la aventura empresarial sería una apuesta segura.

Miró hacia el salón donde Kylie jugaba en el suelo rodeada de todas sus Barbies. Parecía dialogar con ellas.

—Mami no quiere que te vistas de naranja y rojo —la oyó decir con voz aflautada y a continuación la vio sacudir la cabeza con desaprobación—. No pegan nada.

Cerró los ojos ligeramente. Ashley siempre se las ingeniaba para estirar el dinero y satisfacer así su necesidad por estar siempre perfecta, claro que el resultado bien valía la pena. Todo el mundo se giraba cuando entraba en una habitación. Sin embargo, lo preocupaba que Kylie se mostrara tan repipi. Era como si se apoyara en la apariencia como una forma de... controlar su mundo y mantener vivo el recuerdo de Ashley.

—Papá.

—Sí, cariño —dijo él abriendo los ojos de repente.

—Estás haciendo deberes?

—Algo así, sí.

Kylie dejó la muñeca en el suelo y se acercó a él con la frente arrugada.

—Pero tú no vas al colegio.

—No, pero trabajo.

Se encaramó a él y le echó los brazos al cuello.

—Con herramientas. Eres «campintero».

Su mala pronunciación de la palabra siempre lo hacía sonreír.

—Car-pin-te-ro —corrigió él revolviéndole el pelo y suspirando antes de hacer la pregunta que tanto temía—. ¿Y qué pasaría si no quiero seguir siendo carpintero?

La niña lo miró con los ojos muy abiertos.

—¿No quieres ser carpintero? ¿Y qué serás entonces? —preguntó pero antes de poder darle una explicación la niña continuó —: ¡Ya lo sé! Podrías ser el jefe, como el abuelo Gus.

Trent la abrazó contra el pecho.

—No, cariño, no podría. Aunque fuera el jefe, seguiría echando de menos todas las cosas que me gustan.

—¿No te gusta ser carpintero? —dijo ella con gesto sorprendido como si pensara que los padres no podían cambiar de opinión nunca.

—No, cariño, no me gusta. A mí me gusta andar por la montaña y esquiar y pescar y estar siempre al aire libre.

—Oh —contestó ella asintiendo con la cabeza en señal de comprensión—. Te gusta jugar pero no trabajar.

Trent se quedó pensativo. ¿Acaso aquello sólo se trataba de una necesidad inmadura de recuperar la adolescencia perdida?

— ¿Y qué me dices si mi trabajo fuera como si estuviera jugando?

— Eso es una tontería, papá — dijo ella riéndose.

— ¿No te gustaría que fuera... más feliz? — dijo tras vacilar un momento.

— Estamos tristes, ¿verdad? — dijo Kylie entonces acariciándole la mejilla —. Los dos echamos de menos a mamá.

— Pero mamá querría que fuéramos felices de nuevo, y que riéramos y jugáramos.

— Vale — dijo ella zanjando el asunto.

¿Vale? Si fuera tan sencillo... Había repasado una y otra vez la mejor manera de decírselo a Kylie y ahora que tenía que hacerlo, se quedaba mudo. Se humedeció los labios y la abrazó con más fuerza antes de comenzar.

— Tengo algo importante que decirte y quiero que me prestes atención.

— Es sobre mamá, ¿verdad?

— No exactamente.

— Lo sé. Es sobre la carpintería — dijo ella frotándose la nariz.

— Sí. Ayer le dije al abuelo que no seguiré trabajando con él. He aceptado un trabajo en un lugar llamado Whitefish donde seré mucho más feliz. Y creo que te encantará vivir allí.

— ¿Vamos a mudarnos?

Trent tragó con dificultad y asintió. Con un respingo, Kylie se bajó al suelo y lo miró fijamente mientras jugueteaba con un lazo de su jersey.

— ¡No!

— Pero, tesoro...

— No iré — dijo ella haciendo el puchero habitual.

— Acabas de decir que te gustaría volver a reír y a jugar.

— Pero aquí — dijo ella pataleando.

— Te gustará Whitefish. Allí fui yo al colegio — dijo Trent sintiendo un nudo en el estómago.

— ¡No me gustará!

— Pero hay lagos y montañas. Podrás aprender a esquiar y a andar con raquetas y...

— No — dijo ella sacudiendo vigorosamente la cabeza rubia—. No podemos irnos.

Trent trató desesperadamente de comprender la situación desde el punto de vista de su hija. Su vida había sufrido muchos cambios últimamente y no le parecía justo infligir uno más aunque significara para él un alivio.

— ¿Por qué no?

Kylie permaneció quieta, mirándolo como si le acabara de hacer la pregunta más ridícula del mundo.

— Porque mamá está aquí.

— Tesoro, ya lo hemos hablado muchas veces — dijo él sintiendo que el dolor lo invadía todo—. Mamá está muerta. Pero aunque nunca vuelva a estar con nosotros, siempre estará su espíritu, pero ella ya no está en Billings.

Contempló desconcertado cómo la cara de Kylie se contraía con rabia tiñéndose de rojo antes de hablar.

— ¡Sí que está aquí! Está en ese sitio con la piedra. ¡El cem-cementerio!

— Cariño — aunque Kylie luchaba por soltarse, Trent la tomó en brazos y finalmente se quedó rígida e inmóvil—. La decisión está tomada.

— No me iré — dijo ella mirando hacia la pared. Aquello estaba siendo más difícil de lo que había esperado.

— ¿Y con quién vivirás si no es conmigo?

— Con la abuela Georgia y el abuelo Gus.

Trent se mordió el labio, consciente de que a sus suegros les encantaría la idea.

— ¿Y no me echarías de menos?

— Podrías visitarme — dijo ella encogiéndose de hombros pero sin mirarlo.

— No podría venir a verte muy a menudo porque tendría que trabajar.

Kylie permaneció inmóvil.

— Me gustaría que vinieras conmigo — continuó él—. En Whitefish hay un lago enorme y unas colinas para esquiar. Podrías ir al mismo colegio al que fui yo.

Vio cómo le temblaban los labios a la niña mientras jugaba nerviosa con el borde de la camisa.

— Parece que tenemos un problema. No soy feliz trabajando como carpintero y tú no quieres dejar Billings. ¿Qué crees que podemos hacer?

— ¿Qué vas a hacer... en ese sitio? — masculló Kylie.

Armándose de paciencia, Trent le explicó lo del negocio multiaventura. Le habló también de su amor por la naturaleza, y le dijo que quería compartirlo con ella. Y le dijo lo solo que se sentiría sin ella.

— ¿Y dónde viviremos?

— Para empezar, en la cabaña de invitados de Weezer McCann.

— ¿Weezer? ¿Quién es? — preguntó la niña arrugando la nariz.

– Ya te he hablado de ella. Es la mujer que nos ayudó a la abuela Lila y a mí cuando yo era pequeño. Fue como mi segunda madre. Te gustará. Cuenta unas historias preciosas.

– ¿Historias de qué? – preguntó Kylie entrelazando los dedos sobre la muñeca de él.

– Leyendas de los Indios Americanos sobre pájaros y peces y muchos otros animales; por qué se llaman como se llaman y por qué hacen lo que hacen.

– ¿Como las marmotas y los osos?

– Eso es.

Y justo cuando empezaba a creer que la había convencido, frunció el ceño de nuevo.

– No – dijo sacudiendo la cabeza –. Tengo que quedarme aquí.

– ¿Y puedes decirme por qué? – preguntó él acariciándole la cabeza.

– Mamá – dijo ella sorbiéndose la nariz contra su camisa.

Trent la abrazó con fuerza notando cómo su pequeña apretaba los puños contra su pecho.

– Mamá está en el cielo. ¿No crees que ella querría vemos felices?

– Supongo que sí – dijo la niña tras unos segundos.

– Nuestro amor hacia mamá y los recuerdos que tenemos de ella nos acompañarán allá donde vayamos, ¿no crees?

Kylie asintió con los ojos llenos de lágrimas.

– ¿Qué me dices entonces? ¿Nos llevamos a mamá a un lugar en el que los dos seamos felices? A ella le gustaría mucho. Es una tierra preciosa llena de flores, árboles enormes y riachuelos.

– ¿Has dicho algo de montañas? – preguntó la niña observándolo pensativa.

– Montañas espectaculares.

– ¿Y helado?

– Montones de helado – contestó él riéndose.

– Papá – dijo entonces la niña mirándolo fijamente –. Me gusta verte reír. ¿Crees que volverás a reír cuando vivamos en ese lugar?

¿Volver a reír? Trent se sorprendió del ingenuo reproche, inconsciente de que se hubiera estado mostrando tan inasequible. Entonces abrazó a su hija.

– Si, cariño, volveré a reír, mucho más. Y tú también.

– Vale.

– Me alegra que vengas conmigo – dijo él besándole la cabeza.

– Pero sólo una cosa.

En ese momento, le habría regalado todo el estado de Montana si hubiera estado en su poder hacerlo.

—¿Qué?

—Sé que mamá está con nosotros en espíritu como dices pero ¿y el cementerio? ¿Podremos ir a despedirnos de ella antes de marcharnos?

—Mañana, tesoro —dijo Trent sintiendo que el corazón se le rompía en mil pedazos.

Con la sabiduría que sólo los niños poseen, Kylie acababa de mostrarle algo que, ahora se daba cuenta, él también necesitaba hacer.

Libby agachó la cabeza mientras Doug y ella subían las escaleras del hotel tras el concierto. Brahms y Mozart no habían conseguido tranquilizarla. Al contrario, había pasado la mitad del concierto pensando en si su insistencia en reservar habitaciones separadas habría dado al traste con su mejor oportunidad de encontrar el amor y una futura familia.

—¿Te apetece tomar una copa? —preguntó Doug en el vestíbulo mientras la ayudaba a quitarse el abrigo—. Hay una maravillosa chimenea en mi habitación y podemos compartir una botella de Amaretto.

Doug siempre considerado, se merecía un poco de entusiasmo por su parte.

—Es difícil rechazar una invitación a un fuego reconfortante y una copa después de cenar —sonrió—. Por no mencionar la agradable compañía.

—Bien —dijo él mirándola con cálido afecto.

El hogar lanzaba luces y sombras sobre la habitación de Doug decorada en tonos burdeos y verdes. La invitó a sentarse en el sofá y llenó a continuación dos copas antes de sentarse junto a ella.

—Por ti, Libby —dijo levantando la copa.

Libby observó cómo bebía y se reclinaba sobre el respaldo del sofá a continuación con un gesto satisfecho y entonces ella también tragó un sorbo del licor de almendras.

Para llenar el silencio, Libby comenzó a hablar del concierto. Entonces un recuerdo borroso retornó a su mente. Su madre sentada en un rincón del salón de techos altos tocando el arpa, el sol bañaba su cabello oscuro mientras la melodía se filtraba por los poros de su cuerpo de niña. Tal vez no tendría más de cuatro o cinco años. Y allí, mirando las llamas danzantes, recordó aquel dulce momento pero también la tristeza que vendría después. Su madre murió cuando ella tenía seis años, y el arpa quedó en silencio, recogiendo polvo en su rincón hasta que su padrastro terminó por venderla.

—Te has quedado muy callada de pronto —dijo Doug quitándole la copa medio vacía y poniéndola en la mesa de café.

—Sólo recordaba —dijo ella mientras notaba que Doug le ponía el brazo por encima de los hombros—. La música tiene ese efecto en mí.

—Es evocadora —dijo él.

—Mucho.

—¿Quieres que hablemos de ello?

Libby se encogió de hombros.

—No hablas mucho de tu pasado —continuó Doug.

«¿De qué serviría? Hablar de ello no cambiará las cosas».

—No —dijo ella tratando de sonreír—. El presente y el futuro son mucho más atractivos.

Al decirlo, notó que Doug la miraba inquisitivamente pero no la presionó algo que ella agradecía.

—Me gustaría hablar del presente y del futuro —susurró Doug tomándola en sus brazos—. Empezando por esta misma noche —y a continuación inclinó la cabeza y la besó.

La conciencia de Libby quedó flotando por encima, lejos de la presión de la boca de Doug, de la forma en que pasaba los dedos por su cabello. No era la primera vez que la besaba, pero lo estaba haciendo de una manera diferente. No era desagradable pero ya no era meramente platónica.

Trató de relajarse, de introducirse en la sensación, de pensar en la idea de volver a excitar a un hombre. Doug le tomó la nuca con una mano y profundizó en el beso, buscando con frenesí su lengua. Involuntariamente, una respuesta sensual despertó en ella y se sintió irritada. Ella no quería aquello, pero al mismo tiempo sí. Era lo mejor que podía ocurrirle. Doug la hacía sentirse deseable. Segura.

Cuando se separó de ella, le tomó el óvalo del rostro entre las manos y la miró con deseo.

—¿Estás segura de que quieres habitaciones separadas?

Se mordió el labio. ¿Lo estaba? Tarde o temprano... De pronto aquella escena de seducción le parecía demasiado artificial, preparada y el recuerdo de otro momento se coló sin avisar en su mente; en él había espontaneidad y un frenético deseo. Se quedó petrificada.

—¿Libby?

—Esta noche no —dijo finalmente. Le sonaba a la respuesta de la típica ama de casa aburrida que finge dolor de cabeza.

—¿Pronto? —preguntó él esperanzado.

Libby agachó la cabeza. Quería un marido. Un hogar. Se le llenaron los ojos de lágrimas. Hijos. Especialmente hijos.

—Ya veremos.

Doug sería un padre maravilloso. Apenada, pensó que no podía decirse lo mismo de otros hombres. Especialmente de uno.

E inconscientemente, se llevó las manos al vientre notando el vacío de su interior. De algún sitio llegó a sus oídos la voz de Doug.

– Me importas mucho, Libby. Seré paciente.

Libby lo abrazó y sintió el latido de su corazón, el calor que desprendía su cuerpo haciéndola entrar en calor.

Bien entrada la medianoche, se levantó del sofá y se dirigió a su habitación. Sola.

Georgia Chisholm apareció en la entrada de su immaculado salón. Una mota de polvo se posó en la reluciente mesa de café junto al sofá y allí estaba ella con un paño para hacerla desaparecer. Cruzó entonces el salón con paso rápido y colocó los cojines del sofá adamascado. Los últimos números de *Architectural Digest y Casa y Jardín* estaban abiertos en la mesa de centro. Comprobó que el jarrón con los gladiolos tenía agua suficiente. Satisfecha al verlo todo en orden, se permitió una pausa junto a la chimenea y observó el retrato que colgaba sobre ella. Ashley.

Todas las tardes, pasaba un rato con su hija, estudiando la serena mirada azul que la seguía hasta sentarse en el salón, recordando el tacto sedoso de su cabello rubio, escuchando en su mente la risa de su hija limpia y vivaz. Deseaba acariciar, una vez más, sus mejillas sonrosadas.

La vida era muy cruel.

Georgia retrocedió un paso y se dejó caer en un sillón, sin dejar de mirar el retrato de su hija cuando tenía veintitrés años. Justo antes de conocer a Trent Baker.

Era demasiado tarde para pensar en cómo habrían sido las cosas en caso contrario. Georgia tenía grandes planes para su hija. Cerró los ojos y en su mente apareció el endeble barracón en el pueblo minero en el que ella había crecido. Aún recordaba cómo su madre tenía que robarle a su marido unos cuantos dólares antes de que éste se dirigiera a la taberna. Georgia se puso rígida al recordar todas las noches que se había ido a la cama muerta de hambre y frío. Cuando se casó con Gus, su floreciente empresa constructora auguraba una vida mejor y una posición respetable. Y por eso, Ashley podría haberse casado con cualquier hombre de éxito, joven, atractivo.

Georgia pasó los dedos nerviosos por los brazos del sillón. ¿Por qué Trent? No había tenido sentido. Un hombre joven de bastos modales, tan fuera de lugar en un museo o en un teatro como un leñador. Era guapo, sí, pero ella había educado a Ashley para ser más exigente y no quedarse sólo en el aspecto externo de los hombres. El atractivo físico no era garantía de protección y seguridad.

Ashley había sido siempre una niña afable y obediente; una adolescente afectuosa y sensata. Georgia no estaba preparada para la reacción que habría de tener

su hija cuando conoció a Trent Baker. Ashley había hecho oídos sordos a las súplicas de su madre y se había mostrado decidida a casarse con él.

Y fue precisamente su falta de sensatez y a su descuido lo que precipitó los acontecimientos. Se quedó embarazada.

Georgia no quería que su hija se alejara de ella, y no le quedó más remedio que hacer lo posible para coexistir con Trent. Este sabía que no le gustaba y que ella habría preferido a alguien mejor para su hija. Sólo el nacimiento de Kylie había suavizado las cosas entre ellos. Era un padre afectuoso y poco a poco se había ido apoderando de su corazón.

Entonces llegó el diagnóstico. Implacable y devastador. Terminal. Georgia levantó los ojos hacia el retrato de su hija sonriente.

«¿Qué me dirías si pudieras, hija mía?».

A lo largo de los meses de la enfermedad de Ashley, Trent se había portado como un marido abnegado, cuidando hasta el agotamiento a su mujer y a su hija, como si quisiera dar todo lo que tenía dentro en un intento por retrasar lo inevitable.

Y ahora, Trent se llevaba a su nieta lejos de ella. Habría sido menos doloroso para ella que le hubieran atravesado el corazón con un cuchillo. La pérdida de su nieta sumada a la de su hija se le hacía insoportable.

Las sombras se alargaban sobre la alfombra persa pero Georgia no parecía darse cuenta de la hora. No podía apartar los ojos del retrato en el que Ashley parecía asentir imperceptiblemente como siempre hacía cada vez que su madre sobrepasaba sus límites con Trent. Tanto si lo comprendía como si no, Ashley había amado a aquel hombre hasta el final. Y él también la había amado a ella.

¿Cómo se atrevía a llevarse a Kylie lejos? Cuando sus pensamientos se centraron en la niña, Georgia no pudo contenerlas lágrimas que surcaron sus mejillas maquilladas.

Capítulo 2

—¡Weezer! —saludó Libby a la mujer de rostro curtido y cabello recogido en una trenza que se dirigía a su clase. Iba vestida con unos vaqueros muy gastados y unos mocasines hasta las rodillas por encima de ellos, y alrededor del cuello de su colorida camisa vaquera llevaba una cinta de cuero de la que colgaban numerosas cuentas, piedras y plumas. Pero eran los ojos oscuros de Louise McCann y su sonrisa lo que cautivaba a todo el mundo. Miembro de la tribu de los Pies Negros y viuda desde hacía mucho tiempo, aquella mujer dirigía el Kodiak Café, toda una institución en el lugar.

—Saludos, hija. ¿Estáis listos para mis historias?

—Dios mío, sí —dijo Libby saliendo al vestíbulo—. Los niños están impacientes.

—Con las vacaciones navideñas tan cerca, imagino que estarán más inquietos de lo habitual.

—¿Recuerdas el anuncio para la Super Bowl sobre gatos encerrados? Pues con eso te harás una idea —dijo ella sonriendo mientras hacía pasar a la anciana en la clase—. Vienes como llovida del cielo.

—No soy ninguna salvadora, sólo una narradora de historias —dijo Weezer dirigiéndose hacia la pared del fondo de la clase para examinar las figuras en forma de Santa Claus hechas con papel—. ¿Irás a casa en Muskogee para Navidad?

—No. Mi padrastró se queda en D.C. y no me apetece nada la idea de presentarme allí y hacer fotos.

Weezer se giró para mirarla pero no dijo nada. Libby sabía que la gente no comprendía por qué evitaba a su padrastró, el Honorable Vernon G. Belton, senador de Estados Unidos por el estado de Oklahoma. Pero hacía mucho tiempo que no sentía que Washington D.C., ni Muskogee, Oklahoma, fueran su hogar. Y «papá» Belton, como había insistido en que lo llamara desde que se casó con su madre, siempre había estado más interesado en la política que en su hijastra.

—Celebraremos una cena de Navidad en el café. Puedes unirme a nosotros si quieres.

—Gracias, pero me han invitado a casa de los Travers —contestó Libby reconfortada con la idea. Había pasado Acción de Gracias con ellos también, rodeada de toda la familia de Doug.

—Me alegro. Así no estarás sola.

Weezer no tuvo que terminar la frase. «Como lo estuviste aquellas horribles Navidades hace doce años». Libby arrojó de su mente el doloroso recuerdo y se puso una mano en el oído en forma de altavoz.

—¿Oyes el sonido de piecitos golpeando el suelo?

Los alumnos de segundo entraron en tromba del recreo y en segundos la clase se llenó de conversaciones nerviosas y el olor a guantes húmedos de nieve.

– Weezer, ¿nos contarás la historia del Hermano Alce?

– No, yo quiero oír la historia del Lobo de Invierno.

Los niños se quitaron los abrigos y las botas a toda prisa y se sentaron alrededor de la anciana que les hizo guardar silencio con un suave gesto de una mano.

– Una vez, hace muchas lunas, el Hombre hizo...

Libby se sentó en su silla y se dejó llevar por la dulce cadencia de la voz de Weezer introduciéndola en la leyenda, ayudada por la expresividad de sus manos. Envidiaba las raíces y las tradiciones en las que se fundamentaba la vida de aquella mujer.

¿Cuáles eran sus legados? Libby cerró los ojos sintiéndose de pronto terriblemente cansada. No podía soportar pensar en ello.

Trent se levantó de la cama extraña y se acercó a la ventana a hurtadillas. Miró a la otra cama en la que dormía Kylie con una mano debajo de la barbilla y la otra abrazada a un oso polar de peluche que llevaba puesto una bufanda de cuadros. Aunque aún era de noche, la luz de una farola de la calle lo había despertado de un sueño inquieto.

Los Chisholm los habían invitado a pasar la Nochebuena insistiendo en que las vacaciones eran para la familia. Trent no había podido rechazar la invitación. Conforme se acercaba el momento de marchar hacia Whitefish, sus suegros habían empezado a mostrarse muy protectores con Kylie y mientras que Gus mantenía un gesto rígido, Georgia lo miraba con gesto acusador. No podía culparlos. Desde la muerte de Ashley los dos se habían sentido muy unidos a la niña y ella a ellos. No podía esperar que miraran con entusiasmo el hecho de que fuera a separarla de ellos.

La cena había sido muy formal, incluso algo pretenciosa, con vajilla de porcelana fina, cristalería y cubertería completa. El vacío en el sitio de Ashley era evidente y la conversación entre los tres adultos resultaba forzada. Gus habló de negocios y después pasó a hablar de deportes hasta que Georgia lo miró con cara de reproche. Kylie se mantuvo en silencio toda la cena, comiendo su comida y mirando con preocupación a su abuela de cuando en cuando.

Trent regresó a la cama y se quedó tumbado boca arriba con las palmas debajo de la cabeza. Gus era un hombre justo pero Georgia había mostrado su desaprobación desde el principio. Él era el hombre que había dejado embarazada a su hija sin estar casados. A su modo de ver, no era merecedor de Ashley y no había perdido el tiempo en decirle que su hija había sido educada para casarse con un ejecutivo de éxito y no con un chapuzas hombre-para-todo con un futuro incierto. Ni siquiera el nacimiento de Kylie había conseguido dulcificarla al principio, como si la niña simbolizara sus esperanzas truncadas. Pero pronto la niña se había ganado a la mujer y desde ese momento el verdadero reto había sido conseguir que Georgia no le consintiera demasiado.

Trent se puso de lado en la cama, y observó la respiración tranquila de su hija. Necesitaba una abuela cariñosa que oliera a canela y a flores y le contara cuentos.

Y su propia madre... Lila hacía lo que podía en sus raras visitas desde Las Vegas donde trabajaba como cajera en un casino. Estaba siempre tan ocupada ganándose la vida que no había tenido muchas oportunidades de poner en práctica sus instintos maternos. Era una superviviente pero no la veía tejiendo vestidos para las muñecas o haciendo galletas.

¿Sería por eso por lo que no dejaba de pensar en Libby, la persona más generosa y dulce que había conocido? Ella sí sería buena para Kylie.

Se obligó a no pensar en ello. Ella nunca le daría una segunda oportunidad después de lo que había pasado.

Tumbándose boca arriba de nuevo, intentó pensar en Santa Claus y en renos pero lo único que tenía en la mente era Lib y en que en ese momento no sólo sería una buena influencia para Kylie sino también para él.

Eran unas Navidades de cuento. Libby miró a su alrededor en el salón de los Travers. Desde los ventanales se podía admirar una increíble vista del lago Whitefish. En un rincón, había un enorme abeto decorado con adornos que Doug y sus hermanos habían hecho a lo largo de los años. De la cocina llegaban aromas sabrosos y apetecibles. Doug estaba en el suelo ayudando a su hermano y a su sobrino a montar un tren eléctrico mientras Libby leía el cuento *El Grinch*, que robó las Navidades a las gemelas de Melanie, la hermana de Doug, acurrucadas a su lado.

Vestida con unas mallas verdes y un enorme jersey rojo, Mary Travers entró en el salón con una sopera llena de ponche de huevo. Miró a Libby con una sonrisa.

– Estás muy natural.

– Tengo mucha práctica.

Mary sacudió la cabeza sonriendo con más énfasis.

– No me refiero a eso. Pareces una madre.

– Tal vez algún día – consiguió decir.

– Ya me ocuparé yo – dijo Mary mirando a Doug y guiñándole un ojo –. Pero mientras tanto, cuando termines ese viejo cuento de *El Grinch* y el espíritu navideño, ven a tomar un poco de ponche de huevo.

– ¿Vas a beber huevos? – preguntó Margot mirando a Libby.

– Huevos no, ponche – dijo su hermana Maddy, la más seria de las dos, con mirada triunfante. Pero finalmente, se puso de rodillas y le susurró al oído a Libby:

– ¿Qué es ponche?

– Es lo que le hace recordar al Grinch lo mucho que le gustan las Navidades – dijo Libby abrazándola cariñosamente.

Desde el otro lado de la habitación, Doug la miró con una sonrisa.

— Formáis un bonito cuadro las tres.

Tratando de no pensar en las implicaciones del comentario, Libby se apresuró a terminar el cuento y se acercó a la mesa donde estaba el ponche. Doug se acercó a ella y la rodeó con un brazo.

— ¿Lo estás pasando bien?

— Sí — dijo ella y era verdad. La armonía que había en aquella familia y la cariñosa bienvenida que le habían dado, especialmente su madre Mary y su adorable marido, resultaba embriagador para una mujer acostumbrada a vivir sola con su gato.

— ¿Te apetece dar un paseo antes de comer? — preguntó Doug.

— ¿No pasará nada si nos escabullimos?

— ¿Pasar algo? Yo creo que es lo que todos esperan — dijo él sin soltarle la cintura.

— Vamos entonces.

Fuera, el aire era frío y el sol de invierno lucía sobre los árboles cubiertos de polvo de nieve. Doug tomó el brazo de Libby y echaron a andar por la calle.

— Me alegro de que estés aquí. Es el mejor regalo que podías hacerme.

— Tu familia es maravillosa.

— Están encantados contigo.

Sonrojada, Libby se detuvo y fingió arreglarse la bufanda.

— Yo... a mí también me gustan. Tu hermana Melanie es muy divertida y tu hermano siempre me hace reír.

— Y no olvides a Izzy.

Isabelle, la otra hermana de Doug, se había pasado todo el día cocinando. La chef de un afamado restaurante de Seattle, estaba preparando la comida de Navidad.

— ¿Cómo podría olvidarla? — dijo Libby frotándose el estómago—. He engordado un par de kilos sólo con el olor de lo que está preparando.

Doug la tomó entonces por las solapas del abrigo y la miró con expresión repentinamente seria.

— ¿Y yo?

— ¿Tú?

— Sí. ¿Soy tan bueno como mis hermanos?

Libby dudó un poco y la voz le tembló pero trató de dar una respuesta vivaz.

— Bueno, eres tan divertido como Melanie y tu hermano, pero en lo de cocinar...

—No me refiero a eso —dijo él apoyando la frente en la de ella—. Supongo que lo que quiero saber es... ¿Podrás amarme alguna vez, Lib?

Sus ojos estaban muy cerca de los suyos, de un tono tan oscuro que la dejaron sin aliento. Se preguntaba también ella si alguna vez podría amarlo. Y de pronto, pensó que tal vez sí podría.

—Creo que sí, Doug.

—Bien —murmuró él sacando algo del bolsillo.

Libby no sabía lo que esperaba pero desde luego no la rama de muérdago que Doug tenía en la mano sobre sus cabezas.

—Feliz Navidad, cariño —susurró Doug sacudiendo el muérdago en el aire y besándola con toda la ternura imaginable.

Más tarde, ya en casa, Libby se sentó pensativa en la mecedora que había llevado consigo desde Oklahoma. Era la silla en la que su madre solía acunarla antes de dormir. Tenía sobre el regazo a Mona, su gatita gris con una máscara blanca en forma de diamante, que ronroneaba de placer. Reinaba el silencio roto sólo por el ruido de la madera del suelo ajustándose o el pasar del tiempo en el reloj de cuco.

Las Navidades perfectas.

Compañía agradable, deliciosa comida, risas y muchos besos y abrazos. Eran las Navidades con las que siempre había soñado. Las que había echado de menos desde la muerte de su madre. Los regalos no habían faltado, eso no. Todo lo que quería, se le proporcionaba. Esa era la palabra, «proporcionar» no «regalar».

En aquel tiempo, papá Belton había sido elegido por Oklahoma. Su secretaria compraba y envolvía todos los regalos de Libby. En Muskogee, las Navidades se habían celebrado siempre con una fiesta a la que acudían los aliados políticos y otras personas influyentes. El día de Navidad, los dos abrían sus regalos, papá hacía las llamadas de rigor y después comían en el viejo salón. Libby pasaba las tardes sola en su habitación.

Durante su adolescencia, había soñado con formar una familia de verdad, con un amante marido y muchos niños. La vida, sin embargo, le había enseñado la inutilidad de los sueños.

Acarició el lomo arqueado de Mona mientras pensaba en lo perfecto y a la vez preocupante que había sido el día. La asustaba pensar lo mucho que deseaba formar parte de una familia como los Travers. Por la tarde, había tenido la sensación de que Doug había estado a punto de ofrecerle el futuro que tanto deseaba.

«¿Podrás amarme algún día?», le había preguntado. La pregunta tan directa la había sorprendido. Un matrimonio sin amor estaría vacío. ¿Acaso se habría comprometido demasiado al decirle que tal vez? Le parecía una respuesta muy cobarde.

Weezer se frotó las manos huesudas con expectación. Estaba oscuro y aún no había señales de ellos. Comprobó la hora. No tenía sentido esperar junto a la ventana. Se acercó a la lumbre y removió los troncos con el atizador levantando una espiral chisporroteante. Trent sabía cómo conducir con ese tiempo. Tendría cuidado. Sin embargo...

A pesar de la ansiedad de Trent por volver a Whitefish, Weezer sabía que no era eso lo que la preocupaba. La aversión de Kylie al colegio. La separación de sus abuelos y de un ambiente conocido. Además, la niña seguía llorando la pérdida de su madre y luchando, probablemente, por superar el dolor.

Trent debía de saber todo eso. Por propia experiencia. Desde el día que aquel indigno vaquero llamado Charlie Baker abandonó a Lila y a él, el niño se había comportado como si nada le importara, tentando a los dioses para que lo llevaran consigo ya fuera sobre un monopatín, una bicicleta o una tabla de snowboard. Más tarde, lo siguió haciendo navegando los rápidos en una canoa o escalando. Siempre que Lila o Weezer le habían preguntado si se consideraba invencible contestaba que un chico tenía que divertirse.

Ahora Weezer sospechaba que Trent había aprendido que en la vida había más cosas aparte de la diversión.

Sacudió la cabeza con tristeza. La enfermedad de la madre de Kylie había sido algo trágico. Parecía que cada vez que Trent había intentado amar, algo se había interpuesto, o tal vez él mismo hacía algo que lo sabotaba.

Unas luces se abrieron paso entre los pinos en dirección a la entrada de la casa. A su lado, Scout, su pastor alemán, golpeó el suelo con la cola y salió disparado hacia la puerta mirando hacia atrás expectante mientras Weezer se acercaba a la puerta y la abría, no sin dificultad debido a la artritis, y salía al porche.

Cuando el todoterreno se detuvo, Weezer trató de ver en la oscuridad; pero no veía a la niña. Trent salió del vehículo con una sonrisa.

—Lo hemos conseguido. Espero que no estuvieras preocupada. Un camión atravesado cerca de Lakeside bloqueaba la entrada de la autovía.

—Me alegro de que hayáis llegado sanos y salvos —dijo Weezer bajando los escalones que lo separaban de Trent y fundiéndose en un abrazo con él—. ¿Y dónde está esa hija tuya?

Trent la tomó de la mano y la condujo hacia el coche. Abrió la puerta y señaló. En el asiento de atrás, profundamente dormida, estaba la niña de mejillas rosadas que Weezer no había visto desde que era un bebé.

—Pobrecilla.

—Ha sido un día largo —suspiró Trent.

Entonces, Scout apareció entre ellos y se subió al asiento trasero.

– ¡Scout! – dijo Weezer pero antes de poder detenerlo, el perro estaba inclinado sobre Kylie lamiéndole la cara.

– Papá – dijo la niña abriendo los ojos de repente.

– No te asustes cariño. Sólo es Scout.

– ¿Un perro? Adoro los perros – dijo la niña incorporándose y rodeándole la cabeza al animal.

– Creo que tu pequeña ya ha hecho su primer amigo en Whitefish – dijo Weezer asintiendo con la cabeza sabiamente.

Durante la cena y mientras deshacían el equipaje. Kylie no perdió de vista al animal. Aunque no hablaba mucho, parecía observar con detalle todo lo que la rodeaba.

Finalmente, tras sacar todo lo del coche y preparar el baño de Kylie, los tres se sentaron en el salón de la cabaña de invitados a tomar una taza de chocolate caliente. Con su pijama de una pieza de franela, Kylie se enroscó en el sofá con Scout. Parecía muy tímida pero al final se dirigió a Weezer.

– ¿Estamos en una cabaña de madera de verdad como la de *La casa de la pradera*?

– Bueno, está equipada con más cosas modernas que la de los Ingalls pero sí, pequeña, es una cabaña de verdad.

– Bien – dijo Kylie –. Haré como si fuera Laura, o tal vez Mary.

Era un comentario inocente pero Weezer sintió un escalofrío. ¿Acaso la niña se alejaba de sus problemas refugiándose a un mundo imaginario igual que había hecho Trent siendo niño?

– Es hora de irse a la cama, cariño – dijo Trent –. Estoy impaciente por enseñarte el pueblo por la mañana – dejó la taza en la mesa y abrió los brazos –. ¿Qué te parece un gran abrazo de buenas noches?

Kylie levantó la cabeza del perro de su regazo y se acercó a Trent. Enlazando los dedos, la niña lo miró y habló con suavidad.

– Estoy intentando no tener miedo, papá.

– Lo sé. Es normal que todo te parezca extraño al principio pero enseguida te sentirás como en casa – dijo él abrazando protectoramente a su hija.

A Weezer le dolía la mezcla de amor, tristeza y preocupación que veía en el rostro de Trent, pero fue la respuesta de la niña, lastimera aunque esperanzada, lo que le hizo volver la cabeza para que no la vieran llorar.

– Por favor, papá – susurró Kylie –, sé feliz.

Aunque las vacaciones habían sido más que bienvenidas tras un duro primer trimestre, Libby estaba contenta de volver a clase. Para tranquilizar a sus alumnos en

su primer día, les mandó construir trenes, barcos, aviones o cualquier otro medio de transporte con cajas de cereales vacías, el cartón de los rollos de papel vacíos y varias cosas más.

Mientras ayudaba a Rory a poner pegamento en un trozo de cartón, se dio cuenta de que no había sido una gran idea. No hizo más que acabar con Rory cuando otro alumno la llamó pidiendo ayuda.

—Se ha estropeado —lloró Lacey Ford—. ¡Ha sido él! —dijo a continuación señalando a Bart Ames, el niño malo de la clase que estaba de pie con las piernas abiertas y los brazos cruzados imitando a un superhéroe.

—¡Yo no he hecho nada! —gritó Bart—. Sólo era un estúpido submarino.

Libby contó mentalmente hasta cinco. Entonces tomó a Bart del brazo y lo llevó a la mesa de lectura. Después regresó con Lacey, que necesitaba un pañuelo desesperadamente.

—Cálmate, cielo, y dime lo que ha ocurrido.

Cuando Lacey le contó la historia, Libby se acercó al niño y le preguntó:

—¿Le has aplastado el submarino?

—No quise hacerlo —dijo el niño mirando al techo y encogiéndose de hombros.

—¿Qué crees que deberías hacer ahora?

Se encogió de hombros de nuevo.

—¿Cómo te sentirías si alguien aplastara tu helicóptero?

—Me enfadaría.

—¿Crees que podrás decirle a Lacey que lo sientes y que la ayudarás a construir otro submarino?

El niño movió las manos con nerviosismo y mostró otra cara que no era la del chico malo.

—Supongo que sí.

—Pues corre —dijo Libby dándole una palmada en el hombro.

Se quedó allí agachada y trató de tomar aliento. Entonces oyó que se abría la puerta de la clase y por el rabillo del ojo vio tres pares de pies, los de Mary Travers con sus Birkenstock un par de botas de vaquero y unos pequeños pies con zapatillas de deporte blancas con lazos rosas.

—Por favor, que no sea un nuevo alumno —imploró en voz baja.

—¿Señorita Cameron? —preguntó Mary al entrar en la clase—. Quiero que conozca a alguien.

Al girarse recayó en la pequeña de constitución delgada y cabello rubio a la altura de los hombros. Y al momento se reprendió por su falta de sensibilidad. La pobrecita estaba temblando de miedo. La clase se había puesto de acuerdo para guardar silencio mientras estudiaban con detalle a la nueva niña.

Libby se puso en pie para mirar al padre pero según subía estudiando las largas y musculosas piernas, la cintura estrecha y por fin los anchos hombros, se quedó sin respiración. No podía ser. Y entonces el rostro, tan familiar que sintió una picazón en los dedos deseosos de acariciar la piel recién afeitada. Miró los sensuales labios, la nariz un poco torcida, las cejas pobladas y los rizos de color castaño claro y no pudo posponer más lo inevitable, el momento de mirar los embriagadores ojos azules.

– Trent – dijo tropezando con la mesa de lectura.

– Libby – dijo él avanzando un paso y deteniéndose.

Por un momento, las paredes se volvieron borrosas como un caleidoscopio. Entonces, para alivio de Libby, Mary solucionó el momento tomando a la niña por los hombros y empujándola hacia ella.

– Kylie, ésta será tu nueva profesora. La señorita Cameron.

Luchando por ignorar la cascada de emociones que amenazaban con inundar su sentido común, Libby se acercó a la niña.

– Kylie, es un nombre precioso. Bienvenida a segundo curso – dijo rodeando los delgados hombros de la niña con su brazo y presentándola al resto de la clase –. ¿No es emocionante, chicos? Es Año Nuevo y tenemos una alumna nueva. Decidle hola a Kylie.

– Hola, Kylie – dijeron los niños a coro haciendo que Kylie se sonrojara violentamente.

Mary entregó a Libby el expediente de Kylie de cambio de escuela y sonrió a los dos.

– Veo que ya os conocéis.

Con gran esfuerzo. Libby miró a Trent de nuevo. Los rasgos seguían siendo tal como los recordaba, aunque en sus ojos era visible el peso de la pena, había arrugas por la preocupación en su rostro y el pelo rubio se había oscurecido un poco con el tiempo haciendo que el hombre atractivo que una vez fue su marido pareciera un extraño.

– Sí, nos conocemos – dijo Libby –. Fue hace mucho tiempo.

– Bien. ¿Nos vamos, señor Baker?

Mary se giró para marcharse pero Trent se quedó inmóvil, sin retirar los ojos de los de Libby.

– Cuídala bien, Lib.

Libby quería retirar la vista, quería estar en cualquier otro lugar que no fuera aquél.

– Lo haré – dijo con calma.

Y directora y Trent salieron de la clase. Libby le dio un pañuelo a Lacey y se sacó uno para ella.

Trent se reclinó sobre el sillón de cuero de su todoterreno. Sabía que Libby era profesora en la zona pero también era casualidad que fuera en la misma escuela en la que había matriculado a Kylie. Lo último que había sabido de ella era que era la educadora de infantil en Polson, cerca del lago Flathead.

Tampoco podía decirse que hubiera oído hablar mucho de ella en los últimos tiempos. Tras el divorcio, se había alejado de Dodge y había rehecho su vida en Billings. Weezer y Chad habían tenido cuidado de no mencionarle nada de Libby.

¿Señorita Cameron? Sabía que había retomado su apellido de soltera pero escucharlo le dolía. De alguna forma, había esperado que su regreso a Whitefish despertara viejos recuerdos, pero verla había sido un duro golpe. Igual que la primera vez que fijó los ojos en ella cuando salía del edificio de la administración en el estado de Montana. Cuando era pequeño, su madre lo había llevado a ver *Blancanieves* y cuando vio a Libby dirigiéndose a él en el campus, no pudo evitar pensar que aquélla era su *Blancanieves* particular: el mismo pelo negro ondulado, las mejillas sonrosadas y los labios rojos. La única diferencia estaba en que Libby tenía los ojos azules en vez de oscuros.

Suspiró. No había envejecido, estaba mejor que antes. La misma figura esbelta pero con unas formas más generosas. Cuando le había sonreído a Kylie, le había costado contenerse para no tocarla.

El caso es que Libby iba a ser la profesora de Kylie lo cual era bueno porque si había alguien capaz de ayudarla en ese difícil período de transición, era ella. Su confuso estado emocional era el pequeño precio que tenía que pagar.

Miró el reloj y vio que llegaba tarde a la cita con Chad en el banco. Sin embargo, mientras recorría las familiares calles, su mente estaba lejos de préstamos bancarios. Podría fantasear todo lo que quisiera con volver a estar con Libby y darle así una madre a Kylie, pero no dejarían de ser eso, fantasías.

Libby nunca lo perdonaría. Bastante mal lo había pasado él mismo tratando de perdonarse. Había sido un completo idiota.

¿Pero y si lo hacía? Las cosas serían diferentes. Él tendría que ser diferente.

Pensó en Ashley y en los últimos días que había pasado junto a su cama en el hospital, tomándole la mano. Y las cosas importantes que habían tenido tiempo de decirse.

Ahora sabía mucho más del amor. Y de la pérdida, especialmente de la pérdida.

¿Trent? ¿Aquí en Whitefish? Nada podría haberla preparado para la riada de emociones que iban desde la sorpresa hasta la rabia pasando por la pena y la alegría, la esperanza y la confusión. Y sobre todo el reproche. Por lo menos, Libby había sido capaz de mostrarse normal mientras ayudaba a Kylie a instalarse. La sentó junto a Lacey, que parecía alegre de poder ayudar a la nueva niña y feliz de que no tuviera

que ser Bart quien la ayudara a construir el submarino. Kylie sin embargo, permaneció en silencio, jugueteando con la barra de pegamento.

Se sonrojó cuando Bart le tiró del pelo y dijo:

– Eh, tú, la nueva. ¿De dónde vienes?

Sin ni siquiera mirarlo, se limitó a responder con un susurro.

– Billings.

– Seguro que ni siquiera sabes esquiar – se burló el niño.

– Aprenderá – dijo Libby acompañándolo a su sitio.

Entonces llegó el momento de guardar las cosas que no habían utilizado y separar los trabajos terminados. Entre el ruido de cajones y cestos que se abrían y cerraban, Libby pudo echar un vistazo a Kylie. Tenía la cara cuadrada de Trent y su boca generosa pero el pelo debía de ser de su madre. Trent lo tenía rizado. Sintió una punzada en el pecho al recordar el pelo silvestre que no podía domar de ninguna forma. Cuando sonó el timbre del recreo, Libby se sintió aliviada. No quería pensar más en quién se parecía Kylie ni en el hijo que podrían haber tenido...

Libby se puso el abrigo. No le gustaban los derroteros que estaban tomando sus pensamientos pero la injusticia que se había cometido amargaba como la peor de las medicinas.

En el patio de juegos, las niñas se dirigieron a los columpios mientras que los niños se reunieron en torno a un balón de fútbol. Kylie, sin embargo, se quedó de pie junto a la puerta las manos en los bolsillos de su parka floreada. Weezer le había dicho a Libby que la mujer de Trent había muerto el año pasado. Y sólo pudo pensar en Kylie. Libby comprendía lo que era perder a una madre, que el mundo idílico de una niña se rompiera en pedazos y sólo quedara el vacío y la inseguridad.

Libby se acercó a la niña.

– ¿Te ha invitado Lacey a jugar con el resto de las niñas?

– Sí, pero no quiero.

– ¿Por qué no? – preguntó al ver el gesto altivo tan familiar.

Kylie se limitó a encogerse de hombros y Libby le rodeó los hombros con el brazo.

– Es difícil ser nueva, ¿verdad?

La niña se sorbió la nariz y Libby la atrajo hacia sí.

– Mudarse conlleva muchos cambios. Todo te parece raro, supongo. Todos queremos ayudarte. ¿Nos vas a dejar?

Cuando Kylie giró la cara y la apoyó en el abrigo de Libby, ésta pudo sentir cómo sus delgados hombros temblaban con cada sollozo que se esforzaba por ocultar al resto de los alumnos. Libby sacó un pañuelo y se arrodilló frente a ella de espaldas al patio.

– Toma, cariño.

– Así me llama papá a veces – dijo la niña entre sollozos.

– Es la forma que tienen los papás de ser dulces.

– Supongo, pero no tengo mamá.

– La echas mucho de menos, imagino.

La niña asintió vigorosamente. Libby la ayudó a secarse los ojos y se puso de pie. Cuando Kylie deslizó con timidez la mano en la de ella, Libby sintió una oleada de calor en su interior. Aquella pequeña necesitaba desesperadamente amor, pero era la hija de Trent. No debía inmiscuirse.

– ¿Puedo decirle algo? – preguntó Kylie mirándola con adoración.

– Claro.

– Creo que es muy bonita, señorita Cameron.

– Gracias, Kylie – contestó Libby parpadeando furiosamente para no llorar.

En el recreo, Kylie se había quedado a su lado todo el tiempo. Libby charló con ella sobre el cambio de ciudad y así se enteró de que Trent y su hija estaban viviendo con Weezer y que Kylie adoraba los perros y las Barbies. Libby le habló de Mona, y la invitó a conocerla algún día. También le aseguró que aprendería a esquiar enseguida. Pero había sido la respuesta de la niña a su última pregunta la que le dejó claro que la cicatriz que llevaba dentro no había curado.

– ¿Por qué os habéis mudado a Whitefish, Kylie?

El tono esperanzado de Kylie, apenas en un susurro, lo explicaba todo.

– Para que papá pueda ser feliz.

Claro. Ese era el hombre con quien se había casado. Su felicidad y su comodidad era lo único que siempre le había importado.

Capítulo 3

Al final de la clase, Kylie parecía estar más relajada. Seguía evitando el contacto con los otros niños incluso cuando algo les parecía divertidísimo ella permanecía callada, insensible.

Libby temía el momento final del día, cuando acompañaba a los niños a los autobuses o a los coches donde los esperaban sus padres. Ahí le sería imposible evitar a Trent, así que sería mejor que fuera acostumbrándose a la idea de verlo. No debería ser tan difícil. Al fin y al cabo, ella tenía su propia vida, un trabajo que adoraba, una floreciente relación con Doug y montones de amigos. Lo único que echaba en falta eran hijos.

Colocó a los niños en fila y los condujo a la entrada del colegio. Primero dejó a los que iban en autobús y después esperó a que fueran llegando los coches de los padres que iban a recoger a sus hijos. Y allí estaba, con la frente arrugada de pura preocupación. Libby tomó a Kylie de la mano y la ayudó a subir al asiento trasero.

—¿Has tenido un buen día? —preguntó Trent con cierta inseguridad.

—La señorita Cameron tiene un gato que se llama Mona —dijo Kylie encogiéndose de hombros.

Trent quedó un tanto perplejo ante el abrupto cambio de tema.

—¿De veras?

—Me ha dicho que algún día podría ir a conocerlo. ¿Puedo ir, papá? ¿Pronto?

Cuando Trent miró a Libby con gesto impotente, ésta lamentó haberlo sugerido. Sin embargo, por mucho que quisiera retractarse, no podía ignorar la expresión de felicidad en el rostro de Kylie.

—Tal vez puedas acercarte a casa con Kylie un día de éstos.

—¿Te parece bien esta noche? —preguntó Trent, en sus ojos una súplica silenciosa—. Kylie sería feliz con una amiga llamada Mona.

—Trent, yo...

—¿De qué conoces a la señorita Cameron, papá?

—Esto...

Decidida a evitar la discusión a toda costa, Libby lo interrumpió.

—Esta noche va bien.

—¿Hacia las seis? Podríamos llevar una pizza.

—No creo que sea una buena idea.

—Lib, por favor.

Tras mirar los ojos danzarines de Kylie. Libby acabó por darle a Trent la dirección y después cerró la puerta del coche.

Se maldijo por la forma en que Trent había conseguido meterse en su vida con tanta facilidad. Utilizando a Kylie. Pobrecilla. En medio de algo que sólo podía ir de mal de peor. Una pizza. Iban a conocer a su gato. Eso era todo.

Otra vez dentro, se sentó en su escritorio y se puso a leer el expediente de Kylie. Tanto las calificaciones como las anotaciones de los profesores habían ido empeorando durante el año pasado. Anteriormente, los profesores la describían como una niña inteligente y vivaz, pero después se había vuelto apática y triste. Luego estaban los comentarios de la directora que hacían ver la reciente aversión al colegio que se había producido en ella. Libby cerró la carpeta y reclinándose en la silla, miró por la ventana. ¿En qué demonios estaba pensando Trent? No se le ocurría peor momento para sacarla del colegio.

¿Pero cuándo había pensado Trent en los demás? Para él sólo importaba la diversión y las frivolidades, nada de responsabilidades. Era encantador, sí, tenía que admitirlo. Los primeros meses de su matrimonio habían sido todo risas y nuevas experiencias, por no mencionar el sexo, algo fenomenal. Pero Trent no estaba hecho para ser un marido. Al menos, no para ella.

Cuando Libby apagó la luz finalmente y atravesó el vestíbulo en dirección al aparcamiento, Mary salió de su despacho.

— ¿Qué tal te ha ido con Kylie Baker?

— Dado su historial, podía haber sido peor.

— Pobre niña — dijo Mary asintiendo con la cabeza —. Es demasiado para ella. Por eso la he puesto en tu clase en vez de en la de John. Necesita desesperadamente el contacto con una mujer. John es un buen profesor, pero no es lo que necesita Kylie en este momento.

Libby se quedó pensando si la habría aceptado en clase de haber sido consultada pero al momento se reprendió por pensarlo. Era el bienestar de Kylie lo que importaba y no el suyo propio o el de Trent.

— Está muy sola.

— Lo sé. Con el tiempo, lo solucionaremos. Confío en ti. Por cierto, ¿de qué conoces a Trent Baker?

La pregunta era normal e inevitable. Mary sabía que ella había estado casada antes y que tras el divorcio había retomado su apellido de soltera, pero Libby no le había dado más detalles, ni siquiera a Doug. Ese capítulo de su vida estaba cerrado, o eso pensaba.

— Es mi ex marido.

— Vaya.

La respuesta cayó como una piedra en un pozo profundo. Libby casi veía el cerebro de Mary procesando la información y sus posibles implicaciones.

— No hemos estado en contacto desde el divorcio.

Recobrándose con rapidez, la directora le puso una mano en el hombro.

– Querida, si esto te va a resultar desagradable, tener a Kylie en tu clase...

La oferta era tentadora. Al menos así Trent no estaría en contacto con ella. Pero era Kylie en quien había que pensar. Tanto si le gustaba como si no, la niña simbolizaba el motivo principal por el que ella era profesora. El amor.

– Gracias, Mary, pero estoy de acuerdo en lo que has dicho antes. Creo que Kylie me necesita.

Libby esperaba de todo corazón que ésa fuera la única razón y que el bienestar de una alumna fuera la única consideración para tener a la hija de Trent en su clase.

Weezer vio cómo Trent y Kylie se sacudían la nieve de sus botas antes de entrar en la cabaña. Kylie miró al rededor.

– Hola, Weezer. ¿Dónde está Scout?

– En la cocina – contestó Weezer revolviéndole el pelo –. ¿Os apetecen unas galletas recién hechas?

– Claro – dijo Trent quitándose el abrigo y ayudando después a Kylie.

Kylie siguió a Weezer a la cocina y allí, junto a la estufa, estaba Scout profundamente dormido.

– No es un gran perro guardián, ¿no crees? – dijo Weezer –. Si no, ya habría sabido que había llegado gente – y mientras hablaba le dio con el pie –. Despierta, dormilón, y escuchemos qué tal le ha ido a Kylie en el colegio.

– Vamos, cariño. Cuéntales a Weezer y a Scout qué tal te ha ido – animó Trent desde la puerta.

Kylie se sentó en el suelo junto a Scout y empezó a acariciarlo detrás de las orejas.

– Los niños han sido malos conmigo.

Weezer se agachó junto a ella a pesar de sus inútiles rodillas.

– Cuéntamelo.

– Un niño se ha burlado de mí. Porque no sé esquiar – dijo Kylie lentamente.

– Pero eso podemos arreglarlo – dijo Weezer.

– Y las niñas salieron corriendo a jugar en el recreo.

– ¿No te dijeron que te unieras a ellas?

Kylie estaba concentrada en acariciar al perro.

– ¿Kylie? Weezer te ha hecho una pregunta.

– Bueno, sí.

– ¿Y por qué no has jugado con ellas? – dijo Weezer fingiendo examinar una de las patas de Scout.

– No las conozco.

– Pero... – comenzó Trent, pero Weezer levantó una mano para hacerlo callar.

– Déjame hacerte una pregunta. ¿Cómo las conocerás si nunca les das una oportunidad?

– No lo sé – dijo Kylie enrojeciendo.

– Si piensas en ello, estoy segura de que disfrutarás más en clase.

– Bueno, tal vez – dijo Kylie apoyando la espalda –. Lacey es simpática.

– ¿Y qué me dices de tu profesora?

– Ella es muy guapa, y muy, muy amable.

– ¿Lo ves? Ahí lo tienes. ¿Cómo se llama?

– Señorita Cameron. Y esta noche cenaremos con ella pizza. Tiene un gato que se llama Mona y nos ha invitado.

Sorprendida. Weezer miró a Trent que encogió los hombros con gesto impotente. ¿Qué estaba pasando allí? El divorcio de Trent y Libby, aunque de común acuerdo, no podría decirse que hubiera sido amigable. Hasta donde Weezer sabía, no habían tenido contacto desde entonces.

– ¿Qué podía hacer? Mi hija quería conocer a Mona – dijo Trent finalmente.

– La señorita Cameron dice que es una gata gris muy bonita. Tengo muchas ganas de verla.

Al menos, la niña mostraba entusiasmo por algo, un gran avance desde el comienzo de la conversación. Pero Trent se había sentado en una silla de la cocina tenso, como una jaguar esperando para atacar. Weezer optó por desviar la atención.

– Kylie, ¿por qué no vas a por unas galletas y luego sales a la calle con Scout?

– ¿Puedo? – preguntó ella levantándose como un rayo –. Vamos, Scout – y el perro se levantó, moviendo la cola, y ambos salieron al frío exterior.

Weezer sacó dos tazas del armario y las llenó de café.

– Desembucha. ¿De qué va todo esto? – dijo ladeando la cabeza y dejando una taza para Trent.

– Maldito sea si yo mismo lo sé – dijo él pasándose la mano por el pelo.

– ¿Cena? ¿Pizza? Prácticamente te he criado, hijo. Y creo que sí lo sabes – dijo sentándose a su lado.

– No sabía que Lib fuera profesora en Whitefish.

– Podías haberme preguntado pero hace mucho tiempo dejaste claro que ella no era tema de conversación entre nosotros.

– Cuando me fui a Billings, no tenía intención de volver. Era feliz con Ashley – su voz sonaba torturada.

—Lo sé, pero estabas huyendo. Cuando haces algo así, el pasado siempre regresa.

—Y que lo digas.

—¿Entonces por qué vas a cenar a su casa esta noche?

—Kylie —dijo él suspirando y se detuvo. Weezer esperó a que continuara—. Era la primera vez que mostraba interés por algo desde que decidiera venir a vivir aquí. Lo de compartir una pizza salió de mí, no sé cómo.

—¿Estás seguro de que haces esto sólo por Kylie?

—No —dijo él reclinándose en la silla.

—Ya entiendo —se detuvo y bebió un sorbo—. Ten cuidado, hijo. No creo que Kylie y tú podáis soportar más dolor y decepción.

—Y Lib tampoco.

—Bien. Espero que lo recuerdes.

—Sólo será esta vez.

¿Esta vez? Weezer lo dudaba mucho. Incluso cuando era un chaval, la expresión de Trent siempre había sido muy transparente. Y en ese momento, lo que veía en su rostro era, simple y llanamente, una gran esperanza.

Libby se resistía a cambiarse de ropa. No quería dar a Trent la impresión de que aquello era algo especial. De hecho, parte de ella no quería que Trent entrara en su casa. Tras el divorcio, había vendido o regalado los pocos objetos que habían compartido y se había dedicado a visitar todas las tiendas de antigüedades y mercadillos hasta llegar a amueblar su modesto hogar. Le encantaba la madera de roble de su mesa de café, el sillón de respaldo alto, el papel de flores de la pared y la descolorida alfombra persa por la que había pujado demasiado en una subasta. No era una casa moderna, pero era suya. Era su santuario.

La presencia de Trent le resultaría claramente invasiva.

Y lo que era aún peor, le resultaba difícil imaginarse a Trent como padre. Él nunca había mostrado interés en la paternidad. Al contrario, siempre se había burlado de ello diciendo que sería un padre horrible. La justificación para ello era que su propio padre lo había abandonado cuando era pequeño y no había tenido un modelo que seguir.

Por más que lo pensaba, lamentaba profundamente haberlos invitado. Pero a pesar de ello, siguió colocando los cubiertos en la mesa y los platos de vivos colores sobre un mantel amarillo.

¿Cómo había dejado que Kylie le llegara al corazón? ¿Sería por que era la hija de Trent, el hijo que ellos nunca tuvieron, o porque ella misma había perdido a su madre siendo una niña y se identificaba con la pequeña?

Libby no debía bajar la guardia si quería mantener su relación en el terreno profesional. Era una profesora mostrándose amable con una alumna emocionalmente necesitada. Su relación anterior con el padre de la niña era irrelevante.

A las seis en punto, oyó que un vehículo se detenía a la entrada de la casa y las puertas se abrían y cerraban. Se puso en pie y se alisó la falda fingiendo indiferencia.

—Hola —dijo abriendo la puerta—. Huele muy bien —añadió mientras Trent entraba con la pizza que despedía un rico aroma a tomate y orégano—. Dadme los abrigos.

Kylie y todos obedecieron.

—Imagino que estarás impaciente por conocer a Mona —continuó Libby mientras colgaba los abrigos en el armario de la entrada.

—¡No puedo esperar más! —gritó Kylie balanceándose sobre los talones.

—Los gatos no son tan amigables como los perros. Les cuesta habituarse a los extraños.

—Weezer me lo ha dicho. Me dijo que tengo que ser paciente y dejar que Mona se acerque a mí.

—Sabio consejo.

Libby no se sentiría tan incómoda siempre y cuando se limitara a hablar con Kylie pero entonces cometió el error de levantar la mirada. La figura de Trent se silueteaba de pie junto a la chimenea, extremadamente guapo con sus vaqueros ajustados y el jersey de cuello vuelto.

—¿Pizza? —dijo éste señalando la caja.

—Lo siento. Dámela —dijo mientras Kylie se sentaba en el sofá esperando a que llegara la escurridiza Mona. Trent siguió a Libby a la cocina.

—Bonita casa —murmuró.

—Es mi hogar —dijo ella dejando la caja en la encimera—. ¿La calentamos un poco?

—Kylie no comerá nada hasta que conozca a Mona. Esperemos cinco minutos más.

—¿Quieres una cerveza? ¿Vino? ¿Whisky? —Libby se sentía como una idiota. Sabía perfectamente que sólo bebía cerveza.

—Una cerveza, gracias.

Como profesora, no le parecía apropiado beber delante de Kylie, así que ella abrió un refresco.

—¿No me acompañas con la cerveza? —dijo él señalando con la cabeza hacia la lata.

—No —dijo ella mirando hacia el salón—. Mira.

Los dos se acercaron a la puerta. Trent estaba muy cerca de ella, a tan sólo unos centímetros.

—Dios mío, parece tan feliz —dijo con voz quejumbrosa.

Kylie estaba sentada en un sillón mientras la gata le ponía las patas encima del pecho. Ignorando que la estuvieran mirando, Kylie le susurraba algo al oído al animal.

—Gracias —añadió mirándola—. Espero que esta visita no te esté resultando demasiado incómoda.

—Lo hago por Kylie.

—Lo sé.

—Papá, ¿no crees que es muy bonita?

—Sí que lo es.

—Nos estamos conociendo. Vosotros podéis volver a la cocina.

—Parece que no somos necesarios aquí —dijo Trent sonriendo a Libby.

—Me parece bien. Así iré calentando el horno.

En la cocina, Trent sacó una silla y se sentó a horcajadas apoyando los brazos en el respaldo. Como siempre solía hacer. Libby se mordió el labio. No quería recordar el pasado. Necesitaba concentrarse.

—¿Qué te ha traído a Whitefish?

Afortunadamente, la explicación le dio tiempo a calentar la pizza y a aliñar la ensalada que había dejado preparada, todo lo cual la mantuvo ocupada para no darse cuenta de la excitación que había en su voz y la forma en que miraba todos sus movimientos. Cuando terminó de explicarle los planes que tenían para la campaña de publicidad le preguntó por ella.

Libby se limitó a darle la versión corta. Había trabajado primero en Polson, donde vivían cuando se divorciaron, y había conseguido su diploma durante el verano. Entonces se mudó a Whitefish tres años atrás.

No iba a ser fácil. Libby se movía por la cocina preparando los vasos, rallando queso, buscando una fuente para la pizza, cualquier cosa para retrasar el momento de sentarse a cenar con su ex marido. Pero había una pregunta a la que tenían que enfrentarse.

—¿Le has dicho a Kylie que estuvimos casados?

—No. Es demasiado pronto —dijo él pasándose una mano por el pelo.

—¿Qué quieres decir?

—Está pasando un momento muy difícil con la muerte de Ashley y la mudanza. Le gustas. No quiero alterar su vida más.

—Pero en algún momento tendrá que saberlo.

—Por favor, Lib, todavía no. Deja que se adapte a esto.

Libby no estaba segura de que ocultarle ese pequeño detalle fuera una buena idea, pero Trent era el padre de Kylie y se suponía que la conocía mejor que nadie.

– Tú eres su padre. Haré lo que tú digas.

– Gracias – dijo él asintiendo.

Sobrevino un incómodo silencio, y Libby fingió hacer algo en la encimera. Justo antes de que sonara el timbre del horno, Kylie apareció por la puerta llevando sobre el hombro a la gata Mona.

– Señorita Cameron, creo que le gusto a Mona.

– No me cabe duda – dijo ella sonriendo –. No deja que mucha gente la tome en brazos.

– ¿Puede cenar con nosotros?

– ¿Crees que le gustará el pepperoni? – dijo Trent riéndose.

– Eres muy gracioso, papá. Quiero decir que si se puede sentar conmigo mientras como.

Trent miró a Libby y ésta asintió.

– Pero no la utilices como servilleta.

Para asombro de Libby, Mona se quedó en el regazo de Kylie mientras ésta cenaba. De vez en cuando golpeaba con su patita el mantel pidiendo comida.

– Está muy rica esta ensalada – dijo Trent.

– Gracias.

– Y la pizza también – dijo Kylie comiendo con ganas.

– Es la mejor de Whitefish – dijo Trent tomando la servilleta y limpiándole la boca a su hija.

– Whitefish. Qué nombre tan feo – dijo la niña con el gesto ensombrecido –. ¿Tengo que ir al colegio mañana?

– Por supuesto. Ya lo sabes – dijo Trent mirando a Libby con preocupación.

Kylie no dijo nada pero retiró el plato.

– Me decepcionarías mucho si no vinieras a mi clase – dijo Libby.

Los ojos de Kylie se llenaron de lágrimas.

– ¿Qué pasa, cariño? – preguntó Libby, inclinándose hacia ella.

– Se reirán – confesó Kylie.

– ¿Quiénes?

– Los otros niños.

Libby miró a Trent por encima de la mesa y vio su expresión de angustia.

– ¿Por qué?

– Porque... – Kylie se detuvo y las lágrimas rodaron por sus mejillas –. Porque tendré que leer.

Libby tenía el corazón en un puño. La pobre criatura estaba aterrorizada.

– Apuesto a que nadie se reirá. ¿No te gusta leer?

– Antes lo hacía.

– ¿Cuándo?

– Antes de que mamá fuera al cementerio.

Trent retiró la cabeza y Libby tomó las manos de la niña en las suyas.

– Cariño, ¿leías con mamá?

– Sí.

– ¿Y estaba orgullosa de ti?

– Sí.

– ¿Y crees que querría que dejaras de leer?

– No – dijo la niña limpiándose la nariz con el brazo.

– Tengo una idea. ¿Podrías venir más temprano mañana al colegio?

Trent se apresuró a asentir con la cabeza.

– Creo que sí – dijo Kylie.

– Practicaremos un poco antes de que vengan los otros niños, igual que hacías con tu mamá. ¿Podrás hacerlo?

Durante el silencio que sobrevino, Mona saltó del regazo de Kylie y comenzó a olisquear las migas de la pizza. Libby no dejaba de mirar a la niña.

– Creo que sí. No tengo una mamá ahora pero si tuviera una querría que fuera como usted, señorita Cameron.

Libby abrazó a la niña y no quería dejar de hacerlo jamás. No se atrevía a pensar en sus sentimientos ni a mirar a Trent.

Trent tomó al gato y lo dejó en el suelo. Después se levantó y se aclaró la garganta.

– La dejaré allí a las siete y media.

– ¿Tenemos que irnos ya, papá?

– Sí, cariño. Tienes que irte pronto a la cama si quieres despertarte al amanecer. ¿Qué se le dice a la señorita Cameron?

– Gracias por dejarnos venir esta tarde, y gracias por dejarme conocer a Mona. Es una supergata.

– ¿Por qué no vas a decirle adiós mientras saco vuestros abrigos?

Kylie salió disparada hacia el salón. Libby se acercó al armario y sacó los abrigos. Cuando se dio la vuelta, Trent le puso una mano en el hombro.

– Eres estupenda con ella, Lib. Te lo agradezco.

– Es muy fácil.

– Yo... – se detuvo –. Sé que probablemente no sea el mejor momento y lugar pero te lo voy a decir. Siento mucho todo el dolor que te causé... No estuve ahí cuando me necesitaste como debería haberlo hecho. Te dije cosas horribles.

Libby sintió que las rodillas le temblaban y un vacío interno.

– Lo que está hecho, está hecho. Los dos hemos continuado con nuestras vidas – dijo Libby segura de que Trent esperaba que le dijera que lo había perdonado, pero las palabras se agolpaban en su garganta –. Cuidaré bien de Kylie.

– Sé que lo harás – dijo él mirándola con una intensidad que despertó en ella sentimientos que no quería identificar y finalmente Trent giró la cabeza –. Kylie, es hora de irnos.

Cuando se hubieron marchado, Libby se quedó inmóvil, la frente apoyada en la puerta cerrada, sintiéndose mal. Trent le había dicho que lo sentía. ¿Estaba pidiendo perdón después de todo ese tiempo? Lo maldijo por ello.

Abrazándose el abdomen, finalmente se acercó a la mecedora, consciente de que nada, nada, podía curar la herida que ese hombre le había causado.

No sabía cuánto tiempo estuvo allí meciéndose aun que ni el repetitivo sonido del ir y venir de la mecedora lograron tranquilizarla. Debía de tener en sus brazos a su bebé. El bebé de Trent.

Movida por una fuerza desconocida, se levantó y se dirigió al dormitorio, consciente de que era un acto masoquista e inevitable al mismo tiempo. Se arrodilló en la alfombra y con manos temblorosas, abrió el baúl de cedro. La fragancia que despedía el interior la hizo atragantarse.

No podía detenerse. No tenía que hacerlo pero su instinto no atendía a razones. Buscando entre las sábanas, manteles y otras cosas, encontró un libro, oculto allí desde hacía tiempo.

A la luz de la lámpara de la mesilla, se obligó a leer el título escrito en la tapa: *Mi libro de bebé*.

Abrazó el libro en el que tantos deseos había y se lo llevó a la cama. Abrió la primera página, donde ella misma había escrito: *Cómo mamá le habló a papá de mí*. Después *Primera visita de mamá al médico*. Y finalmente llegó a las páginas en blanco que gritaban la pérdida tras *El tercer mes*.

Se negaba a llorar pero sufría espasmos al tratar de controlarlo. Había derramado bastantes lágrimas ya en su vida y no habían cambiado nada.

¿Cómo se atrevía Trent a regresar? ¿Cómo se atrevía a traer consigo a esa preciosa hija que le rompía el corazón? ¿Y por qué su cuerpo la había traicionado? En un momento, había sentido la atracción física hacia él.

Se quedó mirando el libro, consciente de que a partir de ese momento le serviría de recordatorio. Trent ya no formaba parte de su vida. Hacía tiempo que había perdido todo derecho sobre ella.

Nunca le había mostrado comprender lo que ella sentía. Para él había sido simplemente un aborto no deseado. Para ella, una pérdida insoportable.

Ahora él tenía una hija y ella no tenía nada.

Para él, había sido un problema sencillo. Pero ella nunca podría olvidar sus palabras en aquel terrible día cuando nada parecía poder calmar sus lágrimas, ni su terrible dolor.

«No es el fin del mundo, Lib. Siempre podemos tener otro hijo».

No, no había estado ahí con ella. Ese mismo día, el amor murió.

Capítulo 4

Atrapado en un torbellino de culpa, Trent se concentró en conducir.

—Papá ¿viste cómo Mona se hacía un ovillo en mis piernas? Es muy suave y me gusta acariciarla. Claro que también quiero a Scout. Los perros son mis favoritos, pero los gatos son...

Kylie no había parado de hablar desde que salieron de casa de Libby. Él se había limitado a asentir con la cabeza y a decir sí a todas sus preguntas mientras pensaba y recordaba.

La euforia de Libby cuando el test de embarazo dio positivo. La manera en que dio la bienvenida a los mareos matutinos como algo natural en su nuevo estado. Su tremenda alegría planeando el cambio de decoración del cuarto para prepararlo para el bebé. Y cómo siempre acababan hablando de los posibles nombres.

Pero no era eso lo único que recordaba.

Terriblemente avergonzado, recordaba también el pánico que sintió él. No estaba preparado para ser padre, ni económica ni emocionalmente. Era un hombre joven, que disfrutaba de su estilo de vida. Disfrutaba surcando las colinas nevadas sobre su tabla o pescando en un río. Después, cuando llegaba a casa, Libby escuchaba su relato, reía y finalmente hacía el amor con él de una forma tan apasionada que le hervía la sangre de sólo pensarlo.

Había sentido que la vida le estaba jugando una mala pasada. Un bebé arruinaría todo y él no estaba preparado.

Aquello no podía estar pasándole. Libby quería que él compartiera con ella su emoción, pero él no podía deshacerse de la idea de levantarse a media noche para dar de comer al bebé, y cambiar pañales. Era más divertido ir al bar o llamar a los amigos para una partida de póquer.

Sí, no estaba orgulloso de su reacción. Tras el divorcio y el cambio a Billings, había tenido mucho tiempo para reflexionar y para crecer. Entonces conoció a Ashley y, una vez más, tuvo que enfrentarse a la idea de la paternidad. Pero esta vez prometió hacer las cosas de otra manera. Sería un padre cariñoso y responsable.

—Papá, tengo miedo. De mañana.

—¿La lectura?

—No... no se me da bien.

—Pero antes sí.

—Eso fue antes de...

Kylie no tuvo que completar la frase. Antes de que Ashley muriera.

—Sí, pero puedes hacerlo bien otra vez. Especialmente con la ayuda de la señorita Cameron.

—Tal vez.

— Te gusta, ¿verdad?

— Sí — dijo la niña, pero a continuación guardó silencio —. Es maravillosa, papá — añadió, y aquello lo dejó sin palabras.

Trent se preguntó entonces qué habría sido de él si no hubiera nacido Kylie. Nunca habría conocido la abrumadora sensación de acunar a su hija entre sus brazos. Libby tenía todo el derecho a despreciarlo. ¿Cómo podía haber pensado alguna vez que un hijo era un problema, una carga? Su hija había sido lo que lo había ayudado para no caer en la desesperación tras la muerte de Ashley.

Sintió un peso tremendo en el corazón. Acababa de darse cuenta de lo torpe y necia que debía de haberle parecido su disculpa a Libby. Sin embargo, a pesar de los sentimientos que había mostrado hacia él, distantes de ser cordiales, había abrazado con cariño a su hija, le había ofrecido su afecto y la aprobación que tan desesperadamente necesitaba. Libby era una persona más sensible de lo que él había sido.

¿Pero cómo podría perdonarlo?

Después de lo ocurrido en el pasado, era esperar demasiado: pero él seguiría pidiendo perdón, rogando si llegara el caso, porque los ojos enternecedores de Libby, la dulzura que había mostrado con Kylie, la sensación de bienvenida que lo había envuelto en el momento de pisar su casa, todo eso no paraba de dar vueltas en su cabeza. Ella había sido su primer amor y quería que fuera el último.

— ¿Ya estamos en casa, papá?

— Aún no, cariño.

Y aún quedaba bastante. No estarían verdaderamente en casa hasta que pudiera demostrarle a Libby que era un hombre nuevo. Un hombre mucho mejor.

Tras una noche inquieta, Libby se despertó tarde. Se vistió a toda prisa con unos pantalones de lana y un jersey rojo de cuello vuelto, un chaleco suelto encima y las botas. Tras recogerse el cabello en una cola de caballo, salió corriendo. A pesar de sus recelos hacia Trent y todas las emociones ocultas que había hecho salir a la superficie, no podía llegar tarde a su tutoría con Kylie.

El sol apenas estaba saliendo por encima de las montañas cuando llegó al aparcamiento del colegio. De pronto, la idea de enfrentarse a un duro día de trabajo con un montón de alumnos de segundo le parecía agotador. Se encogió de hombros.

«Eso es lo que te pasa por dejar que Trent Baker te vuelva la vida del revés».

No sabía qué le había causado el insomnio exactamente: la pena despertada, la rabia por la disculpa tardía de Trent o su loca pero innegable atracción hacia él.

Sus palabras habían despertado unos recuerdos que llevaba años tratando de olvidar. No sólo su matrimonio sino algo mucho más doloroso. Una imagen de su padrastro le hizo apretar los puños. Vernon G. Belton era un político con clase, pero

cuando su hijastra cometía un acto que pudiera poner en peligro su imagen, había que tomar medidas desesperadas.

Libby se dirigió al edificio decidida a borrar de su mente todos aquellos pensamientos venenosos. Kylie necesitaba ánimo, no amargura.

Cuando Trent apareció con Kylie, Libby se había tomado ya su primera taza de café, escrito las tareas en la pizarra y preparado el libro que iba a utilizar con Kylie.

—Buenos días, Kylie —dijo Libby con su mejor sonrisa, notando con desesperación que le temblaban los labios cuando miró a Trent que parecía no haber dormido muy bien tampoco—. ¿Has desayunado?

—Cereales.

—Bien. Tenemos que trabajar mucho y no podemos con el estómago vacío, ¿verdad? —dijo señalando hacia la mesa de lectura.

Miró a Trent intencionadamente pero éste parecía no poder moverse ni dejar de mirarla.

—Te agradezco mucho lo que haces, Lib. ¿Cómo puedo pagarte?

—No es necesario. No podemos cobrar por nuestras tutorías, aunque sí podemos ofrecer ayuda extra.

—Oh.

—Adiós, papá.

—Hasta luego, tesoro —dijo Trent agachándose a abrazar a su hija.

Justo antes de girarse para marcharse, tocó con suavidad el hombro de Libby.

—Gracias —añadió con voz bronca.

Libby lo miró alejarse por el pasillo con aquel andar lento y tan sexy suyo.

—Señorita Cameron, ¿está bien?

—Claro, cariño —dijo ella sintiendo que enrojecía.

La niña se sentó en una de las diminutas sillas y Libby acercó su silla. Mordiéndose el labio inferior, Kylie pasó las páginas con nerviosismo.

—Te vas a reír.

—Nunca —dijo Libby tranquilizando a Kylie—. Es una historia maravillosa sobre un oso. ¿Por qué no empezamos ya?

—De acuerdo.

Kylie se trabó un poco al principio pero con los ánimos de Libby pronto comenzó a hacerlo mucho mejor. Cuando terminaron, Libby le dio un abrazo.

—Has sido un gran comienzo. Tienes una forma muy expresiva de leer.

—Eso decía mi mamá.

—Pues tenía razón.

– Lo sé – dijo la niña asintiendo con solemnidad –. ¿Me ayudarás... otro día?

– Claro. ¿Por qué no nos vemos a primera hora de la mañana dos días a la semana hasta que recuperes?

– Podemos decírselo a papá, ¿verdad?

Libby dejó escapar un suspiro. Hablar con papá era lo último que quería hacer.

– Tal vez, cuando venga a recogerte.

– Veo que sois muy madrugadoras – dijo Mary Travers entrando en la clase tras un leve toque en la puerta. Se dirigió a Kylie y le puso una mano en la cabeza –. ¿Te estás adaptando bien?

Kylie se limitó a encoger los hombros Mary sonrió con generosidad.

– Danos una oportunidad, Kylie. En este colegio, adoramos a las niñas como tú – guiñó un ojo a Libby –. ¿No es así, señorita Cameron?

– Claro, y soy afortunada de tener a Kylie en mi clase.

Fuera, Libby escuchó el sonido de los autobuses entrando en el patio. Los demás niños llegarían de un momento a otro y ya no tendría más tiempo para pensar en Trent Baker.

– Que tengáis un buen día – dijo Mary a las dos antes de dirigirse hacia los autobuses.

La presencia de Mary había tenido un efecto calmante, no sólo en Kylie, que ya se dirigía a su mesa y estaba empezando a sacar sus cosas de la mochila, sino también en Libby. Además, sin quererlo, Mary le había recordado el perfecto antídoto contra Trent.

Doug.

Chad Laraby caminaba calle abajo hacia Trent.

– ¡Lo conseguimos! – dijo extendiendo la palma de la mano para chocarla con Trent –. Tenemos a los del seguro en el bolsillo.

– Todo gracias a ti – dijo Trent sonriendo. Y era cierto. Trent sostuvo la puerta del Kodiak Café y entró tras él –. Te invito a un café.

– Acepto – dijo Chad frotándose las manos.

Weezer los saludó desde la caja al tiempo que una camarera se acercaba a ellos con una jarra y dos tazas en la mano. Resultaba imposible resistirse al aroma de los bollos de canela especiales típicos de la casa, y los dos pidieron uno.

Chad extendió los brazos a lo largo del respaldo del asiento.

– ¿Cómo te sientes de vuelta en Whitefish?

– Fenomenal. Te agradezco de veras esta oportunidad.

– Tú habrías hecho lo mismo por mí. Estamos en el buen camino, amigo.

Trent sólo esperaba que fuera así. El negocio tenía buena pinta en el papel, pero en medio del invierno era difícil atraer turistas en busca de los servicios que ellos ofrecían, especialmente después de los recientes incendios. Tendrían que hacerlo muy bien en el verano, lo que significaría emplear muchas horas los siete días de la semana. Tendría que pensar en algo para Kylie, pero ya se ocuparía de eso más tarde.

– ¿Sigues estando en el equipo de salvamento?

– Sí y hablando de eso, tenemos sesión de entrenamiento la próxima semana. ¿Te interesaría unirse a nosotros?

Era una gran tentación. Y estaba ahí mismo. Cuando estaba en la universidad, había participado en el equipo que cubría la zona de Bozeman. Recordarlo hacía que le subiera la adrenalina.

– No me gustaría dejar a Kylie. Tendré que pensarlo.

– Si te interesa, mi hija Lisa cuida niños de vez en cuando. Pero hablando de Kylie, ¿cómo le fue ayer en el colegio?

– Bien, si no hablamos de un sádico de un metro de estatura que se burló de ella porque no sabía esquiar.

– Pero eso tiene fácil solución.

– Eso es lo que le dije. Estoy pensando en llevarla a Big Mountain el sábado.

– Será mejor que el tío Chad os acompañe. Nadie debería tratar de enseñar a esquiar a sus propios hijos. Yo tuve que dejar a los míos con un instructor porque a mí no me hacían caso.

– Tienes razón. Además, quiero que os conozcáis – dijo Trent sonriendo.

– Está bien. Lori llevará a nuestros hijos a Helena este fin de semana a visitar a su familia, así que estoy libre.

Tras discutir los detalles de presentación de su negocio en la feria de actividades al aire libre que iba a celebrarse próximamente en Kalispell, Chad miró hacia la puerta por encima de Trent, y al momento se levantó de la silla saludando con la mano.

– Por aquí, Chuck.

Un hombre de complexión fuerte con una gran sonrisa visible a pesar del bigote rojizo, se acercó a ellos.

– Que me aspen si éste no es Trent Baker – dijo dándole un fuerte apretón de manos y sentándose a su lado –. No te había visto desde aquella acampada en la que nos pillamos una buena tajada. Había oído que estabas trabajando en Billings.

Trent hizo un gesto de dolor al recordar el final de aquel viaje. Habían pillado la madre de las borracheras y después había tenido que escuchar la bronca de Libby por haberla dejado sola el fin de semana. En el instituto, Chad, Chuck y él habían disfrutado de muchas juergas juntos hasta que Trent se casó con Libby y ésta empezó a mostrarse celosa del tiempo que pasaba con ellos.

– He estado viviendo en Billings varios años.

– ¿Y qué te ha hecho volver?

Chad le contó la versión corta de su aventura empresarial.

– Sentí mucho lo de tu divorcio de... – Chuck se detuvo un momento a recordar – ¿Libby? Siempre pensé que hacíais una gran pareja.

Chuck parecía no darse cuenta del gesto de advertencia de Chad pero Trent se enfrentó a la verdad.

– Algunas cosas no están destinadas a ocurrir. Me volví a casar, con una chica de Billings. Ella... murió hace un año.

– Vaya, tío. Lo siento.

– Tengo una niña pequeña. No se me ocurría un sitio mejor para criarla que Whitefish.

– A mí tampoco – dijo Chuck apretándole el hombro –. Me alegra que hayas vuelto – y se levantó –. Y ahora, si me disculpáis, he quedado aquí con alguien. Pero ¿qué os parece si nos vemos el lunes por la noche en el bar? Podríamos tomarnos unas Moose Drool – dijo mencionando una cerveza típica de la zona de Montana –. Y contarnos unas mentiras.

Puede que Chuck Patterson fuera un hombre de treinta y cinco que perdía pelo pero tenía el cerebro anclado en los años ochenta.

– Tal vez algún día – respondió Trent vagamente –. Ahora mismo, prefiero quedarme con mi hija. Todo es muy nuevo para ella.

– Claro, lo entiendo. Adiós – dijo Chuck dirigiéndose hacia la parte trasera del café.

Chad lo vio alejarse con una sonrisa divertida en el rostro.

– Nadie diría que nuestro Chuck ha sido campeón de lucha ni que tiene cinco hijos – se inclinó hacia delante –. Pero ni se te ocurra pensar que ha sentado la cabeza. Sigue siendo un salvaje.

– ¿Me estoy haciendo viejo o simplemente he madurado más? – dijo Trent dando un sorbo.

Pero antes de que Chad pudiera responder, la camarera regresó con los bollos, cubiertos de algo dulce y gelatinoso por encima. Chad dio un mordisco pero se detuvo antes de masticar para responder a Trent.

– Ahora tienes responsabilidades.

– Sí.

Y de alguna forma, en ese momento, sus responsabilidades le parecieron mucho más pesadas. Aunque tampoco quería estar en un bar lleno de humo, viendo lucha y oyendo al bueno de Chuck hablarle de los viejos tiempos.

Los dos hombres se concentraron en comer. Por fin, Chad se reclinó en el asiento, dándose unas palmaditas satisfechas en el estómago.

– Seguro que no teníais de éstos en Billings.

– No había ninguna Weezer allí, eso seguro – dijo Trent con una sonrisa.

Su amigo se inclinó hacia delante, con los codos en la mesa, la expresión seria.

– ¿La has visto?

– ¿A Weezer? – preguntó Trent fingiendo no entender.

– No. A Libby.

Vaya si la había visto. Y cuánto bien le había hecho.

– Sí.

– ¿Y bien? – Chad inclinó la cabeza –. ¿Me lo vas a contar?

– No hay mucho que decir. Es la profesora de Kylie.

– Estás de broma.

– No. ¿Cuántas posibilidades había de que ocurriera?

– ¿Y?

– Kylie está loca por ella.

– ¿Y tú? – dijo Chad fijando sus ojos oscuros en él.

– ¿Yo?

– ¿Sientes lo mismo que en el pasado?

Oh, sí. Se había pasado la noche entera despierto, caliente como un adolescente con su primera revista porno. Recordando sus pechos erguidos, el vaivén de sus caderas, el aroma de su pelo. Y la forma en que le había dado las buenas noches.

– ¿Y qué si es así? ¿Qué bien me haría?

– Tú no eres de los que se rinden, Baker. Si la quieres ve a por ella – dijo Chad mirándolo fijamente.

– Hice algunas cosas imperdonables.

– Hace doce años de eso. Y por si no te habías dado cuenta, no se ha vuelto a casar. ¿No te dice eso algo?

– Ya veremos – dijo Trent levantándose.

Chad también se levantó y rodeó a Trent con un brazo.

– Decidas lo que decidas, amigo, estoy contigo. Pero si la quieres, no esperes demasiado.

Fuera, tomaron caminos separados. Trent estaba a medio camino cuando se detuvo en seco, las palabras de Chad resonando en sus oídos: «No esperes demasiado». ¿Acaso sabía Chad algo que no le había contado?

Se bajó la visera de la gorra, maldiciendo. Se preguntaba si habría alguien. Era una posibilidad que no se le había ocurrido pensar, pero podía ser. Libby era una mujer muy especial atractiva, divertida, bondadosa y muy sexy.

Frunció el ceño y echó a andar de nuevo. Se había comportado como un imbécil. ¿Por qué iba a darle una nueva oportunidad?

Georgia esperaba impaciente a que Gus saliera de la ducha. Había aprendido que, en vez de forzar las discusiones, era mucho mejor buscar la oportunidad perfecta para hablar. Gus trabajaba muchas horas para poder llevar el relajado ritmo de vida que llevaban, por lo que ella le estaba agradecida, pero a veces era un bobo. Como en ese momento. ¿Cómo podía estar tan tranquilo a pesar de que los habían separado de su nieta?

Al fin, Gus apareció y se detuvo junto al minibar.

—¿Quieres algo? —preguntó levantando un vaso.

—Uno suave para mí, por favor —dijo ella. «No le metas prisas».

—Una de las chicas de tu club de tenis me habló del proyecto que tiene para una casa.

—¿Sí?

—Lora Neff —contestó Gus sirviéndose un whisky solo para él y uno con soda y hielo para ella—. Quiere tirar tabiques y unir a la cocina una habitación —dijo pasándole el vaso, reclinándose a continuación en su sillón de cuero y levantando los pies—. No sé si podré hacerle un hueco.

—Salud, querido —dijo Georgia conteniéndose las ganas de gritar.

Brindaron y finalmente le hizo la pregunta que había estado esperando.

—¿Qué tal has pasado el día?

Normalmente, Gus fingía prestar atención a lo que su mujer le contaba, a sus aburridos recitales, partidos de golf y sus compras.

—He hablado con Kylie esta tarde. Sinceramente, había pensado que Trent nos iba a llamar antes.

—Acaban de mudarse, cariño. Necesitan tiempo para adaptarse.

—Ya lo sé —dijo Georgia sin comprender por qué su marido se mostraba tan razonable—, pero tenía ganas de saber qué tal le había ido en los dos primeros días de colegio.

—¿Y que dijo?

—Lo que me temía —se detuvo para dar un efecto dramático—. No es feliz.

—¿Podrías especificar un poco más? —preguntó su marido arqueando una ceja.

—No le gustan los niños de su clase.

—Tampoco le gustaba el colegio aquí, no es nada nuevo —dijo él balanceando el vaso—. Estoy seguro de que tendrá cosas buenas que contarnos.

– Me dijo algo de un perro y un gato – dijo con desprecio –. Lo próximo será una reacción alérgica.

– ¿Qué te ha dicho de su nueva casa? ¿De su profesora?

– Oh, Gus. ¿Te lo imaginas? Viven en una cabaña de madera, como Laura y Mary Ingalls, dijo Kylie. Vaya idea. Le gusta su profesora. Al menos Whitefish tiene algo bueno. ¿No podías haberle ofrecido a Trent más dinero para que se quedara?

– Lo hice – dijo Gus dejando el vaso en la mesa y al hacerlo el sillón volvió a su posición erguida –. Georgia, cariño, era algo que Trent tenía que hacer.

– ¿Qué? ¿Romper nuestros corazones? – dijo ella y cuando su marido le puso la mano en el hombro, ella giró la cara.

– Hacer realidad su sueño. Construir un futuro para su hija. No puedes culparlo por ello.

– Pero la echo mucho de menos – dijo Georgia pestañeando furiosamente.

– No se trata de ti, ni de mí – dijo Gus –. Tenemos que hacer lo posible por apoyarlos en esta nueva aventura.

Georgia se levantó dejando su vaso en la mesa.

– Te juro, Gus, que por mucho tiempo que llevemos casados, no te comprendo. ¡No puedo soportarlo! – y diciendo esto, salió de la habitación con un nudo en la garganta y los ojos llenos de lágrimas.

Libby se apoltronó en su silla de trabajo y suspiró aliviada. Otra semana que acababa. Bart se había enredado en una pelea en el patio de recreo, Rory seguía levantando la mano para tomar parte en alguna discusión, y Kylie... Bueno, era difícil saber lo que pensaba. Aparentemente, estaba contenta después de las dos tutorías de lectura pero cuando estaba con los demás niños, se cerraba, su lenguaje corporal indicaba que estaba a la defensiva.

Trent le había dicho esa misma tarde al ir a recoger a Kylie que, en adelante, iría en el autobús del colegio excepto los días de tutoría. A Libby se le había partido el corazón al ver la mirada llena de dolor de Kylie hacia su padre. Aunque pensaba que el autobús podía ser una buena idea. No le quedaría más remedio que relacionarse con los demás niños.

Y así, ella podría evitar tener que relacionarse con Trent.

Libby estaba llenando su bolsa con trabajo para el fin de semana cuando notó que alguien la miraba desde la puerta.

– Libby, hola – Doug sonrió y a continuación se acercó a ella y le dio un beso en la mejilla –. Acabo de salir de la oficina de Great Falls y tenía ganas de verte.

– ¡Doug, qué sorpresa! – exclamó ella, poniéndose en pie repentinamente sonrojada. El maquillaje de la mañana no estaba en su mejor momento y llevaba el jersey más viejo que tenía.

– Estás preciosa – dijo él.

– Más bien parezco Mary Poppins después de un duro día con los niños de los Banks – dijo ella mirándolo con incredulidad.

– No hagas eso – dijo él tomándola de las manos.

– ¿Qué?

– Subestimarte. Cuando un hombre te dice que estás preciosa, tienes que creerlo.

– Sí, señor – dijo ella soltando las manos y haciendo un saludo marcial tratando de restarle intensidad al momento.

– Espero que estés libre este fin de semana. Tengo grandes planes.

Su plan de fin de semana incluía limpiar la cocina y llamar a los padres de Bart y Rory. Excitante. Pero aun así, no pudo evitar la irritación que le causó el hecho de que Doug hubiera asumido que estaría libre para... lo que fuera.

– ¿Qué tienes en mente?

– Para empezar, ¿te apetece comida mexicana esta noche? Después podríamos ir a ver el partido de baloncesto del instituto o ver una película en casa. Tú eliges. ¿Y mañana? He oído en la radio que la nieve de Big Mountain está genial. Había pensado que podríamos ir a esquiar. ¿Cuándo has esquiado por última vez?

– Antes de Navidad y desde luego ir a esquiar tiene mucha mejor pinta que lo que yo tenía en mente – dijo ella pensando que ya trabajaría el domingo.

– Estupendo. Te recogeré a las seis para cenar – dijo besándola de nuevo y salió.

Libby se encontró con Mary cuando salía del edificio.

– ¿Podría hablar contigo un minuto?

– Claro – y la siguió a su despacho.

– ¿Conoces a Jeremy Kantor?

– ¿Debería? – preguntó Libby frunciendo el ceño.

– No necesariamente. Es un reportero de una revista nacional.

– ¿Tiene algo que ver con mi padrastro? – preguntó Libby con una sensación desagradable. Se había esforzado por distanciarse del senador y él y su gente habían acordado dejarla fuera del foco de atención.

– Dijo que estaba recabando información sobre el senador Belton y me pidió que verificara que trabajabas aquí. No he podido negarme.

– ¿Era eso lo único que quería?

– Aparentemente – dijo Mary rodeando la mesa y tomando a Libby de la mano –. Estás pálida. ¿Te encuentras bien?

– Sí. Es sólo que... mi padrastro y yo nunca hemos estado muy unidos y me desagrada que te hayan puesto en esta situación. Tal vez no sea nada pero no me da

buena impresión todo esto –dijo Libby. Tendría que hablar con Vernon y preguntarle qué estaba ocurriendo.

Mary la observó preocupada.

– Dime si puedo ayudarte o si Doug puede.

– Te lo agradezco pero no es necesario que te impliqués. En el futuro, di al señor Kantor que hable conmigo.

– ¿Estás segura?

– Totalmente – dijo Libby –. Gracias.

– Recuerda, Libby, que no tienes que enfrentarte a nada tú sola. Nos tienes a todos nosotros.

Incapaz de hablar, Libby abrazó a Mary y salió del despacho. No se le ocurría una suegra más cariñosa que Mary. Suegra. ¿De dónde había salido esa idea? Aunque lo cierto era que ahí era exactamente a lo que conducía su relación con Doug. Después de todo, prácticamente le había dicho que la quería.

Prácticamente, pero no se lo había dicho en realidad.

El sábado por la mañana, Trent estaba preparando tortitas en la cocina de la cabaña. Había comprado sirope de arándanos, el favorito de Kylie. Miró por la ventana. Bajo la luz del sol de invierno, la nieve que lo cubría todo, parecía azúcar cristalizada.

– Papá – Kylie entró en la cocina vestida con el pijama frotándose los ojos.

– Buenos días. ¿Lista para pasar un gran día?

Kylie no respondió. En su lugar, tomó la colcha de ganchillo del sofá y se acurrucó bajo ella. Debía de estar aún dormida. Trent silbaba mientras vertía la masa en la sartén y ésta silbaba al contacto.

– Kylie, ¿pones la mesa? El desayuno está listo.

– No tengo hambre – dijo la niña sin moverse.

– ¿Por qué no? – preguntó Trent, suspicaz.

– Estoy enferma.

Trent dejó la espátula y se dirigió hacia el sofá.

– ¿Qué te duele? – preguntó arrodillándose junto a la niña.

– La tripa.

– No tienes fiebre – dijo Trent tras palparle la frente.

– Me da igual. Estoy enferma.

– Pero si vamos a pasarlo muy bien. Te gustará mucho esquiar. El tío Chad es un profesor estupendo.

—No voy a ir —dijo la niña frotándose el estómago—. Podría vomitar.

Frustrado, Trent se preguntó cómo debería tomarse las quejas de su hija. Nunca sabía cuando estaba fingiendo. Tal vez no quisiera ir a esquiar.

—¿No quieres aprender a esquiar?

La niña sacudió la cabeza bruscamente.

—¿Por qué no?

—Parecerá que soy tonta. Además, mamá no esquiaba.

Tenía razón en eso. Ashley disfrutaba con otros deportes como el golf o el tenis. Pensó en algo que decir para incentivarla.

—La señorita Cameron sí esquiaba.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó la niña incorporándose. Aquél no era el momento de sacar a relucir su antigua relación.

—¿No te fijaste en la baca que llevaba en el coche la noche que fuimos a su casa?

—Oh.

—Te perderás lo mejor del día si te quedas en casa.

—¿Crees que podríamos encontrárnosla hoy?

Trent no tenía la menor idea. Las posibilidades no eran muy grandes.

—No lo sé. Tendremos que ir para averiguarlo ¿no crees?

—¿Me enseñará el tío Chad?

—En menos que canta un gallo hará que esquíes por la pista de principiantes.

—Vale.

—Esta es mi chica —dijo Trent dando un suspiro aliviado y levantándose.

—Papá, ¿qué es ese terrible olor?

Trent se dio la vuelta y notó el humo que provenía de la sartén. Sólo esperaba que las tortitas quemadas no fuera un mal augurio.

Kylie permanecía en silencio mientras le ajustaban las botas, pero cuando por fin se puso de pie sobre la nieve, le sonrió a Trent.

—Mira papá, tengo pies de monstruo.

Chad la hizo reír con su imitación del hombre de las nieves y a continuación se arrodilló junto a ella y empezó a señalar las técnicas básicas en otros esquiadores. Ella atendía en silencio cuando Chad le explicó cómo girar para detenerse en una colina suave y, colocándose con sus esquís por fuera de los de ella, comenzaron a deslizarse.

Cuando llegaron al final, Chad miró a Trent.

—Piérdete un rato, papá, ¿quieres? Esta pequeña y yo tenemos una lección de esquí pendiente.

—Sí, papá. Vete. Cuando vuelvas, seguro que te vas a llevar una sorpresa porque sabré esquiar.

—Está todo bajo control —aseguró Chad.

Aunque reticente, Trent se dirigió hacia el telesilla. Había albergado la esperanza de poder enseñarle él mismo a esquiar a su pequeña, pero se alegraba de que pareciera llevarse tan bien con Chad y de que éste hubiera conseguido quitarle el miedo a hacerlo mal.

La vista desde el telesilla era espectacular. Los deslumbrantes picos helados de Glacier Park recortados contra el cielo azul sin nubes y los lagos relucientes como espejos. Trent inspiró profundamente el aire de la montaña y se relajó en su asiento. Había echado mucho de menos el norte de Montana: más de lo que había imaginado. Con el tiempo, Kylie también amaría aquel lugar.

Para poder vivir en Whitefish durante los años de formación de Trent, su madre había trabajado en numerosos sitios: agente de reservas de Glacier Park, conductora del autobús del colegio, cajera y finalmente camarera en el Kodiak Café. Allí fue donde Weezer y ella se hicieron grandes amigas. Trent se rió. Si a una de las dos se le escapaba que él estaba haciendo alguna fechoría, la otra lo controlaba. Sus escapadas las había tenido a las dos en constante vigilancia.

Y eso era lo que quería para Kylie una comunidad con buena gente en la que apoyarse. El telesilla llegó a un alto y Trent se dejó caer. A pesar del sol y de las condiciones excelentes de la nieve, había pocos esquiadores en aquella sección. Se ajustó las gafas, plantó los bastones y se dio impulso. La sensación de la velocidad le resultaba estimulante. Cuando plantó los bastones en la nieve al final de la bajada no puso reprimir una amplia sonrisa de satisfacción.

Subió y bajó de nuevo antes de regresar con Chad y la niña. Se quitó los esquís, se los colocó sobre el hombro y se dirigió hacia la zona de principiantes. Para su asombro. Kylie ya esquiaba sola, las cejas fruncidas en gesto de concentración. Entonces se detuvo, miró a Chad y se echó a reír satisfecha.

—¡Lo he conseguido, tío Chad lo he conseguido!

—Ya lo creo —dijo él chocando los cinco con la niña—. Tienes cualidades innatas.

Al mirar por encima del hombro de Chad vio a Trent.

—¡Papá, papá! ¡Ya sé esquiar!

—Nunca lo dudé —dijo Trent acercándose y dándole un abrazo.

—Así aprenderá ese estúpido de Bart Ames. ¿Cuándo volvemos otro día?

—¿Mañana?

— ¡Sí! — contestó la niña con las mejillas sonrosadas por el frío y una mirada danzarina en los ojos.

— ¿A quién le apetece un chocolate? Así el tío Chad podrá esquiar un poco también.

— Me encanta el chocolate.

— Gracias amigo — dijo Trent extendiendo la mano hacia Chad —. Te debo una.

— No me debes nada. Kylie y yo lo hemos pasado muy bien, ¿verdad, pequeña?

Trent la ayudó a quitarse los esquís y se dirigieron a la cafetería. De pronto, Kylie se detuvo y entornó los ojos para ver a lo lejos.

— Papá, mira allí. ¿Ves a ese hombre que besa a una mujer con un gorro rojo? Creo que es la señorita Cameron.

No quería mirar pero sus ojos se dirigieron a la pareja como si fueran un imán.

— ¿Por qué la está besando?

Bajo el frío de la montaña, Trent sintió que la sangre le hervía en las venas.

— No lo sé. A lo mejor no es la señorita Cameron.

— Sí lo es. ¿No lo ves? Se ha dado la vuelta. El hombre le rodeaba la cintura con un brazo. Estaban charlando y riendo, ajenos a todo.

Kylie empezó a dar saltos agitando las manos en guantadas.

— Señorita Cameron, ¡hola!

Trent deseó que se levantara una horrible ventisca, lo que fuera antes que enfrentarse a la confirmación de que Libby estaba con un hombre. Alguien que evidentemente, la adoraba.

— Hola, Kylie. ¿Estás aprendiendo a esquiar? — preguntó Libby saludando con la mano.

— ¡Lo hago muy bien! — respondió Kylie con tono triunfal.

— ¡Estupendo!

Trent también la saludó aunque sin mucho entusiasmo y vio cómo Libby y su hombre se dirigían al telesilla.

— Vamos, Kylie — dijo Trent alejando a Kylie de allí. Pero por muy dulce y cremoso, el chocolate no pudo quitar el amargor que se formó en su boca cuando vio cómo aquel hombre besaba a Libby.

Capítulo 5

—¿Alumna tuya? —preguntó Doug a su lado.

Libby asintió con la cabeza mientras subía en la silla y abajo quedaban las figuras de un hombre y una niña. No era fácil quitárselos de la mente. La alegría de Kylie cuando la saludó. El dolor en el rostro de Trent, como si ella siguiera siendo suya. Bastante era tener que relacionarse con él porque era parte de su trabajo pero no daría opción a que se repitiera lo de la cena de la primera noche.

—¿Estás bien? —preguntó Doug poniéndole el brazo por encima del hombro.

—Sí. ¿Por qué?

—Estás muy lejos de aquí. ¿Te he agotado con tanto esquí?

—Estoy un poco cansada. ¿Te parece que sea ésta la última bajada?

—Me parece bien. Te llevaré a casa para que puedas revivir un poco con un buen baño antes de salir esta noche.

—¿Esta noche? ¿Qué hay esta noche?

—He reservado en Big Fork.

El día había sido divertido. Habían hecho deporte, Doug se había mostrado muy complaciente y había hecho muy buen tiempo, ¿Pero entonces por qué la perspectiva de una cena le parecía más una obligación que un final romántico para un día perfecto? Tratando de mostrar un entusiasmo que no sentía, murmuró:

—Estupendo.

Pero Libby no podía concentrarse en el descenso. ¿Cómo había logrado Trent con sólo una mirada arruinar su buen humor? No podía permitir que la afectara tanto. Ahora vivía en Whitefish. Eso quería decir que se lo iba a encontrar muchas veces y no quería que Trent Baker ni nadie amenazara la frágil paz que había conseguido hacer con el pasado.

A su lado, Doug se detuvo.

—Vamos preciosa ¿preparada para ir a casa?

—Ese baño sueña muy apetecible.

Doug la besó, ligeramente al principio y luego más profundamente. Cuando se apartó le acarició la nariz con un dedo.

—¿Quieres que te frote la espalda?

Instintivamente, Libby se retiró aunque era consciente de que Doug tenía todo el derecho a preguntar algo así. No podía retenerlo indefinidamente, no después de haberle dicho que creía que sí podría amarle algún día.

—Hoy no, gracias —dijo sonriendo con gesto de cansancio.

Más tarde, cuando caminaban por el aparcamiento hacia el coche, Doug le tomó la mano.

– Lo he pasado muy bien.

– Yo también.

– ¿Harás algo por mí esta noche?

– Claro.

– Ponte ese vestido rojo tan sexy. Ya sabes, ése con los tirantes finos.

Libby notó que el estómago le daba un vuelco. ¿Acaso tendría algo en mente? Era posible, claro. Hacía semanas que venía conteniéndolo.

– De acuerdo.

Charlaron de camino a casa y cuando Doug se marchó, sus palabras de despedida seguían resonando en su mente, haciéndola sentir incómoda.

– Ha sido un día muy especial, Libby. Quiero que esta noche sea aún más especial.

Se preparó un baño caliente perfumado con aceite de lavanda y se metió en el agua. Cuando se tumbó y apoyó la cabeza en la porcelana de la bañera, dejó escapar un profundo suspiro. Tenía que tomar una decisión y si no era esa noche, tendría que hacerlo muy pronto.

El problema no era Doug, el problema era ella misma.

– Tal vez ese idiota de Bart ya no se burle más de mí – dijo Kylie a Trent de camino a casa, exultante con su nueva habilidad.

– Esa lengua.

– ¿No se puede decir idiota? Es que lo es.

– ¿Qué te parece si lo dejamos en ignorante?

– ¿Qué significa?

– Alguien realmente estúpido.

– Ig-no-ran-te – repitió la niña con cuidado y sonrió mirándose al espejo retrovisor –. Me gusta. Es tan ig-no-ran-te que ni si siquiera sabrá lo que significa la palabra – rió.

La palabra se adaptaba perfectamente a él también. Una virulenta oleada de celos lo había inundado al ver a ese hombre besar a Libby. No tenía sentido. ¡Hacía más de diez años que no la veía y no tenía control alguno sobre sus reacciones hacia ella! Reacciones casi todas relacionadas con sensaciones físicas que creía haber enterrado al conocer a Ashley. Chad había intentado avisarlo. Weezer, con sus ojos amables y su corazón intuitivo, le había preguntado. ¿Qué ocurriría si seguía sintiendo algo por Libby?

Después de cenar, Trent invitó a Weezer a la cabaña. Vieron la tele y después Weezer contó a Kylie una historia para dormir, Scout se tumbó en la puerta de su

habitación como si estuviera protegiéndola. Cuando Weezer regresó, Trent le sirvió un vaso de sidra y sirvió otro para él. Weezer se sentó en el sofá con las piernas cruzadas y Trent se relajó en un sillón cercano.

—¿Y bien? —preguntó Weezer finalmente tras un largo silencio.

—Hay un hombre —se limitó a decir Trent consciente de que no necesitaba dar más explicaciones.

Weezer no dijo nada y esperó a que Trent continuara.

—Los vimos en Big Mountain. La besó —decirlo le resultaba tan doloroso como el hecho en sí. Dejó el vaso en la mesa sin probarlo—. ¿Por qué no me lo habías dicho?

—No me lo preguntaste —contestó ella con expresión suavizada.

—¿Quién es?

—Doug Travers. Él y su familia se mudaron aquí poco después de que te fueras. Es agente de seguros. Su padre administra el hospital y su madre es la directora del colegio en el que enseña Libby.

—Claro. La señora Travers —gimió él. Todo tenía sentido. Libby pegaba bien con gente como los Travers. Ciudadanos respetables. ¿En qué estaba pensando? No podía esperar llegar allí y retomar lo que habían dejado y arruinar así la nueva vida de Libby.

—¿Van en serio?

—Se han estado viendo de forma intermitente durante los últimos seis meses —dijo Weezer encogiendo los hombros—. Es un buen hombre —dijo a modo de advertencia.

Debería haberse alegrado de oírlo, aliviado de que no se tratara de un imbécil supino, pero por algún motivo aquello no hizo que se sintiera mejor.

—Pero tú también lo eres, hijo.

Trent trató de imaginar a Libby casada con un hombre con un buen trabajo, unos padres amables y probablemente mucho dinero. Una familia ideal. Y no un marido egoísta y cretino que había salido huyendo de sus responsabilidades. Apoyó la cabeza en las manos y miró el fuego, consciente sólo de su caos mental y de la respiración tranquila de Weezer a su lado.

—¿Es demasiado tarde? —preguntó finalmente.

—No he visto un anillo en su dedo.

—¿Qué crees que debería hacer?

—No es a mí a quien le corresponde decidirlo. Tu cabeza y tu mente están luchando. Puedes seguir siendo un infeliz o puedes actuar. Los riesgos en este juego son altos.

Trent se levantó y fue hacia la ventana. Antes de que ese tal Doug entrara en escena, había acariciado la esperanza de intentarlo de nuevo con Libby, pero después de verlos juntos, se preguntaba si tenía algún derecho a interferir. Miró a Weezer.

– No quiero que te sientas obligada pero ¿podrías quedarte con Kylie un rato?

– Puedo – dijo ella mirándolo.

– No sé cuándo regresaré – dijo él tomando la parka.

– Tómate todo el tiempo que necesites.

Trent atravesó el salón y le puso la mano en la cabeza plateada de Weezer.

– Gracias.

– Actúa con conocimiento, hijo.

Cuando salió a la calle, inspiró profundamente y miró a las estrellas. «Ashley, si estás ahí, perdóname, pero no quiero estar solo. Nunca más». Libby podía rechazarlo pero no antes de dejarle bien claro algo. Una parte de él siempre la había amado. Y seguía haciéndolo.

Debería haberlo sabido. Un moderno todoterreno Suburban estaba aparcado a la puerta de la casa de Libby.

La luz del porche lanzaba un brillo cálido sobre el patio delantero y, en el interior, una pequeña lámpara iluminaba el salón. Trent apretó los dientes. No podía controlar su imaginación desbordada: música suave, fuego encendido en la chimenea y unas copas de coñac para desinhibir. La visión de los ojos azules de Libby relucientes de pasión, hablando entre susurros y la respiración entrecortada. Al pensar en ello, casi podía oler su aroma peculiar.

Se reclinó en el asiento avergonzado de sus pensamientos y de la situación, en medio de la oscuridad, dentro de un coche como el peor de los mirones. ¿Pero qué había esperado? Se había comportado como un pésimo marido. Infantil. ¿Cómo iba a convencerla de que había cambiado? No tenía la respuesta, sólo el convencimiento de que tenía que intentarlo.

Entonces, se abrió la puerta de la casa y salió Doug Travers. Trent vio que Doug se daba la vuelta y tomaba el rostro de Libby entre sus manos antes de besarla. No podía verla a ella porque el cuerpo del hombre la tapaba. Cuando éste se movió un poco, pudo verla. Iba vestida con un sensacional vestido rojo que acentuaba cada curva de su precioso cuerpo.

Con un gemido, miró impotente que le acariciaba la mejilla y luego se inclinaba hacia él y le susurraba algo al oído. Finalmente, el hombre se dio la vuelta en dirección a su coche. Cuando el coche salió hacia la calle, Libby cerró la puerta lentamente.

Asqueado consigo mismo, Trent golpeó el volante. Sólo había estado pensando en él y en Kylie. Era evidente que había algo entre Libby y Doug. Después de tantos años soltera, se merecía lo mejor. ¿Quién era él para causar complicaciones?

Weezer tenía razón en una cosa. Su cabeza y su corazón estaban en guerra. «Actúa con conocimiento», le había dicho. Y el conocimiento le decía que encendiera el contacto y se alejara de allí.

Pero en lugar de hacerlo, sacó la llave y la guardó en el bolsillo, salió del coche y se dirigió a la casa. En aquel caso, ni todo el conocimiento del mundo podría contener los deseos de su corazón.

Cuando Doug se marchó, Libby se quitó los zapatos y se sentó en la mecedora, observando desde allí el fuego. Mona emergió desde debajo del sofá donde se había refugiado y saltó a su regazo. Pero ni siquiera el tranquilo ronroneo de la gata podía calmar sus nervios afilados. Tal vez fuera cansancio, pero el regocijo mostrado por Doug tras haber pasado el día juntos y los excitantes planes para el siguiente fin de semana, la habían dejado exhausta.

Quería compartir su entusiasmo y notar el corazón acelerado cada vez que la besaba, contemplar con felicidad el futuro que él quería con ella. Agradecía el manto protector con que Doug la cubría y sus gestos siempre considerados, pero faltaba algo. Algo importante.

Cerró los ojos y su mente se llenó de recuerdos de otra época otras noches mucho tiempo atrás... y su cuerpo ardiente de deseo. ¿Podría vivir en un matrimonio desprovisto de pasión?

La llamada a la puerta la sobresaltó. Confusa, dejó a Mona en el suelo, y se levantó. ¿Habría olvidado Doug algo? Eso tenía que ser. Nadie más se presentaría en su casa a esas horas.

Encendió la luz del porche y miró por la mirilla. Al otro lado estaba... Trent. El corazón se le aceleró. ¿Qué fuerza desconocida lo había hecho aparecer desde las profundidades de sus recuerdos sobre sus noches de pasión desbocada? Con dedos temblorosos se estiró el vestido y abrió la puerta.

Trent tenía un brazo apoyado en la jamba de la puerta con expresión seria y el pelo revuelto por el aire de la noche.

– ¿Qué estás haciendo aquí?

– Tenemos que hablar.

Casi se echó a reír. ¿Desde cuándo iniciaba Trent Baker una conversación seria? Era un hombre de acción y siempre decía que hablar lo ponía nervioso. Así que sus problemas siempre acababan resolviéndose en la cama.

– N-no imagino de qué podemos tener que hablar – dijo ella tartamudeando al recordarlo.

- ¿Puedo entrar? – preguntó él mirándola suplicante.
- Creo que ya hemos hablado de todo lo que teníamos que hablar.
- Por favor.
- Ya que estás aquí... – dijo haciéndose a un lado para dejarlo entrar.
- Gracias, Lib – dijo él entrando y dirigiéndose al salón.

Libby cerró la puerta pero se detuvo un momento antes de entrar en el salón intentando tranquilizarse. En el aire flotaba el aroma puramente masculino de Trent. A pesar de ella sintió el calor en su cuerpo. Y lo maldijo. No tenía derecho a reaparecer así en su vida en el preciso momento en que estaba a punto de enamorarse de Doug. Trent ya le había arruinado la vida una vez y no dejaría que lo hiciera de nuevo.

Entró a continuación en el salón y se acomodó en la mecedora mirando con frialdad al hombre que una vez amó.

- Muy bien. Hablemos.

Trent no se movió. Ahora que estaba delante de ella evitando a toda costa mirar su bonito cuerpo encapsulado en aquel vestido tan sexy, no sabía por dónde empezar.

- No he podido mantenerme al margen – comenzó con torpeza.

Libby alzó una ceja.

- Lo que quiero decir es que necesitaba verte esta noche.

Libby miró el reloj de cuco con desaprobación.

- ¿Qué demonios era tan urgente?

- Quiero que me hables de Doug Travers.

- ¿Qué pasa con él?

– ¿Vais en serio? – preguntó sentándose en el sofá y apoyando las manos en las rodillas.

- ¿Y en qué forma podría incumbirte?

Incluso a él mismo le parecía que se estaba comportando como un idiota, yendo allí a pedirle explicaciones sobre su vida privada.

- Esperaba que sí pudiera ser de mi incumbencia.

– Trent, soy la profesora de tu hija. Ahí se acaba toda nuestra relación – dijo ella y sus ojos parecieron brillar al decirlo, alentando las esperanzas de Trent.

Mona salió de debajo del sofá y se acercó a él, frotándose delicadamente contra su pierna.

– Siempre te gustaron los gatos – dijo recordando el gatito negro que una vez encontró al salir de una tienda y adoptó –. ¿Qué le ocurrió a Belcebú?

- Vivió muchos años pero tuve que llevarlo a que lo sacrificaran.

— ¿Recuerdas cómo le gustaba meterse en mis botas de esquí?

— ¿No te parece que es un poco tarde para recuerdos inútiles?

— ¿Lo es? —dijo él extendiendo la mano y tomando la de ella sin poder contenerse.

Los ojos de Libby contaban toda una vida de tristeza en parte por su culpa. Esperó sin perder ojo de la forma en que subía y bajaba el pecho de Libby con su respiración, un escote que lo llamaba a enterrar su rostro en él pidiendo perdón.

Tras un silencio incómodo, Libby se levantó y, dejando caer los brazos a lo largo de los costados, se dio la vuelta. Estaba rígida y se abrazó los hombros con sus brazos.

— Vete por favor —susurró.

Trent deseaba tomarla en sus brazos, memorizar las curvas de su cuerpo, inspirar su perfume y lamer la dulce piel que rodeaba su oreja. Dejarle claro que lo único que quería era cuidar de ella, prometerle que nunca más huiría de sus responsabilidades, de ella. Extendió una mano hacia ella pero la dejó caer con impotencia.

— ¿Es eso lo que quieres? Está bien pero volveré.

— ¿Por qué? —preguntó ella girándose de golpe—. ¿No me has hecho ya bastante?

Trent le acarició la mejilla con el dorso de la mano.

— Eso fue en el pasado. Ahora es el presente.

— Nada es diferente —dijo ella.

— Sólo esto —dijo él acercándose más y tomándola en sus brazos. Libby abrió mucho los ojos pero, sorprendentemente, no hizo ademán de alejarse—. He cometido muchos errores en mi vida, Lib, pero ninguno tan grande como el de dejarte ir —dijo sintiendo la presión de sus pechos contra su cuerpo, y el grito ahogado de ella—. He venido a pedirte que me des una segunda oportunidad.

Y antes de que pudiera rechazarlo, se inclinó sobre ella y exploró la cálida dulzura de su boca. Con una mano, acarició el cabello oscuro de Libby y con la otra el contorno familiar de su cuerpo, perdiéndose en una maraña de sensaciones. No se cansaba de ella. Sorprendentemente, Libby metió sus dedos en su pelo y sus caderas oscilaron seductoramente contra él.

Pero entonces, Libby lo pensó y se apartó de él, mirándolo con los ojos incendiados de deseo.

— ¿Qué demonios te crees que estás haciendo?

— Espero que darto algo en lo que pensar —dijo él sin retroceder y tomó la parka que había dejado en el brazo del sofá—. Ahora me voy.

Libby se alisó el vestido y se dirigió hacia la puerta.

— La próxima vez, espera a ser invitado —dijo abriéndola.

—Lib —dijo Trent deteniéndose en el vano de la puerta—, si Doug es tu hombre, lo aceptaré, pero no te dejaré marchar sin luchar. Quiero otra oportunidad. Eso es todo.

—De ninguna manera.

—¿De veras? Me voy pero me gustaría hacerte una última observación. Ese beso no nos ha dejado indiferentes a ninguno de los dos. Me haces arder de deseo, Lib —susurró—. ¿Hace eso Doug?

—Eso no es asunto tuyo.

Se inclinó hacia ella y le dio un beso en la frente lleno de ternura.

—Piensa en ello, por favor. Es importante —y diciendo eso se giró y corrió hacia su todoterreno pensando en lo que había hecho. Había dos opciones: o la había ofendido sin remedio o había plantado las semillas que acabarían dando fruto.

Lois Jeter alcanzó a Libby a la puerta de la iglesia a la mañana siguiente.

—¿Qué tal tu fin de semana con Doug.

Libby agradeció llevar puestas las gafas de sol para protegerse del reflejo del sol en la nieve. Pero que también la protegerían del escrutinio de su amiga. Lois se daría cuenta rápidamente de los ojos rojos y las bolsas.

—Bien.

—¿Eso es todo? ¿Bien?

—Al menos por ahora. Además, no me gustaría eclipsar a Ray.

Ray Jeter era el pastor de la iglesia y el marido de Lois.

—No te preocupes por eso —tranquilizó Lois—. Dios lo hace todo el tiempo.

No habían hecho nada más que entrar cuando empezó el servicio. Libby se quitó las gafas y su amiga le susurró:

—No creas que te vas a librar. Ray tiene una reunión después de la misa y nosotras iremos a Kodiak a comer. Es hora de hablar, amiga mía.

Libby empezó a objetar pero Lois la hizo callar y se unió a los demás en los cantos. Habitualmente, disfrutaba con los sermones de Ray pero en ese momento sus pensamientos estaban lejos de ser espirituales. Había pasado la mayor parte de la noche tratando de averiguar cuáles eran sus verdaderos sentimientos, racionalizando la reacción a su beso. ¿Otra oportunidad? Debía de estar bromeando.

Unos bancos más adelante, una alumna del colegio la miró y la saludó con una sonrisa desdentada que le produjo un nudo en la garganta. No merecía la adoración que le tenían sus niños. Al menos no en ese momento. Se suponía que estaba enamorada de un hombre y, sin embargo, se había derretido de placer cuando otro la besó. «Me haces arder de deseo, Lib. ¿Hace eso Doug?».

Lujuria ésa tenía que ser la explicación. No estaba dispuesta a sacrificar sus sueños de formar una familia para satisfacer a su libido. Además, las relaciones más duraderas empiezan con una amistad. Y nadie podría pedir un mejor amigo que Doug.

«Pero él no te hace arder de deseo». Las palabras se colaron en su mente y una oleada de rubor invadió sus mejillas. Miró hacia el altar y se preguntó si Dios comprendería la conclusión a la que había llegado. Que el cielo la ayudara pero acababa de darse cuenta de que, en contra de toda lógica, seguía sintiéndose atraída por Trent.

Era casi mediodía cuando llegaron al Kodiak. Weezer, ocupada con la caja, las saludó con la mano. Lois miró en derredor.

— Parece como si las familias de la mitad de nuestros alumnos estuviera aquí.

Libby miró con ojos traviosos por encima de la carta.

— Ventajas de las ciudades pequeñas. Nunca puedes tener intimidad.

— Cuéntame. Soy la mujer del pastor, recuérdalo.

— ¿Dónde están las niñas hoy?

— Están pasando el fin de semana en unas jornadas alumnos-profesores en Bozeman.

Las hijas adolescentes de Lois eran muy activas y participaban en casi todas las actividades que ofrecía el instituto. Cuando estaba con los Jeter, Libby siempre sentía el aguijón de la envidia. Eran unas niñas afortunadas. Y unos padres afortunados.

— ¿Entonces Ray y tú habéis pasado solos el fin de semana?

— No te hagas muchas ideas. Los sábados por la noche en nuestra casa se reservan para dar los últimos retoques al sermón del domingo. Me interesa mucho más tu fin de semana — dijo ella riéndose.

Libby le contó la versión corta de lo que había hecho con Doug y, cuando vio que se acercaba la camarera para tomarles nota, miró la carta. Las dos pidieron ensalada Cobb. Cuando se marchó, Lois apoyó ambas manos en la mesa y se inclinó hacia delante.

— Libby, ¿dónde está tu alegría?

— ¿Qué quieres decir? — preguntó ella mientras desdoblaba cuidadosamente la servilleta en un intento por ganar tiempo.

— Literalmente, lo que me cuentas suena idílico. Ese hombre está loco por ti. Sin embargo, no noto emoción en tu voz.

— Me acosté tarde. Supongo que estoy cansada.

— ¿Te has olvidado de con quién estás hablando? — dijo Lois poniéndole la mano en el antebrazo—. Soy la mujer del pastor. Escucho muchas confidencias, así que he desarrollado un gran poder intuitivo con los años y ahora me dice que tienes un problema.

Libby miró a Lois a los ojos. Estaba preocupada por ella y sabía que su amiga era un lugar seguro en el que posar la carga que llevaba encima. La tentación era abrumadora.

– Es cierto. Algo ha cambiado.

– ¿Quieres contármelo?

Antes de que Libby pudiera responder oyó una vocecita alegre a su espalda.

– Mira papá, es la señorita Cameron – dijo acercándose a ellas –. Hola – sonrió a Libby –. Ya sé esquiar – dijo con voz triunfal.

– Eso es maravilloso.

Trent se acercó y puso las manos en los hombros de su hija. Libby miró a Lois.

– Ya conoces a Kylie Baker, del colegio pero no conoces a su padre. Trent, ésta es Lois Jeter, la profesora de gimnasia.

– Encantado – dijo él extendiendo la mano.

– Igualmente – dijo Lois sonriendo.

Libby evitó mirarlo y en su lugar le prestó toda su atención a la niña.

– ¿Tenemos tutoría mañana?

– Sí – dijo ella mirándose los pies antes de levantar la vista finalmente –. Todavía estoy un poco asustada.

– Lo sé, pero pronto no tendrás motivo – dijo Libby dándole unos cariñosos golpecitos a Kylie en el hombro.

– Vamos, Kylie, tenemos que buscar una mesa.

– Vale, pero primero tengo algo que decirle a la señorita Cameron – dijo la niña inclinándose y bajando la voz –. Ayer la vi besando a ese hombre. ¿Es su novio?

Por el rabillo del ojo, vio que Trent se mordía el labio.

– Eso es un secreto mío, ¿no crees?

– Sí, pero espero que sea así, porque es muy guapa y necesita un novio – dijo la niña mirando a su padre y después a Libby –. Bueno, adiós. Tenemos que comer porque nos vamos a esquiar después.

Libby los vio alejarse y sentarse un poco más allá. Con cuidado, se colocó la servilleta en el regazo y trató de hacer aparecer el rostro de Doug en su mente.

– ¿Lib? – dijo Lois chasqueando los dedos en el aire –. Hola.

– Lo siento.

– Se acabaron los juegos. Eres tan transparente como el cristal. ¿Quién es ese Trent Baker?

Cualquier rastro de apetito, desapareció. Con su sola presencia, Trent había conseguido hacer que el pulso se le acelerase.

– Un hombre.

– Pero no uno cualquiera.

– No. Fue mi marido.

Lois consiguió no quedarse con la boca abierta. En vez de ello, asintió como si sus sospechas se hubieran confirmado.

– Y no lo has olvidado del todo, ¿verdad?

– Parece que no – dijo Libby tragando con dificultad. Había tratado de evitarlo pero era cierto.

– ¿Y Doug?

– Ojalá lo supiera, Lois – dijo Libby confesándole todo lo que había en su interior. Su afecto hacia Doug, su necesidad de una familia y sin entrar en más detalle, le habló del pasado en el cual Trent no se había hecho cargo de ella ni de sus necesidades y cómo ahora le pedía una segunda oportunidad. Cuando terminó, se reclinó en el asiento, exhausta. Justo cuando llegó la camarera con las ensaladas. Libby levantó el tenedor y tomó un trozo de tomate.

– Lois, no sé qué hacer – resumió.

– Date tiempo, cariño. Un día lo sabrás. Te lo prometo.

Libby tenía la esperanza de que su amiga estuviera en lo cierto pero era plenamente consciente de que alcanzar ese punto implicaría tomar dolorosas decisiones.

Kylie llegó diez minutos tarde a su tutoría. Libby estaba escribiendo en la pizarra las actividades del día pero ni siquiera eso lograba detener las mariposas que sentía revoloteando en el estómago. Había sido difícil ver a Trent en el Kodiak pero allí, en la quietud de su clase... Cuanto más se esforzaba por no pensar en el beso, más recurría la imagen en su mente. ¿Y qué pasaría con Doug? Tal vez su madre le hubiera hablado de Trent pero era una cobardía esperar que se enterara por Mary. Tenía que ser honesta con él. Como su anterior matrimonio era un tema que solía evitar, no habían hablado mucho de ello. Y él se había mostrado paciente con ella. Suspiró. Una más de sus cualidades.

– ¿Tengo que hacerlo?

Libby miró hacia la puerta. Le parecía la voz de Kylie. Y estaba lloriqueando.

– Kylie a ti te gusta la señorita Cameron. Te está ayudando.

– Sigo siendo más tonta que los otros niños.

Libby salió al pasillo y se arrodilló junto a Kylie que se negaba a levantar la mirada.

– Kylie, cariño, eso no es cierto. ¿Alguien te ha dicho eso?

– Sí.

Libby la sujetó con ternura por los brazos.

— ¿Por qué crees que alguien te diría eso?

— Porque me odian.

— No. Probablemente sea porque están celosos.

Kylie levantó la cabeza y miró a Libby con unos escépticos ojos azules.

— Eso es una tontería.

— En absoluto. Lo estás haciendo muy bien, mucho mejor que muchos alumnos nuevos cuando se mudaron aquí. Piensa en ello. Ya estás aprendiendo a esquiar, y si sigues trabajando con la lectura, muy pronto no necesitarás ayuda extra.

— ¿De verdad? — preguntó la niña esperanzada.

— De verdad — dijo Libby levantándose—. Ahora, entra en clase y prepara tu libro.

Cuando Kylie se marchó, Libby se alejó un poco y miró a Trent.

— ¿Qué ha ocurrido?

— No lo sé — dijo él encogiéndose de hombros y frunciendo el ceño—. Supongo que era demasiado bonito pensar que se había curado de su fobia al colegio. Empezó con que le dolía el estómago, las quejas y todo lo demás esta mañana.

— El cambio le está costando. Tienes que estar preparado para estos altibajos. Pero con el tiempo...

— Con el tiempo — repitió él y entonces la miró dejándole ver que estaba eligiendo cuidadosamente las palabras con doble significado—, con el tiempo, todo es posible.

— No esperes milagros — dijo ella devolviéndole la mirada, decidida a no dejarse intimidar.

— Pues lo hago. Con Kylie... y contigo.

Libby no podría haber desviado la vista aunque hubiera querido. No había duda del fervor presente en sus palabras y en sus ojos así como la ola de pánico la invadió.

— Concentrémonos en Kylie en estos momentos.

— Me parece justo. ¿Puedo ayudar de alguna manera?

— Podrías practicar con ella en casa, por ejemplo.

— Lo intentaré.

— Los niños tienen una excursión al campo la próxima semana y necesitaremos padres para ayudarnos a cuidar de todos. ¿Querrías venir? — preguntó ella sin poder comprender por qué. Sería beneficioso para Kylie, pero para ella...

— Comprobaré la agenda con Chad pero, sí, me gustaría.

– Tal vez si conoces a algunos de los compañeros de Kylie y muestras interés por lo que hacemos en el colegio...

– No hace falta que digas más. Iré. Dime cuándo y dónde.

– Está bien – dijo ella mirando hacia la clase –. Será mejor que entre ahora. Y, Trent...

– ¿Sí?

– No te preocupes. Se le pasará.

Sin embargo cuando entró en la clase, no estaba tan segura. Kylie estaba cabizbaja en la mesa de lectura. Cuando Libby se acercó y le puso la mano en el hombro ni se movió.

– ¿Estás triste esta mañana?

– Sí – susurró la niña –. A veces, me pongo a recordar.

– ¿Qué, tesoro?

– El invierno pasado. Cuando mamá estaba tan enferma – una lágrima solitaria se deslizó por su mejilla –. Recé y recé para que se pusiera buena pero no pasó.

– A veces, por mucho que lo deseemos, no podemos evitar que las cosas ocurran – dijo Libby que, sin darse cuenta, se había puesto la mano sobre el abdomen en actitud protectora –. Creo que sé cómo te sientes. Mi madre murió cuando yo tenía tu edad.

– ¿De verdad? – dijo Kylie mirándola.

Rodeándola con el brazo. Libby continuó.

– Como tu mamá, la mía también estaba enferma. La eché mucho de menos. Es normal que eches de menos a tu mamá, ¿sabes?

– Na-nadie la conoce aquí.

– Necesitas hablar de ella, ¿verdad? – preguntó Libby y Kylie se limpió las lágrimas de las mejillas y asintió –. Te comprendo. Estoy segura de que tu papá también la echa de menos. ¿No puedes hablar de tu mamá con él?

– En realidad no.

– ¿Por qué no, cariño?

– Se pone triste y... deja de sonreír.

– ¿Y Weezer?

– Es muy buena pero no la conozco mucho todavía.

– ¿Qué dirías si pudieras hablar de tu mamá con alguien?

– Que tenía el pelo muy suave, como una estrella de cine. Me dejaba cepillarlo a veces. Y nos gustaba ir a comprar ropa de chicas. Hacía unas galletas de arroz muy ricas y...

Después de cómo Kylie estaba desnudándole su alma, no hubo sesión de lectura pero a Libby tampoco le importó. La niña estaba sufriendo una catarsis como le había ocurrido también a ella. Recordó la tristeza y la sensación de pérdida durante su niñez en Oklahoma y cómo había tratado de paliarla envolviéndose en su mantita escuchando en silencio los ecos de aquella enorme casa y preguntándose qué iba a ocurrirle, quién la querría después de aquello.

Finalmente, Kylie deslizó su pequeña manita en la de Libby.

— Te lo he contado.

— Sí. Y siempre que quieras hablar, te escucharé.

— Eso es porque no eres sólo mi profesora. Eres mi amiga.

Sin querer que Kylie viera las lágrimas que se arremolinaban en sus ojos, abrazó a la niña y apoyó la barbilla en la cabeza rubia, inspirando el aroma a limón de su champú.

¿Cómo había ocurrido aquello? Ya le resultaba bastante difícil mantener la guardia frente a Trent. Pero con Kylie era, sencillamente, imposible.

Capítulo 6

Aunque ocupada con las tareas del día de clase, Libby estuvo preocupada. No podía dejar de pensar en cómo había cambiado drásticamente su ordenada nueva vida. Sintió un gran alivio cuando los niños salieron hacia la clase de informática. Tendría treinta minutos de adorable paz.

Regó las plantas que crecían en el rincón dedicado a la ciencia y después se sentó en su silla. En Navidad, su futuro parecía sencillo y asegurado. Doug había ido intensificando su cortejo desde entonces y su creciente afecto hacia él acabaría desembocando en matrimonio. Estabilidad. Una familia.

Esos sueños aún podían hacerse realidad pero Doug merecía compromiso y eso no ocurriría hasta que pudiera aclarar sus sentimientos hacia Trent. Tal vez debería verlo de nuevo y comprobar qué sentía.

Enterró las manos en el pelo con gesto frustrado ante el dilema que se le planteaba. Tenía que hablarle a Doug de Trent pero ¿qué le iba a decir exactamente?

Tomó un lápiz rojo y empezó a corregir los ejercicios de aritmética. Bart había hecho mal más de la mitad de los problemas y Rory había dejado en blanco varios aunque había rellenado los márgenes con dibujos de aviones de combate. La satisfacción llegó con el ejercicio de Kylie, sin un solo fallo.

—¿Libby?

Sorprendida, miró hacia la puerta. La secretaria la miraba con gesto perplejo.

—Tienes una llamada en la oficina. Un tal senador Belton.

Mala suerte. El mal día que llevaba aún podía empeorar más. Se levantó y se dirigió a la oficina.

—Puedes hablar desde ése —indicó la secretaria.

—Diga. Libby Cameron.

—¿Señorita Cameron? —dijo una voz seria y disciplinada—. Espere un momento. Le paso al senador Belton.

Su padrastro nunca la había llamado al colegio antes. De hecho, aparte de su breve conversación durante las vacaciones de Navidad, no había hablado con él desde principios de otoño. ¿Qué podía ser tan urgente como para llamarla en horario de trabajo?

—¿Libby? —preguntó tras unos minutos de espera—. Lamento haberte hecho esperar.

Libby oía el murmullo de un presentador de las noticias en la televisión del despacho del senador.

—No puedo estar fuera de clase mucho tiempo —dijo ella.

—Lo entiendo —se detuvo y Libby lo imaginó hojeando papeles y haciendo gestos a alguno de sus ayudantes—. ¿Ha contactado contigo algún periodista?

– No directamente pero alguien llamó al colegio para verificar que trabajaba aquí.

– Esperemos que eso sea todo.

– ¿Qué quieres decir?

– Un joven reportero, Jeremy Kantor, que parece decidido a convertirse en el próximo Bob Woodward. Está escribiendo un artículo en profundidad sobre las vidas personales de algunos personajes en la cumbre.

– ¿Y qué podría interesarle de mí?

– Bueno, eres la única familia que tengo y como ambos sabemos, podría hacerte algunas preguntas embarazosas.

– Puede preguntar todo lo que quiera. Nada de lo que yo pudiera decirle tiene interés alguno para él – dijo Libby tragando el nudo que se le había formado en la garganta –. Y tampoco creo que pudiera comprometer tu posición en modo alguno.

– Buena chica. Eso es lo que quería oír – dijo él aclarándose la garganta –. En cuanto a lo demás, ¿todo bien por ahí?

– Estoy bien – dijo ella. Con tono cortante.

– Tienes que pensar en venir por Washington.

– ¿Por qué habría de querer?

– Para hacer un poco de turismo y presentarte a algunas personas.

Ahora ya sí era una mujer respetable. Pero demasiado tarde.

– Lo pensaré.

– Espera un minuto, Sarah. Ya voy – dijo él y Libby no pudo evitar mirar hacia el techo. Cosas importantes, sin duda –. Lo siento, Libby, pero tengo que irme.

– No importa.

– Adiós.

Y colgó antes de que ella pudiera decirle adiós. Libby colgó y caminó inquieta por el despacho. Un periodista estaba hurgando en la basura. Rezó para que sus pesquisas respecto a ella terminaran en su vida laboral. Toda relación con el senador había quedado rota hacía años. Eso era lo único que tenía que decir.

La puerta se abrió y la secretaria la miró con preocupación.

– Libby, ¿va todo bien? ¿Necesitas que cuide tu clase?

Libby sacudió la cabeza en un esfuerzo por apartar de la mente recuerdos demasiado dolorosos.

– No, ya voy yo. Gracias.

El resto del día lo pasó inmersa en el barullo que levantaban sus alumnos de segundo deseando poder seguir viviendo en el inocente y protegido mundo de sus niños de siete años.

Para no pensar en Libby, Trent se mantuvo ocupado haciendo el inventario del material y viendo si era necesario reparar algo. La semana próxima. Chad y él comenzarían la remodelación de la zona de la oficina pero por el momento la prioridad era tener el equipo operativo.

– Parece que necesitamos algunos botiquines de primeros auxilios.

Chad levantó la vista de los nuevos folletos promocionales recibidos de la imprenta.

– Algo que no podemos omitir. Pídelos de inmediato.

Trent lo apuntó y a continuación se puso a examinar un remo de kayak.

– ¿Cómo organizaremos la selección de guías?

– Ya tengo un par de ellos para entrevistar en Bozeman y Missoula dentro de un par de semanas.

– ¿Cuándo crees que empezaremos a hacer las primeras reservas?

– Los antiguos dueños me dijeron que los clientes empiezan a llegar a primeros de abril.

Trent hizo un cálculo mental. No podía seguir aprovechándose de la generosidad de Weezer mucho más de esa fecha. Le pagaba el alquiler, claro, pero durante mucho tiempo, clientes habituales le alquilaban la cabaña cada año en el verano. Eso le daba unos dos meses para encontrar casa. No quería pensar en todas las cosas que tenía que organizar antes. Su hija necesitaba la seguridad de un hogar, no un montón de canguros.

De nuevo, sus pensamientos le hicieron llegar a Libby, aquello que estaba tratando de evitar. Por una parte, le gustaría no haber visto su casa y a Kylie sentada en su mecedora feliz con el gato de Libby en su regazo. Por mucho que lo intentara no podía pensar en un futuro sin ella.

Aunque estaba prácticamente seguro de que lo había arruinado todo yendo a verla el sábado por la noche. No tenía que haber aparecido allí a esas horas de la noche y mucho menos haberla obligado prácticamente a besarlo. Pero Libby tuvo un gesto esperanzador para él. Había respondido con entusiasmo al beso. Al menos al principio. Y también estaba el hecho de que no había podido mirarlo a la cara cuando le había preguntado si Doug la excitaba. Y se había dado cuenta de su nerviosismo el día anterior cuando se encontraron en el Kodiak Café a la hora de comer. Si no sentía nada por él ¿por qué parecía ponerse tan nerviosa en su presencia?

Sin embargo, tenía que comportarse con sumo cuidado. No quería que Kylie se diera cuenta de sus intenciones. Estaba loca por Libby y no quería darle esperanzas antes de lo debido. Chad le golpeó el brazo en ese instante con uno de los folletos.

– ¿Te vas a quedar mirando el remo todo el día?

– Lo siento. Tengo muchas cosas en la cabeza.

– ¿Kylie o Libby?

– Las dos – dijo él dejando el remo y tomando otro.

– ¿Qué tal va en el colegio?

– Tenemos días buenos y días malos. Sé que en gran parte es porque Kylie echa de menos a Ashley y Billings pero parece sentirse a gusto con Libby.

– Eso suena bien – dijo Chad con fingida despreocupación aunque a Trent no se le escapó el tono inquisitivo en sus palabras.

– Soy moderadamente optimista.

– ¿De veras?

– Tengo que seguir intentándolo. O consigo recuperarla o echarla por completo de mi vida.

– ¿Pero?

– No quiero interferir si realmente está enamorada de Doug Travers.

– Deja que sea ella quien decida. Doug ya es mayor. Y tú también. Uno de los dos ganará y otro perderá. Es así de sencillo.

– Es fácil decirlo.

– Te conozco desde hace tiempo amigo, y tengo que decir que lo tienes mal – dijo Chad riéndose.

– Sí – dijo Trent con una sonrisa torcida mientras tomaba uno de los folletos y leía el titular–: «Especialistas en Turismo de Aventura». El amor sí que es una aventura que no esperaba encontrar.

– ¿Y qué hombre lo espera?

– Tienes razón. Supongo que lo único que puedo hacer es esperar tener un poco de buena suerte.

Chad se puso la parka y, tomando un montón de folletos, se dirigió a la puerta. Pero antes de salir, se volvió hacia Trent con una expresión comprensiva en el rostro.

– Tengo la sensación de que todo te saldrá bien. Espero recuperar a mi socio si tengo razón.

Trent percibió comprensión y amistad en las palabras de Chad pero también una súplica. La preocupación por Libby estaba alejándole del negocio. Tarde o temprano tenía que arreglar las cosas y eso significaba tener que hablar abiertamente del aborto y la culpa que había tenido él apartándola de sí.

¿Qué le había hecho creer que aquello era buena idea? Libby, que esperaba junto a la ventana, vio que Doug se acercaba con una bolsa de comida preparada debajo del brazo. Podía haber esperado al fin de semana pero una sensación extraña

se había apoderado de ella convenciéndola de la necesidad de no retrasarlo más y lo invitó a casa.

—Hola. Me alegro de que no te haya importado venir habiéndote avisado con tan poco tiempo.

—¿Importarme? —dijo él inclinándose para besarla—. Estoy encantado. Si fuera por mí, te vería todas las noches de la semana —y le entregó la bolsa con la comida mientras se quitaba el abrigo, que dejó sobre el sofá—. Espero que tengas hambre.

¿Hambre? Ni el delicioso aroma que desprendía la comida china consiguió estimular su apetito. Su estómago parecía haberse cerrado.

—Podemos cenar entonces.

Doug la siguió hasta la cocina y jugó con Mona mientras Libby sacaba los platos y servía la comida en ellos.

—¿Ha ocurrido algo excitante en el colegio hoy?

Una de las cosas que le gustaban de Doug era su sincero interés por su trabajo. No supo qué contestar. ¿Debería decirle que Kylie se había abierto a ella y le había hablado de su madre? ¿O que el senador había llamado?

—Lo normal. Tres niños han faltado a clase por la gripe y tuve que enviar a dos niños al despacho de la directora después de una pelea en el patio.

—Se han tenido que enfrentar a la señora Travers —dijo Doug con una sonrisa.

—Lo creas o no, es formidable.

—No tengo la menor duda. Era una madre muy firme.

—Es una maravillosa directora, Doug. Deberías estar orgulloso de ella.

—Lo estoy —dijo él mientras comía—. Y le gustas mucho, ¿sabes?

Sus palabras le hicieron recordar la mirada sorprendida de Mary cuando se enteró de que Trent había sido su marido. Libby miró el pollo agridulce que se había servido y se preguntó si podría comer algo. ¿Cómo decírselo?

—Tenemos una buena relación profesional.

—Le gustaría que fuera algo más que eso —dijo Doug dejando el plato en la encimera y dándose la vuelta para mirarla—. Y yo también.

No había duda de que hablaba en serio. La calidez que había en sus ojos y la amable sonrisa pretendían darle ánimos pero Libby tuvo que esforzarse para no tratar de huir como hacían sus niños cuando los pillaban mintiendo. Se aclaró la garganta antes de hablar.

—¿Qué te apetece beber?

Doug la miró para comprobar si estaba intentando cambiar la conversación. La sonrisa se borró de sus labios.

—Agua, por favor.

Libby dejó el plato en la mesa y fue a preparar unos vasos con agua. Cuando regresó. Doug la hizo sentarse y él hizo lo mismo, pero no tocó los cubiertos, sino que apoyó los codos en la mesa y entrelazó los dedos debajo de la barbilla.

– ¿Qué pasa, Libby?

– ¿Qué quieres decir?

– Está claro que no te entendí bien cuando me dijiste que quedáramos hoy. El ambiente está tenso.

– No he sido totalmente sincera contigo – dijo Libby apartando su plato.

– Está bien – dijo él tratando de procesar la idea.

– Mi ex marido ha vuelto a Whitefish.

– ¿Y eso importa porque...? – dijo él encogiéndose de hombros.

– ¿Recuerdas a la niña que nos vio besándonos el sábado en Big Mountain?

– ¿Tu alumna?

– Es Kylie Baker. La hija de mi ex.

– ¿Y se puede saber cuál es el problema? – preguntó él sin comprender.

– Estoy empezando a tenerle mucho cariño.

– Bueno, no me sorprende. Adoras a los niños. Es uno de los motivos por los que eres una excelente profesora.

¿Cómo podría estar considerando una vida sin Doug? ¿Quién más la animaba tanto?

– Eso no es todo. Trent, mi ex marido... – se detuvo a escoger las palabras.

– Quiere que vuelvas con él – dijo Doug y al cabo sacudió la cabeza al notar que Libby no lo negaba –. Estupendo. Genial.

– No lo ha dicho así exactamente.

– ¿Y qué ha dicho «exactamente»? – dijo Doug deliberadamente irónico.

– Tengo la impresión de que quiere ver si todavía siento algo por él.

– ¿Y lo sientes?

Allí estaba la gran pregunta. Libby agachó la cabeza.

– No lo sé – dijo con voz queda. En el silencio que sobrevino, el reloj de cuco dio las siete. Libby esperó conteniendo el aliento hasta que se detuvo –. Me hizo mucho daño una vez.

– ¿Y quieres que lo vuelva a hacer? – dijo Doug levantándose y dando vueltas por la habitación –. No si yo tengo algo que decir – dijo haciéndola levantarse y, sujetándola por los brazos, buscó su rostro.

Los ojos de Libby se llenaron de lágrimas. Nunca había tenido intención de hacer daño a Doug.

– Estoy confundida. Yo... necesito tiempo.

– ¿Cuánto?

– No lo sé – dijo ella encogiéndose de hombros.

– No voy a fingir que la situación no me disgusta, Lib, pero me importas demasiado. Creo que podríamos tener una buena vida juntos, así que si necesitas tiempo para llegar a la misma conclusión, supongo que no puedo hacer otra cosa que dártelo.

Libby no podía creerlo. Deseó que no fuera una persona tan justa deseó que le hubiera puesto un ultimátum porque deseaba tan desesperadamente la vida que Doug le ofrecía que probablemente habría acabado aceptándolo.

– Eres un buen hombre, Doug Travers.

– Maldita sea – dijo abrazándola –. No quiero ser un buen hombre. Quiero ser el hombre que buscas – y tomándole el rostro en las manos, la besó profundamente, posesivamente, como si quisiera dejar en ella su marca. Sus labios se movían buscando y ella intentó responder con el mismo entusiasmo. Cuando se separó de ella, le recorrió los brazos con sus manos –. ¿Sabes? No tengo hambre. Creo que será mejor que me vaya.

Lo siguió al salón y miró impotente cómo se ponía el abrigo.

– ¿No quieres llevarte un poco de comida a casa?

– Sólo hay una cosa que quiero llevarme a casa – dijo él con los ojos llenos de dolor –. A ti.

El aire frío se coló en la casa cuando abrió la puerta de la calle. Estaba muy avergonzada y lamentaba lo que acababa de hacer.

«Me haces arder de deseo. ¿Hace eso Doug?».

Lamentablemente, la respuesta era «no». Pero lo que también era cierto era que el amor era algo más que sexo apasionado.

Trent no podía recordar la última vez que se había subido a un autobús escolar. Pero lo que sí estaba claro era que seguían siendo igual de incómodos y los escolares que subían en ellos eran igual de ruidosos que entonces.

Se sentó al fondo del tercer autobús del convoy rumbo a la universidad de Missoula para ver la exposición de los Indios Nativos americanos. Kylie se había mostrado inusualmente alegre cuando supo que no sólo iba a ser uno de los padres que los acompañarían, sino que sería el único papá, ya que todos los demás eran mamás. Sin embargo, había preferido sentarse con una niña pelirroja llamada Lacey. A Trent le pareció bien. Su hija parecía estar adaptándose.

Junto a él iba un chico delgado con el flequillo oscuro tapándole los ojos. Iba mirando por la ventana sin decir nada. Los frenos chirriaron cuando el autobús se detuvo en un cruce tras lo cual echó a andar de nuevo con un sonido gutural.

– Hola amiguito, ¿cómo te llamas? – preguntó Trent.

El niño se apartó un poco de él antes de contestar.

– Rory.

– ¿De veras? Uno de mis actores favoritos de películas de vaqueros de siempre se llamaba Rory. ¿Has oído hablar de él? ¿Rory Calhoun?

– No – dijo el niño mirándolo subrepticamente.

– Pues te lo estás perdiendo. Era un tipo muy guay. Seguro que podrías sacar alguna peli suya en el videoclub.

Silencio.

– ¿No te gustan los vaqueros?

– Supongo que sí – dijo el niño encogiendo los hombros.

– Solía participar en rodeos cuando era más joven.

– ¿Te hiciste daño muchas veces? – preguntó el niño mostrando una chispa de interés por fin.

– Bueno, no mucho aunque a veces las caídas pueden ser muy dolorosas. Claro que quien algo quiere algo le cuesta. Pasa lo mismo con la escalada o con el descenso de rápidos. Lo que ocurre es que con la emoción se te olvida el dolor.

– Mi mamá no me dejaría hacer algo así. Especialmente si puedo hacerme daño. Y no tengo papá.

El rostro del niño lo decía todo. Un niño sobreprotegido que llamaba a veces una influencia masculina en su vida. Su madre estaba convirtiéndolo en un niño de mamá.

– ¿Si pudieras hacer algo un poco peligroso, qué sería?

Rory frunció el ceño pensativo.

– Sería paracaidista.

– ¿De verdad? Pero para eso hay que ser muy valiente – dijo Trent riéndose.

– Muchos soldados lo hacen – dijo el niño y para sorpresa de Trent, vio cómo cuadraba los hombros –. Yo creo que podría.

– Tendrías que estar en gran forma física.

– ¿Y cómo podría conseguirlo?

Trent se acomodó en el asiento y se dio cuenta de que estaba disfrutando con la conversación. Se le había ocurrido algo.

– ¿Vas alguna vez a andar por la montaña?

– No. Mi mamá dice que podría perderme.

– Y tiene razón. No puedes meterte solo entre los bosques, pero yo podría acompañarte cuando empiece el buen tiempo.

– ¿De veras?

– Soy guía.

– ¿Y me llevarías?

– Claro. Haremos una cosa. Cuando volvamos al colegio, preséntame a tu mamá y hablaremos de ello.

– Vaya. Lo haré – dijo Rory con una amplia sonrisa en el rostro.

Trent no estaba seguro pero habría jurado que el niño se mostró más seguro de sí mismo el resto del día.

Agotada pero contenta por el éxito de la excursión. Libby recorrió el autobús asegurándose de que ningún niño se había dejado nada. Los demás profesores estaban fuera tachando en sus listas los nombres de los niños cuyos padres aguardaban para llevarlos a casa.

Se detuvo junto a una ventana desde la que se veía el aparcamiento. Trent estaba allí de pie hablando con la madre de Rory Polk, una mujer mayor con ideas algo anticuadas. Sonrió. Trent había estado increíble. Al principio, había captado el interés de Rory pero, al final del día, tenía a su alrededor un grupo de chicos. ¿Quién iba a decir que ese hombre tenía ese toque para los niños? Pero entonces frunció el ceño. Tenía que haber sido una actitud recientemente adquirida y eso no garantizaba que pudiera confiar en él.

Hasta ese día, hacía una semana que no lo había visto. Y tampoco había hablado con Doug. Era como si ambos estuvieran esperando a que ella moviera ficha. A lo largo del día, se había asegurado de que en ningún momento se quedara a solas con Trent. Sin embargo, y a pesar de sus intentos por no hacerlo, se encontraba mirándolo a menudo. Vio la manera en que escuchaba a los niños con gesto respetuoso, agachándose junto a ellos para explicarles algo de la exposición. Se encontró mirando sus fuertes y expresivas manos cuando hacía gestos. Las mismas manos que le habían devuelto la vida.

En algún momento, la bocina de un coche la trajo de vuelta al presente. Soñar despierta era inútil y rara vez reflejaba la realidad.

Salió del autobús y miró a su alrededor. La mayoría de los niños se habían marchado ya con sus padres. Kylie no estaba por allí. Finalmente, la vio en el todoterreno de Trent, la cabeza gacha y los brazos cruzados a la defensiva y el labio inferior protuberante en un puchero.

Qué raro. Parecía estar enfadada. Y, sin embargo, parecía haber disfrutado mucho con la excursión. De hecho, Libby había visto un atisbo de esperanza al notar la creciente amistad entre la niña y Lacey. ¿Qué podría haber ocurrido?

Pero antes de tener opción a investigar. Trent se acercó a ella.

– Gracias por un fantástico día, Lib.

—No, gracias a ti —dijo ella agachando la cabeza y sonriendo—. Parece que les has gustado mucho a los pequeños.

—Eso espero —dijo él sonriendo complacido—. Alguno de ellos necesitaba un poco de atención de forma urgente.

—Bienvenido a mi mundo.

Trent miró entonces por encima del hombre hacia el coche.

—Tengo que irme pero Lib, ¿cuándo nos veremos de nuevo?

—Supongo que tenemos que hablar —dijo Libby sintiendo un montón de mariposas en el estómago.

—Al menos —dijo él aunque sus ojos hablaban de algo mucho más prometedor que simple conversación—. Te llamaré —y poniéndole una mano en el hombro dijo—: Buenas noches, Libby.

Libby lo miró alejarse, consciente de la agitación interior por la mera necesidad de hablar del asunto. Se preguntaba cuánto tiempo aguantaría sólo conversación con él. Entonces se irguió y pensó: «Mi libro de bebé».

Trent subió al coche. El día había resultado mucho mejor de lo esperado. Le había parecido muy agradable servir de ayuda con los niños. En su breve conversación con la madre de Rory se había dado cuenta de por qué el crío necesitaba imaginar grandes aventuras. Trent había empleado todo su poder de persuasión para lograr que Rory pudiera acompañarlo en una excursión al campo en primavera.

Había sido divertido también ver a Libby en su elemento. Había nacido para ello. Era alegre, organizada y estaba pendiente de diez cosas a la vez. Y era evidente que sus alumnos la adoraban.

No podía culparlos. Él también, más y más cada vez, aunque ella siguiera sin darle acceso. Al menos había aceptado quedar con él para hablar. Una pequeña pero importante victoria. Encendió el contacto y salió del aparcamiento.

—Cariño, estás muy callada.

Kylie no respondió y entonces Trent se dio cuenta del puchero y su posición rígida.

—¿Lo has pasado bien?

Sólo un encogimiento de hombros. Le había gustado ver cómo se mezclaba con un grupo de niñas. Había estado riendo todo el día. ¿Qué habría pasado? ¿Habría sido por su culpa?

—¿He hecho algo que te haya avergonzado, cariño?

—No.

—Me han gustado tus compañeros. Ha sido divertido.

– No vengas más.

La miró por el retrovisor y se percató de que algo importante rondaba la preciosa cabecita de su hija.

– ¿Qué quieres decir?

– La razón por la que has venido es que te gusta ella.

– ¿Quién?

– La señorita Cameron – dijo el nombre con desprecio.

– Cariño, ¿de qué estás hablando?

– ¡Ella y tú! – dijo la niña elevando la voz –. Y nunca me dijiste nada.

– ¿Decirte qué?

– La señorita Cameron y tú. ¡Estabais casados!

Con las manos repentinamente frías, Trent agarró el volante con fuerza y decidió parar en el aparcamiento de un pequeño bloque de oficinas. Mientras detenía el coche buscó las palabras más adecuadas y finalmente se giró en el asiento y miró a su hija a los ojos.

– ¿Quién te lo ha dicho?

Mirada fulminante en los ojos de Kylie.

– Quería decírtelo pero estaba esperando a que te hubieras adaptado a la vida aquí.

– Mamá era tu mujer – dijo la niña pateando en su silla –. Sólo ella.

– Yo quería mucho a mamá. La señorita Cameron y yo estuvimos casados hace mucho tiempo y duró muy poco.

– ¿Qué pensaba mamá?

– Lo sabía.

– Pero a mí no me dijiste nada – dijo la niña pateando de nuevo.

Trent extendió el brazo y le puso la mano en la rodilla.

– Tienes razón. Debería haberlo hecho.

Kylie le dio un manotazo en la mano y los ojos se le llenaron de furiosas lágrimas.

– La señorita Cameron también podría habérmelo dicho.

– Esto no tiene nada que ver con que sea tu profesora.

– Pero a mí me gustaba.

– ¿Ya no?

– ¡No! Os odio a los dos.

—Tesoro —Trent la miró alarmado al ver cómo una niña de siete años podía hacerlo sentirse como el más rastrero de los mortales—. Lo siento. Te quiero. No te haría daño por nada del mundo. Cometí un error.

Kylie lo miró con expresión obstinada.

—¿Cómo te has enterado? —continuó Trent.

Y entonces lo supo. Dos de las madres habían ido junto a ella en el autobús a la vuelta de Missoula y una de ellas conoció a Libby cuando ésta vivía en Polson antes de que él se fuera a Billings. Había ido todo el camino cuchicheando con la otra mujer sobre la coincidencia de que Trent se hubiera prestado a acompañar a los niños en la excursión precisamente con Libby como una de las profesoras su ex mujer. Y Kylie debió de haberlo escuchado.

Trent siempre había vivido en ciudades pequeñas. Debería haber previsto que algo así podía ocurrir. Debería haber protegido a Kylie de una revelación tan devastadora.

Puede que Libby lo hubiera felicitado por lo bien que se había portado con los niños, pero ¿de qué le servía si le había fallado a su propia hija?

Capítulo 7

Libby no necesitaba un barómetro para saber que se acercaba una tormenta. La agitación que iba creciendo entre sus alumnos era un indicador mucho más preciso. Y por si eso fuera poco, Kylie no había ido a clase. Periódicamente, Libby miraba hacia la puerta segura de que aparecería en cualquier momento. Parecía estar bien el día anterior en la excursión, aunque los virus atacaban en cualquier momento.

Entonces pensó si no habría pasado algo en el coche con Trent al recordar la expresión decaída de Kylie cuando esperaba sentada en el coche. ¿Habría ocurrido algo que hubiera reavivado su fobia hacia el colegio?

Libby detuvo a Bart en la tercera vez que se levantaba para ir a la papelería. Sólo deseaba que llegara pronto el recreo. Finalmente, sacó a los niños al patio, agradecida de que no le tocara vigilar a ella sino a John. Cuando los niños abandonaron la clase, se dirigió a la secretaría. Tal vez estuviera reaccionando de forma exagerada pero necesitaba saber que Kylie estaba bien.

—¿Has sabido algo del padre de Kylie Baker esta mañana? —preguntó a la secretaria.

—Me alegra que estés aquí. Me dirigía a tu clase ahora mismo para darte un mensaje de su parte —dijo la mujer entregándole una nota.

Libby la desdobló y la leyó dos veces con creciente ansiedad: *Kylie está dolida y se niega a ir al colegio. Llámame lo antes posible. Trent.*

El número estaba junto al mensaje. Arrugó la nota y se dirigió a la sala de profesores afortunadamente vacía en ese momento. ¿Qué podría haber ocurrido? Con el teléfono en la mano aún tuvo un momento de duda y tuvo que reunir todas sus fuerzas para llamar. Contestó Trent.

—¿Lib? Gracias a Dios.

—¿Está bien Kylie? —preguntó ella muerta de preocupación.

—No está enferma, si te refieres a eso. Pero esta mañana se negó a ir al colegio. Empezó a llorar y ha estado a punto de vomitar. No sé qué hacer —sus palabras sonaron como una mezcla de lamento y súplica.

—Algo debe de haber ocurrido.

—Así fue.

—¿Qué? —preguntó ella con un nudo en el estómago.

Se ha enterado de lo nuestro. De nuestro matrimonio.

Las implicaciones de las palabras de Trent la dejaron helada. Se temía que algo así ocurriera.

—Ya.

—Está enfadada porque cree que debería habérselo dicho. Debería habérselo dicho.

– Pero también está enfadada conmigo.

– Eso es quedarse corto.

– ¿Dónde está ahora?

– En su habitación. No quiere hablar conmigo.

Libby sintió un terrible remordimiento de conciencia. Kylie había hecho grandes progresos en clase. La situación actual suponría un gran retroceso y ella tenía la culpa en parte. Sabía que era algo impulsivo pero tenía que hacer algo.

– ¿Puedes esperar un momento?

– Claro.

Sin pensarlo dos veces. Libby entró en el despacho contiguo y le pidió a la secretaria que localizara un profesor que pudiera sustituirla el resto del día. Y volvió al teléfono.

– Teniendo en cuenta por lo que ha tenido que pasar, debemos hacernos cargo de la situación inmediatamente. La secretaria está buscando un sustituto y en cuanto llegue, iré a tu casa. Mientras tanto, no la presiones. Está en estado de choque. Dale tiempo para pensar.

– Tendría que haberle hablado de nosotros pero supuse que no podría comprenderlo llevando aquí tan poco tiempo.

– No te castigues. Sólo tratabas de protegerla – se detuvo consciente de que de poco le valdrían sus palabras –. Llegaré lo antes posible.

Libby regresó a clase y preparó actividades para el resto del día sin dejar de preguntarse en todo momento si no habría perdido la cabeza. ¿Habría hecho lo mismo de haberse tratado de otro niño? Se había jurado no involucrarse demasiado con Kylie pero era demasiado tarde. Se preocupaba por aquella niña con una pasión que podría considerarse peligrosa.

El viento aullaba y levantaba copos blancos sobre la superficie del lago Whitefish. Se podía oler la nieve que iba a caer. Le había notificado a Mary la situación y había salido poco después del mediodía. ¿Qué demonios iba a decirle a Kylie? ¿Acaso podría comprender una niña sus razones?

Conforme se acercaba a la cabaña de Weezer, trató de ponerse en el lugar de la niña. Kylie había perdido a su madre, se había mudado a una ciudad extraña, había entablado una amistad con su profesora y todo lo había hecho por el amor que sentía hacia su padre y, de pronto, descubría que había estado casado precisamente con la profesora a la que había confiado todos sus miedos. Una áspera traición. Los niños, habitualmente sinceros y abiertos, consideraban esa duplicidad difícil de comprender y de olvidar.

Anticipándose a su llegada, Trent abrió la puerta con una expresión suplicante en el rostro aunque ella no confiaba mucho en poder darle la solución. Por todo saludo se encogió de hombros.

—¿Sigue en su habitación? —preguntó Libby entrando en la casa y quitándose el abrigo.

—Te estaba esperando.

—¿Cómo lo ha averiguado?

Cuando Trent le explicó lo de las dos mujeres en el autobús, Libby asintió con la cabeza. Debería haberlo previsto.

—¿Qué le has dicho?

—Lo más básico. Cada vez que intento hablar con ella, se tapa los oídos y empieza a cantar a voz en grito.

—No va a querer oír lo que tenemos que decirle pero cuanto más esperemos peor será.

—Tal vez no deberíamos haber dejado Billings —dijo él sacudiendo la cabeza.

—Tonterías —dijo Libby tomándolo por los hombros—. No puedes protegerla de la vida. Las cosas pasan. Lo superará.

—Tendrá que hacerlo —murmuró Trent con los dientes apretados.

—Tenemos que conservar la calma y responder a todas sus preguntas. Lo último que necesita son más verdades a medias.

—De acuerdo. Vamos.

La puerta de la habitación estaba cerrada y cuando Trent llamó no hubo respuesta.

—Kylie, por favor, abre la puerta.

—¡Vete! —se oyó tras un breve silencio.

—La señorita Cameron está aquí. Quiere hablar contigo.

—No me importa.

—O abres la puerta o entraremos de todas formas.

Silencio.

Trent miró a Libby con gesto de impotencia y entreabrió la puerta.

La habitación estaba hecha un desastre. Había un montón de Barbies medio desnudas bloqueando el armario, una colcha guateada tirada a los pies de la cama, y libros y juguetes por el suelo de toda la habitación. Envuelta en una manta junto al cabecero de la cama, Kylie se tapaba los oídos con una almohada. Se negaba a mirarlos.

Libby se acercó a la cama y se sentó con suma cautela mientras Trent acercó una mecedora y, después de quitar todos los peluches que la ocupaban, se sentó junto a la cama.

– Estás enfadada – comenzó Libby –. Y no te culpo.

– Nadie quería hacerte daño, cariño – dijo Trent.

Aparentemente sin darse cuenta, Kylie dejó escurrir la almohada.

– Estoy segura de que tu papá iba a decírtelo – dijo Libby dando así oportunidad de hablar a Trent.

Kylie cruzó los brazos y resopló enfurruñada.

– Lo habría hecho – comenzó Trent –, pero no veía la razón para hacerlo todavía. La señorita Cameron y yo estuvimos casados hace mucho tiempo. Nos dio pena que nuestro matrimonio no durara más pero las cosas pasan. Después de eso conocí a mamá y me enamoré de ella y entonces naciste tú – Trent se detuvo con la garganta áspera –. Yo quería mucho a mamá. Sigo echándola de menos. Ella sabía que yo había estado casado antes pero no le importó. Espero que tampoco te importe a ti. Eso no impedirá de ninguna manera que te quiera y te necesite.

Kylie miraba al techo pero echó una mirada de reojo a su padre. Libby aprovechó y extendió el brazo hasta posar la mano en su pierna.

– ¿Puedes decirnos qué sientes ahora? – preguntó Libby.

– Me mentisteis – dijo la niña con dureza.

– Sé que eso es lo que te parece ahora – comenzó Libby –. ¿Pero habría habido alguna diferencia si te hubieras enterado antes?

Ambos esperaron mientras Kylie consideraba la pregunta acariciando mientras tanto el borde de raso de la manta.

– ¿Kylie? – preguntó Trent sin dejar de mirar a su hija.

– Me gustaba la señorita Cameron – dijo finalmente.

– A mí también. No me habría casado con ella si no me hubiera gustado.

– ¿Cómo podían gustarte ella y mamá también?

Libby retiró la mano y tensó los dedos a la espera de la respuesta de Trent.

– Hay mucho amor en cada uno de nosotros. Yo he tenido mucha suerte al haber encontrado dos mujeres muy especiales a quienes amar.

– ¿Si querías a la señorita Cameron por qué no seguís casados?

Trent miró a Libby con impaciencia. Esta se aclaró la garganta antes de hablar.

– Cariño – dijo –, puedes amar a alguien mucho y que después las cosas cambien. Las personas cambiamos. Tú también cambiarás. A veces es mejor seguir adelante. Piensa que si tu papá no hubiera conocido a tu mamá y no se hubiera casado con ella, tú no habrías nacido, preciosa niña – como en una nube, Libby se oyó hablar lamentando lo que podía haber sido.

– Cariño, un día me dijiste que la señorita Cameron era maravillosa. Te gustaba tenerla como profesora. ¿Por qué has cambiado de opinión?

– Pensé que yo le gustaba pero no por ti – dijo la niña con los ojos húmedos.

– Y me gustas tú – dijo Libby conteniendo las lágrimas –. Eres una niña muy especial.

– Kylie, siento muchísimo no habértelo contado antes – dijo Trent –. ¿Podrás perdonarme?

– Supongo – dijo Kylie mientras una lágrima surcaba una de sus mejillas.

– ¿Hay algo más que te preocupe? – preguntó Libby acercándose a ella.

– Que no tengo una mamá – dijo la niña en apenas un susurro.

– Tesoro, desearía que las cosas fueran diferentes – dijo Trent perplejo.

Kylie miró a su padre y tras ello se giró hacia Libby muy despacio, y de nuevo hacia Trent esta vez con un atisbo de sonrisa en los labios.

– Podrían serlo.

– No creo...

– Has dicho que amabas a la señorita Cameron – dijo la niña como si su padre no hubiera dicho nada –. Ya sabes, cuando estabais casados.

– Y así era.

– Pero las cosas cambian, eso has dicho, y también la gente – dijo mirando a Libby –. Como tú y él.

– Es cierto, pero...

– Entonces podéis volver a casaros.

– Cariño... – protestó Libby.

– Puedes, papá, puedes. Entonces serás feliz y así yo tendré una nueva mamá y podremos vivir en una casa de verdad y...

Trent se levantó de la silla y abrazó a su hija.

– Kylie, cariño, no podemos arreglar las cosas tan fácilmente. Haría lo que fuera para que las cosas fueran distintas, pero...

Kylie miró a Libby por encima del hombro de Trent.

– ¿Amabas a mi papá cuando estabais casados?

«La verdad. Nada de mentiras». Libby tomó aire y miró a la niña antes de contestar.

– Sí.

– ¿Lo ves papá? – dijo Kylie retirándose para mirar a su padre a los ojos.

– ¿Qué?

– Puedes casarte con ella – dijo asintiendo con la cabeza en dirección a Libby.

– No es tan sencillo.

– Sí lo es. Aún te gusta – dijo la niña con obstinación.

Libby contuvo el aliento consciente de que estaban a punto de traspasar la línea.

– Es cierto.

– ¿Te gusta mi papá? – preguntó mirando a Libby.

– Sí, pero...

– Está hecho – dijo Kylie escapando del abrazo y saltando al suelo.

Libby extendió un brazo y la tomó por los hombros.

– Cariño, las cosas son un poco más complicadas.

– No lo son – dijo la niña con renovada obstinación–. Estoy segura de que papá te quiere otra vez. ¿A que sí, papá?

Trent se puso en pie y se dio la vuelta tratando de recobrar la compostura.

Kylie lanzó una mirada triunfal a Libby y, atravesando la habitación, se enganchó de las piernas de su padre.

– Díselo papá.

Cuando Trent se giró, la habitación parecía encoger y expandirse con los latidos del corazón de Libby.

– ¿La verdad? Te quiero, Lib. ¿Me darás otra oportunidad? – puso una mano en la cabeza de Kylie y miró a Libby –. ¿Nos darás otra oportunidad?

Poniéndose en pie, Libby miró a Trent con detenimiento y se sintió manipulada. ¿Cómo podía ponerla en aquella situación delante de Kylie? ¿Y cómo se atrevía su estúpido cuerpo a reaccionar ante aquellas palabras? Atravesó la habitación y se arrodilló junto a la niña, recorriendo suavemente sus brazos arriba y abajo.

– Me importas mucho. Y también tu papá. Pero ya sabes cómo somos los mayores. Las cosas no siempre son como queríamos. Y algunas cosas llevan tiempo. Mucho. Espero que puedas perdonarnos por el daño que te hemos hecho. Y espero también verte en clase mañana. Te echo de menos cuando no estás. Y también los otros niños. Una cosa más. Te prometo que, a partir de ahora, no volveré a mentirte.

Kylie le echó los brazos al cuello. Y, como si no la hubiera oído, susurró:

– No me importa lo que digas. Papá te quiere y tú no lo odias. Yo... yo también te quiero. ¡Por favor, sé mi nueva mamá!

Y con esas palabras, el corazón herido de Libby terminó por hacerse pedazos.

Cuando Libby se marchó era demasiado tarde para que Kylie fuera al colegio. Trent no podía creerlo cuando su hija se comió todo lo del plato, ni cuando llevó todas sus muñecas Barbie al salón y se puso a jugar con ellas canturreando por toda la casa mientras conversaba con ellas como si no hubiera ocurrido nada. O como si todo estuviera solucionado ya.

Deseaba poder sentirse tan seguro de un futuro con Lib como su pequeña niña. Libby lo había amado una vez. En ese momento sólo le gustaba. ¿Pero le gustaba lo suficiente?

Aclaró el resto de los platos de la comida y tomó un paño. Estaba en juego algo muy importante. Hasta el momento, el proceso de reconquista de Libby le había concernido sólo a él, pero ahora Kylie también contaba.

Ver a Libby ejerciendo su magia con Kylie le reafirmaba en la idea de cuánto la necesitaba. Había nacido para ser madre. ¿Por qué no se habría dado cuenta antes? ¿Por qué nunca comprendió que amar a Libby significaba darle un hijo? ¿Que un bebé nunca habría significado una amenaza, sino una extensión de ella?

Colocó los vasos secos en el armario y empezó con los platos. En aquel momento no había sido capaz de confesarle a nadie lo mucho que lo aterrizzaba la idea de tener un hijo porque estaba seguro de que sería un padre pésimo. Hasta tal punto lo había perseguido la imagen de la noche en que su propio padre salió de la casa para siempre soltando tacos sobre una «zorra» y su «chaval».

Cuando se casó con Libby no sabía las cosas que ahora sabía. No había experimentado nunca la tremenda necesidad de quedarse junto a su hija y protegerla. Y sobre todo, amarla sin condiciones. Los mismos sentimientos que Libby debía de haber sentido por el hijo que perdió.

Y de alguna forma tenía que convencerla de que era un hombre nuevo, uno del que podría estar orgullosa.

Era media tarde cuando Trent se pasó un momento por el Kodiak Café. Weezer se había preocupado cuando Kylie se negó a ir al colegio. La noche anterior Trent la había llamado para decirle que las cosas habían mejorado pero no le había podido dar detalles porque Kylie podía oírlo.

A esa hora del día sólo había un cliente en la barra comiendo una hamburguesa con patatas. Weezer le dio la bienvenida con una sonrisa y dejó a un lado el pedido de provisiones que estaba rellenando.

—¿No necesitas un descanso? Deja que te invite a un café.

Weezer lanzó una risotada.

—Creo que puedo permitirme un par de cafés gratis. Vamos —dijo acompañándolo hacia una mesa desde la que se veía la calle—. ¡Jenny! Sírvenos dos cafés solos, por favor.

Ya con las bebidas servidas, Weezer centró toda su atención en Trent.

—Suéltalo, hijo. ¿Qué está pasando?

—Kylie se enteró de que Libby y yo estuvimos casados.

—Entiendo —dijo Weezer esperando a que continuara. Trent explicó brevemente lo ocurrido en la excursión y cómo Kylie se había sentido traicionada.

—No me extraña —dijo Weezer—. ¿Cómo manejasteis la situación de ayer?

—¿Cómo? Le dijimos la verdad.

—¿Y cuál fue exactamente?

Bajo el escrutinio de Weezer, Trent se sintió de nuevo como un niño que necesitaba confesar sus fechorías.

—Le expliqué que una vez amé a Libby y nos casamos, igual que después amé a su madre.

—¿Y qué le has dicho de la situación actual?

—Le dije que ahora amo a Libby —dijo sintiéndose repentinamente aliviado.

—¿Qué tiene que decir Libby en todo esto?

—Dijo que yo le gusto. Kylie sin embargo, oyó sólo lo que quería oír —dijo Trent jugueteando con el asa de la taza—. Ella... dice que nos casemos.

—¿Y tú qué piensas? —preguntó Weezer con una sonrisa.

—Creo que es la solución ideal para todos —dijo él sin poder contener una amplia sonrisa—. El problema es que Lib acepte.

—No creo que eso vaya a ser particularmente difícil.

—¿No?

—Nunca te he visto renunciar a un desafío. Te creces con ellos.

—He llamado a la hija de Chad para que se quede con Kylie esta noche. Lib y yo tenemos que hablar del pasado, de lo que ocurrió.

—Creo que ya es hora, hijo.

—Por el bien de Kylie, tengo que saber cuál es la situación real. No quiero darle falsas esperanzas.

—A veces los niños ven más allá que los adultos. Apuesto a que su intuición es buena —dijo Weezer y en su rostro arrugado floreció una sonrisa de satisfacción.

Cuando llegó a la oficina, Trent llamó a Libby y dejó un mensaje en el contestador. Daría la cena a Kylie la metería en la cama y llegaría a su casa hacia las ocho y media. Estaba seguro de que Libby no se negaría. Sabía lo importante que era que hablaran.

Tan pronto como regresó a casa, Libby se quitó la ropa de trabajo y se puso unos vaqueros viejos y una sudadera. Los últimos días habían sido emocionalmente muy absorbentes y, a pesar de la insinuación de Kylie de que Trent iba a ir a su casa, no había tenido noticias suyas. Se alegró. Sólo quería pasar una tarde tranquila en casa con Mona, un buen libro y un poco de música clásica para apaciguar los ánimos. Necesitaba tiempo para recomponerse y examinar sus sentimientos. No era justo dejar a Doug esperando ni tampoco dar a Kylie falsas esperanzas.

Se preparó una taza de té y un sándwich con lechuga y pollo y se sentó a la mesa de la cocina con el periódico extendido. Un pequeño anuncio en la parte inferior de una página le llamó la atención. Trent Baker se había unido al equipo de rescate de la ciudad. Cuando estaban en el instituto se había mostrado muy contento de que le hubieran pedido entrenar con ellos y a menudo era el primero en llegar al lugar cuando saltaba la alarma. Al principio, se había sentido orgullosa de él pero después había empezado a sentirse abandonada cuando Trent prefería irse con sus compañeros después del trabajo en vez de regresar a casa con ella.

Libby dejó el sándwich en el plato y se preguntó si habría sido su inseguridad la que la había conducido a esperar demasiado de un hombre que sólo disfrutaba con el riesgo y la aventura. Su padre biológico había muerto y después, su padrastro había demostrado ser un hombre poco cariñoso. ¿Había tratado de reponer todas esas carencias con su joven marido? Una carga ciertamente pesada para un chico recién salido del instituto.

¿Y qué pasaba con Doug? ¿Esperaba que él pudiera cumplir su sueño de tener un marido y una familia? En un alarde de sinceridad se hizo la gran pregunta: ¿Acaso podría algún hombre darle todo el amor que necesitaba para compensar todos los años de soledad y el dolor de no haber tenido hijos?

Se había quedado sin apetito. Llevó los platos al fregadero y sólo entonces se dio cuenta de que la luz de mensaje parpadeaba en el contestador.

El primer mensaje era de Doug haciéndole saber lo duro que le estaba resultando ser paciente. Se sintió tremendamente culpable. El segundo despertó en ella sentimientos aún más incómodos: miedo, deseo y la sensación de que algo inevitable se avecinaba. Trent estaba en camino.

Trent no tenía ni idea de cómo iba a convencer a Libby de que había cambiado y que merecía una segunda oportunidad. Pero al menos tenía la certeza de que lo que sentía no tenía nada que ver con pasión desenfrenada y la ingenuidad del amor de instituto. Sabía que Libby era la mujer con la que deseaba pasar el resto de su vida. Había luchado mucho para superar la pena y la pérdida. Siempre le estaría agradecido a Ashley por haber aparecido en su vida pero era hora de demostrarle a Libby que era mucho mejor hombre ahora.

Con las alentadoras palabras de Kylie resonando en sus oídos, Trent se acercó a la puerta de Libby. Sobre el asfalto, el viento del norte levantaba remolinos blancos de nieve. ¿Encontraría refugio contra la tormenta en los brazos de Libby o una tormenta de igual vigor que la que soplaba fuera?

Se preocupaba por Kylie. Él lo sabía. Pero también necesitaba que se preocupara por él. Llamó al timbre mientras se sacudía los zapatos. En el momento que Libby abrió la puerta supo lo importantes que serían los próximos minutos.

—Espero no haberte causado demasiados inconvenientes, pero pensé que no podíamos seguir posponiendo esto.

Libby lo miró con los ojos borrosos.

—Estoy de acuerdo —y se hizo a un lado para dejar lo entrar—. ¿Quieres tomar algo?

—No, gracias —dijo Trent aunque se moría por una cerveza.

Se sentó en un extremo del sofá cerca de la mecedora en la que estaba segura que iba a sentarse Libby.

—¿Qué tal está Kylie?

—Feliz. Lo ha pasado muy bien en el colegio.

—Me alegro.

—Pero también está feliz por otra cosa.

—Lo sé —dijo Libby bajando la vista.

Había llegado el momento de sacarlo todo a la luz.

—Está segura de que vamos a casarnos de nuevo.

Libby se meció en silencio. Finalmente, levantó la vista.

—¿Cómo podemos hacer que olvide la idea sin hacerle daño?

Trent sintió un peso en el pecho que le impedía respirar. ¿Quería decir aquello que no iba a darle otra oportunidad? Sin quitar los ojos de los de Libby le preguntó:

—¿Tenemos que hacer que olvide la idea?

—Hay demasiado bagaje emocional, Trent.

—Esperaba que pudiéramos hablar de ello.

—¿Por qué? No podemos deshacer el pasado.

—No si evitas a toda costa que hablemos de él.

Libby se levantó de golpe y se acercó a la chimenea junto a la que se detuvo dándole la espalda a Trent. Tras varios minutos así, finalmente se giró para mirarlo.

—No eres un mal hombre. Y lo estás haciendo muy bien con Kylie pero... —se detuvo y miró al techo como si buscara inspiración.

Trent tuvo que contenerse para no levantarse y prepararse para el golpe que iba a recibir.

—Sigue.

—Nunca podré olvidar que no querías tener a nuestro bebé. Que no te importó cuando... —se detuvo incapaz de terminar y Trent vio el fulgor de las lágrimas antes de que Libby pudiera darse la vuelta.

Trent cruzó entonces la habitación y la rodeó con sus brazos por la espalda.

—Lib, es verdad —empezó Trent. Libby no dio respuesta alguna pero tampoco hizo intento de desasirse de sus brazos—. Te hice mucho daño, más de lo que pudiera haber imaginado en aquel momento, pero nunca hemos hablado de ello. Y

eso ha sido culpa mía. Era un idiota inmaduro pero quiero que hablemos de ello ahora —dijo al tiempo que la hacía girarse para mirarlo y levantaba su rostro para verle los ojos—. Por favor, Lib.

—Supongo que tenemos que hacerlo. Yo tengo que hacerlo.

—No importa lo que ocurra en el futuro. Los dos tenemos que comprender lo que ocurrió entonces... —Trent tragó con dificultad antes de terminar— con el bebé.

Libby se zafó y abrió mucho los ojos.

—Pero antes de empezar, quiero que sepas que ahora te quiero de una manera de la que no era capaz de amar entonces. Sólo era un egoísta insensible, demasiado asustado para reaccionar —añadió Trent.

—Nunca tenías miedo de nada.

—En eso te equivocas. Estaba petrificado —dijo él tomándole la mano.

—¿De qué? —preguntó Libby mirándolo fijamente a los ojos.

La condujo al sofá y se sentó junto a ella, el brazo rodeándole los hombros.

—De todo. Especialmente de ser un desastre como padre.

—Pero podrías haber aprendido. Mira lo bien que lo estás haciendo con Kylie.

—Lo único que podía pensar cuando me dijiste que estabas embarazada era en el desastre que sería. Igual que mi padre. Pensé que un hijo era más de lo que podía manejar. Sólo pensaba en si sería algo genético, en si yo también os abandonaría y si no lo hacía si sería capaz de darle a ese niño todo lo que necesitaba. Ni siquiera tenía un trabajo fijo ni una carrera. Un bebé significaba pañales, ropa, utensilios de bebé. Después, cuando fuera mayor, necesitaría aparato dental, clases de baile, un coche y la universidad. Me sentí abrumado, Lib. Tú estabas obsesionada con tu embarazo y con la decoración de la habitación del bebé y con su libro de bebé y...

Al mencionar el libro, Libby giró la cabeza con brusquedad. Separándose de él, levantó las rodillas en el sofá y se abrazó, una postura a la defensiva que no hacía sino incrementar la distancia entre los dos.

—¿Se supone que tengo que sentir lástima de ti? Perdóname por quedarme embarazada pero la última noticia que tengo es que para concebir hacen falta dos. Claro que para ti eso sí fue divertido ¿verdad?

Trent hizo una mueca de dolor al recordar la manera desinhibida y alocada en que hacían el amor.

—Te quería.

—Pues tenías una manera muy peculiar de demostrarlo. ¿Qué? Supongo que me culpaste a mí de que se rompiera el condón.

—Lib, sabes que no es así —protestó él pasándose la mano por el pelo.

—¿De veras? Nunca sabrás cuánto quería tener aquel hijo, Trent. ¿Tienes idea de cómo me sentí cuando empecé a notar los calambres, cuando empecé a sangrar? Me abrazaba el abdomen en un intento inútil por contener el desastre. ¿Y dónde

estabas tú? Acampando en cualquier sitio con tus amigotes. Divirtiéndote. ¡Divirtiéndote!

—No deberías haber estado sola —dijo Trent dejando caer la cabeza.

—No, no debería. Pero tú no querías saber nada de cosas desagradables de mujeres, ¿verdad? ¿Y qué clase de comprensión recibí cuando regresaste?

Trent cerró los ojos anticipándose a lo peor aún por llegar pero sabía que hasta que Libby no dejara salir toda la amargura y el dolor que guardaba no habría para ellos una esperanza de futuro.

—Dijiste: «Siempre podremos tener otro bebé» —continuó Libby con desprecio—. No lo comprendías, ¿verdad? Otro bebé era en lo último que estaba pensando en aquel momento. Yo quería a aquél. Deseaba tenerlo más que nada en el mundo. Pero lo único que se te ocurrió decir fue que ya tendríamos otro, como si la preciosa vida que acababa de morir en mi interior pudiera reemplazarse. U olvidarse. Deja que te diga una cosa, Trent. No pasa un solo día en el que no llore su pérdida.

El silencio invadió la habitación y Trent sabía que merecía todas las palabras desagradables que Libby tuviera que decirle. Todo era cierto. Había sido un capullo. ¿Cómo no había sido capaz de comprender lo importante que aquel niño era para ella? Sintió un vuelco en el estómago al pensar si Kylie no hubiera llegado a nacer igual que aquel bebé.

—¿Y bien? ¿No vas a decir nada? —preguntó ella con los ojos relucientes de ira aunque él sabía que estaba teniendo que hacer un gran esfuerzo para contener las lágrimas.

—Merezco todo lo que tengas que decir. Te hice mucho daño.

—Pero tú seguiste con tu vida. Yo no.

—Por eso nos divorciamos. Éramos dos personas en distintas etapas de nuestras vidas.

—Así era entonces.

—Lib, no soy el mismo hombre. He aprendido mucho —se detuvo—. Te pido una segunda oportunidad. Por mucho que me gustaría no puedo cambiar el pasado, pero sí puedo prometerte un futuro diferente.

Libby posó la cabeza en las rodillas abrazándose con fuerza como si quisiera hacerse invisible. ¿En qué estaba pensando? ¿Cuáles eran sus sentimientos?

—No sé si puedo confiar en ti —dijo finalmente levantando la cabeza.

—Nunca lo sabrás si no lo intentamos otra vez —dijo él poniéndole una mano en la rodilla—. Creo que hay algo muy poderoso entre nosotros —tomó una de sus manos y le besó los dedos—. No quiero perderte otra vez.

—Por favor, Trent. No me toques —dijo ella retirándose.

Al principio sus palabras fueron como un jarro de agua fría pero entonces la miró a los ojos y allí, detrás del miedo, había algo más, una llama que ardía intensamente.

– ¿Qué pasa, Lib?

Libby apoyó la frente en las rodillas de nuevo y él esperó inmóvil, sin atreverse ni a respirar.

– Tengo miedo. No quiero volver a sentirme como entonces – susurró.

– ¿Cómo te sentiste? – preguntó él rozándole levemente el pelo con los dedos.

– Sola.

– Cuéntamelo – dijo él dejando que las palabras calaran en su interior. Siguió acariciando con el dorso de la mano la mejilla de Libby. Entonces, cuando toda resistencia parecía haber cedido, la atrajo hacia su pecho y la abrazó consciente de que la clave estaba en la comprensión y la dulzura.

– Desde el principio, cariño. Tómate todo el tiempo que necesites – añadió.

Entonces Libby le contó todos los momentos de tristeza que había tenido que soportar desde su más tierna infancia, cuando se quedó sin familia. Un padrastro frío, siempre ocupado y una casa grande; y el colegio, donde el estigma de «no tener una familia de verdad» le había hecho muy difícil trabar amistad. Historias de un mundo de fantasía en el que había un padre y una madre como salidos de un anuncio de televisión y muchos niños de mejillas sonrosadas a su alrededor. Entonces llegó el momento en su narración en el que lo conoció a él, su príncipe azul.

– Menudo príncipe azul, ¿eh? – dijo él con una risa amarga.

Libby cruzó las piernas en el sofá, se sentó frente a él.

– No fue culpa tuya – dijo ella con calma –. Mis expectativas eran demasiado grandes.

– Pero yo no estuve a la altura.

Libby le tomó la mano y la sostuvo en su regazo.

– No sé cómo vamos a sobreponernos a nuestro pasado.

– ¿Por qué nunca hablamos de esas cosas cuando estuvimos casados?

– No lo sé – Libby inclinó la cabeza, pensativa –. Miedo a abrir nuestros corazones, supongo. Siempre me he resistido a revivir mi vida en Oklahoma. Supongo que con mi optimismo natural, pensé que había encontrado en ti todo lo que necesitaba.

– Probablemente no era demasiado bueno escuchándote.

– Tampoco te di muchas oportunidades – dijo ella con una débil sonrisa.

– Tal vez sea ésa la respuesta, Lib.

– ¿Respuestas a qué?

– A cómo vamos a sobreponernos a nuestro pasado. Hablando. Todos me han acusado siempre de ser un amante del riesgo y es cierto en muchas cosas. Pero hay algo que nunca he arriesgado contigo, y con Ashley lo hice cuando ya era demasiado tarde, cuando ya... se estaba muriendo.

—¿Qué?

—Mi vulnerabilidad —dijo él sintiendo que aquéllas eran las palabras más difíciles a las que habría de enfrentarse en su vida.

Lo miró con los ojos relucientes y levantó la mano hacia él.

—¿Podrías hacerlo? ¿Ahora?

Había sido capaz de clavar las rodillas a los flancos de un toro salvaje, había descendido por más de un precipicio y había manejado un kayak entre violentos rápidos, pero todo eso eran juegos de niños en comparación con aquello. Tomó la mano de Libby y la sostuvo entre las suyas.

—Sí.

Cuando comenzó a hablar, la emoción y la satisfacción de montar un animal salvaje, o de rapelar por una pared o de bajar por el cauce brioso de un río palideció en comparación con la recompensa que halló en el rostro de Libby.

Amor.

Capítulo 8

¿Por qué nunca le había contado nada de aquello? Libby ya no veía al hombre despreocupado con el que se casó, sino a un niño roto por el abandono de su padre, decidido a no dejar que nadie volviera a hacerle daño. Escuchando mientras le explicaba lo desesperadamente que había buscado la aprobación de su padre y el dolor que sus palabras rebosaban, sintió que se le rompía el corazón.

—Nada era suficiente —dijo—. Debería haberlo odiado pero no era así —acarició con el pulgar el dorso de la mano de Libby—. No hasta que se fue. Al principio, pensé que fue porque yo había hecho algo mal. Que era culpa mía. Si hubiera dicho o hecho algo bueno, se habría quedado. Con el tiempo, me di cuenta de que no iba a regresar y que no le importábamos nada ni mamá ni yo. Tal vez nunca le habíamos importado. Entonces me enfadé mucho. Decidí que le demostraría a aquel malnacido lo bueno que podía ser: el mejor vaquero, el mejor en la montaña, en el kayak, esquiando, lo que quieras —se detuvo perdido en sus pensamientos—. Tomé la decisión de que no dejaría que nadie volviera a hacerme daño —sacudió la cabeza con tristeza—. Irónico, ¿eh? No puedes pasar por esta vida sin escapar al dolor.

Cerró los ojos pensando en Ashley y Libby esperó que también estuviera pensando en su bebé muerto.

—No, Trent, no es así.

Por primera vez se le ocurrió que tal vez ambos se hubieran impuesto inconscientemente condiciones a su amor. Ella lo había hecho para protegerse de la soledad y él del rechazo y el miedo al fracaso.

Cuando descruzó las piernas y se acercó más a él, acomodándose en la curva de su brazo, Trent abrió los ojos.

—Suena interesado y melodramático, supongo.

—En absoluto. Volviendo la vista atrás, supongo que los dos estábamos asustados y teníamos algo que demostrar. Yo, que era la madre perfecta y tú que podías conquistar el mundo.

—Y no le dijimos una palabra al otro —dijo él con una sonrisa muy sexy en los labios—. Excepto en la cama.

Libby notó la boca seca al tiempo que una sensación de nerviosismo la recorría desde la garganta hasta la entrepierna.

—No entremos en ese tema esta noche, Trent.

—¿Alguna de estas noches entonces? —dijo él sonriendo con más énfasis.

Libby no quería que Trent se tomara el comentario literalmente, pero era incapaz de detener los vivos recuerdos que sus palabras evocaban en ella ni la aceleración que su corazón estaba experimentando.

—Trent, no quise decir eso.

– Lo sé, pero tampoco es tan mala idea, ¿no crees? – dijo él besándole la sien.

Libby encontró el valor para mirarlo. ¿Mala idea? Sonaba maravillosa. Si sólo fuera sexo. Al ver que no respondía. Trent tomó de nuevo la palabra.

– Le hemos dicho a Kylie que no le mentiríamos. Dime la verdad, Lib.

– No me hagas esto – suplicó tomándolo por la pechera del jersey de lana.

Estaban tan cerca que notaba sus labios rozándole las mejillas, y su aliento tibio.

– ¿Hacerte qué?

– Tentarme.

Trent le tomó el rostro evitando que pudiera desviar la mirada para que sólo pudiera mirarlo a él.

– ¿Así? – preguntó entonces rodeándola con los brazos y besándola, lentamente al principio, y más íntimamente después, hasta que Libby se rindió a toda lógica. Trent deslizó una mano bajo la sudadera de Libby, encendiendo chispas a lo largo de su columna vertebral. Ella se contorsionaba de placer contra él, hundiendo los dedos en aquellos rizos que había deseado tocar desde el primer día que apareció en su clase.

Trent rompió el beso y empezó a mordisquearle la sensible piel del cuello trazando una línea ardiente a lo largo. Libby sabía que debería detener aquello, el deseo que ya sentía desde las orejas hasta los pechos hinchados. Pero sus manos no hacían caso a su cabeza y tomando el rostro de Trent en ellas, lo acercó a sus labios y sus lenguas comenzaron una sensual y familiar danza.

Una voz en su interior no dejaba de gritarle «hace mucho tiempo» y a continuación la más inmensa felicidad.

Justo cuando pensaba que podría morir allí mismo de placer. Trent la tomó dulcemente en sus brazos y sonrió tan adorablemente que Libby se quedó sin aliento.

– Creo que me has dicho la verdad, cariño.

Una parte de ella quería ocultar la cara de vergüenza. Había explotado al más mínimo roce. Pero tenía razón. Había mucho de verdad en aquella actuación.

– Sigues encendiendo mi pasión.

Trent le retiró un mechón de pelo de la frente.

– Pero ahora se trata de algo más, ¿verdad? Amistad, compromiso, compartir cosas. ¿Podemos intentarlo? Por favor...

– No puedo evitar sentir miedo.

– Confía en mí, Lib. Esta vez no te fallaré.

Y la abrazó sintiendo el latido de su corazón.

– Esta bien – dijo ella finalmente – . Lo intentaremos.

Libby no podía dormir. No sabía por qué lo estaba intentando siquiera de no ser porque al día siguiente tenía que ir al colegio. Finalmente, se levantó y se puso la bata y las zapatillas. Después, tomó una manta y se dirigió al salón, donde se sentó con Mona a mirar los copos de nieve que se recortaban contra el haz de luz de la farola de la calle.

Se habían dicho cosas importantes. Trent había sido siempre su caballero, guapo, invencible, dulce. Se preguntaba si las cosas habrían sido diferentes en su matrimonio si él hubiera logrado exponer lo que le dolía en el corazón. Se preguntaba también si no habría sido demasiado ingenua al esperar que él recibiera la noticia del embarazo con el mismo entusiasmo que ella y por extensión que hubiera llorado la pérdida tanto como ella.

Se abrazó las rodillas pensando en lo inocentes que habían sido entonces. Trent había fracasado tanto como ella en comprender lo que significaba construir un matrimonio. No había duda. Ninguno de los dos había tenido un modelo a seguir. Se tocó con el pulgar el vacío dedo anular y una impactante sensación de dolor y de pérdida la invadió. Ahora, en el lugar que hasta ahora sólo había amargura con la que había convivido tanto tiempo, comenzó a brotar el perdón hacia aquella ansiosa joven y aquel vulnerable chico.

Habría sido bastante dejarlo ahí pero Trent quería más. A pesar de la forma en que Trent conseguía excitarla hasta hacerla gritar de deseo, tenía que agradecerle que se hubiera detenido antes de acabar en la cama. Le había demostrado que esta vez su relación tenía que ser algo más que mera atracción física por muy poderosa que ésta fuera.

«¿Esta vez?». En algún rincón del subconsciente, Libby sabía que ella ya había tomado una decisión respecto a Trent mucho antes de esa noche. Era una segunda oportunidad, la definitiva.

Cuando estiró las piernas, Mona se subió a su regazo recomfortándola con su calor. Había muchas dudas, cierto. No sabía si realmente habría cambiado tanto como decía, ni si su acercamiento no se debería sólo a la necesidad de encontrar una madre para Kylie. Se preguntaba también si el negocio con Chad no sería uno más de los muchos trabajos sin futuro que había tenido. Tal vez la lujuria la había cegado hacía unas horas y se preguntó si con la luz del día podría superar el dolor que le había infligido tiempo atrás. Pero sobre todo, la gran duda era: si se casaban otra vez y volvía a quedarse embarazada, ¿demostraría Trent haberse reformado?

Pero aun haciéndose todas esas preguntas, se dio cuenta de que tenía que correr el riesgo. Podía dar un paso hacia la confianza o retroceder a la seguridad de lo bueno conocido pero arriesgando en el proceso la pérdida del gran amor de su vida.

Enterró el rostro en el suave pelaje de Mona. Trent siempre había sido eso, su gran amor. Y podía volver a serlo.

El viento arreció fuera golpeando con virulencia la casa y agolpando la nieve en los bordes de las aceras y las entradas de las casas. Lo había intentado con Doug con todas sus fuerzas. Incluso en ese momento, abandonar la idea de la seguridad que él y su familia representaban le resultaba casi imposible. La dulce Mary. El padre de

Doug, que la había admitido como a una hija desde el principio. Sus hermanas, que con el tiempo se habían convertido en amigas, y su inteligente hermano. ¿Pero qué pasaba con Doug?

Merecía algo más. Por mucho que lo había intentado no había sido capaz de amarlo de la manera en que una mujer debía amar a su compañero. Y para ser sincera, ella siempre había sabido por qué.

Nunca había dejado de querer a Trent. No le quedaba más remedio que romper con Doug.

—Mona, Mona, ¿qué puedo decirle?

«Confía en mí», le había dicho Trent.

En ese momento supo lo que debía de sentir un trapealista la primera vez que actuaba sin red.

—¿Qué piensas? —Chad se quedó atrás para que Trent pudiera ver el tablón y la bandera que habían hecho para la exposición de actividades al aire libre que se celebraría en marzo en Kalispell. Letras verdes sobre un fondo de color beige daba a la creación un aire muy natural.

—Llama la atención —dijo Trent sonriendo.

—Más nos vale. Nos jugamos mucho —dijo Chad levantando la vista de lo que estaba haciendo.

Trent dejó a un lado la cuerda de escalar que había estado enrollando.

—En serio, está fenomenal. Sé que todo esto es necesario pero, sinceramente, estoy impaciente por empezar a tener clientes que quieran iniciarse en la aventura.

—¿Libby no es suficiente aventura para ti? —preguntó Chad con sagacidad.

—¿De dónde has sacado eso?

—De la cara de bobo que tienes desde que llegaste esta mañana. Supongo que no te has dado cuenta de que has montado el mismo escaparate dos veces.

—¿Tan obvio es?

—Como un cartel luminoso, amigo mío —dijo Chad doblando la bandera—. ¿Qué ocurrió?

Trent no quería decir demasiado. Después de la noche anterior, era optimista pero lo último que quería era poner en peligro la situación con Lib. Optó por decir algo superficial que lo resumiera.

—Puede que esté con un pie dentro.

—¿Puede? Eso no es propio del hombre que recorrió todo el Gran Cañón en un solo día.

—Lo creas o no, he madurado. Hay que ser sutil y paciente.

– ¿Y tener un gran atractivo?

– Eso también – replicó Trent con gesto juguetón.

– Sigue así – dijo Chad dándole una palmada en la espalda –. Me da buen rollo.

«A mí también», pensó Trent aunque no dijo nada. Se limitó a asentir con la cabeza. Aunque no podía pecar de exceso de confianza con el poco tiempo que había pasado, estaba claro que lo de la noche pasada había sido muy especial y no quería pregonarlo.

Silbando mientras trabajaba con el escaparate de las cañas de pescar, se detuvo sólo cuando sonó el teléfono. Al oír la voz al otro lado del hilo, se frotó las sienes y, finalmente, se dejó caer sobre el sillón del escritorio.

– Sí, Georgia, hola. ¿En qué puedo ayudarte?

Aunque llamaba con frecuencia a casa para ver cómo estaba su nieta, su suegra nunca lo había llamado antes al trabajo.

– ¿Pasa algo? – preguntó a continuación.

– Depende de lo que «ocurrir» signifique para ti – dijo ella con tono helado que puso a Trent en alerta y a la espera –. Hablamos con Kylie anoche.

No había nada raro en ello. Kylie se lo había comentado esa misma mañana feliz porque su abuela le estaba enviando otra Barbie.

– Está mejorando en el colegio – dijo él.

– Le gusta mucho su profesora, ¿no es cierto? La señorita Cameron creo que se llama.

– Se llevan bien, sí. La ayuda que le ha ofrecido a Kylie para mejorar en lectura está siendo positiva.

– Bien – dijo ella con un tono lejos de ser aprobador. Trent quedó de nuevo a la espera y al no haber nada más habló.

– ¿Qué tal está Gus?

– Preocupado como yo.

– ¿Perdona?

– De hecho, hemos pensado en ir a pasar el fin de semana para comprobar la situación con nuestros propios ojos.

– Georgia ¿de qué demonios estás hablando?

– De tu amiga.

– ¿Mi qué?

– Me has oído. Kylie habló de ella bastante. Me dijo que su profesora y tú estuvisteis casados y que ahora os gustáis. Deja que te diga cómo lo dijo exactamente. Sí, os gustáis «como en las películas cuando dos personas están enamoradas», y se apresuró a decirme que en breve será su nueva mamá.

La burbuja de felicidad en la que había estado todo el día reventó.

—Georgia, está adelantando acontecimientos... —comenzó Trent.

—¿Es cierto? —lo interrumpió ella.

—¿Qué parte?

—¿Tienes una relación con esa mujer?

Trent caminó por la oficina. Sabía que los Chisholm se sentirían heridos cuando se enteraran de lo que sentía por Libby pero las circunstancias no eran propicias para discutirlo con ellos aún.

—Eso espero, sí.

—Estaremos allí mañana por la tarde. Y Trent...

—¿Sí?

—A Gus y a mí no nos gusta esta situación. Kylie acaba de perder a su madre. Tu relación con esa mujer es irresponsable y no lo haces en beneficio de Kylie.

—Nunca haría nada que pudiera...

—Nos quedaremos en el Alpine Lodge. Te esperamos allí a las ocho. Solo. Estoy segura de que te haremos recuperar el conocimiento y te ayudaremos a superar esta situación. Adiós.

Se quedó allí de pie, con el teléfono en la mano, sin poder dar crédito. ¿Sus suegros iban a ayudarlo a «superar esta situación»?

¡A la porra todo! Él tenía que respetar la opinión de sus suegros pero ellos tendrían que hacer lo mismo. Su vida no estaba en sus manos, ni tampoco la de Kylie. Sólo él se ocupaba de ambos. Y su hija estaba más feliz de lo que había estado en meses. No podía dejar que nada pusiera en peligro su felicidad ni tampoco la promesa de una nueva relación con la mujer que amaba.

Libby se había quedado dormida y llegó al colegio, sin aliento, momentos antes de que sonara el timbre aun que debía de tener un ángel de la guarda porque los niños la aguardaban sentados, sin armar jaleo, todo sonrisas y con ganas de trabajar. La lección de geografía fue bien y, maravilla, Rory había llegado incluso a levantar la mano voluntario para decir que la lectura de mapas le había servido para mejorar en sus video juegos y el desayuno de Bart no debía de haber contenido mucha azúcar porque había prestado atención toda la mañana.

Y luego estaba Kylie. Cada vez que la miraba, la niña le sonreía con gesto cómplice. Otra razón más para agradecer que no hubiera pasado nada entre Trent y ella la noche anterior. Le parecía que una relación física habría sellado el futuro de Libby de una manera para la que aún no se veía preparada pero la aprobación de Kylie le hacía más difícil contenerse.

En realidad no se trataba de contención. Sin embargo, no podía avanzar en la relación sin haber hablado con Doug. Esa misma mañana, al ver a Mary dirigiendo el tráfico a la entrada al colegio el ánimo se le había venido abajo. No quería herir a Doug. Herirlo a él significaba herir también a Mary. Libby no tenía ganas de que llegara la tarde. Había llamado a Doug en el descanso de la comida y habían quedado para tomarse algo después del trabajo. El tono esperanzado y alegre de Doug la había entristecido profundamente. Se recordó por enésima vez que era un buen hombre pero por motivos que la noche anterior le habían quedado claros como el agua no era el hombre adecuado para ella.

El ambiente tenue del bar debería haber ayudado a apaciguar sus ánimos pero el motivo real del encuentro no hacía sino encrespar los nervios de Libby. En el bar, dos hombres de negocios hablaban en una mesa junto a la puerta; en la barra, una mujer de largas piernas cruzadas sobre el taburete charlaba con el camarero. Libby había elegido ese sitio deliberadamente porque le había parecido terreno neutral. Su casa o la de Doug habría sido demasiado íntimo, demasiado lleno de recuerdos. De camino, no había dejado de darle vueltas a lo que iba a decirle, consciente de que por mucho que ensayara, nada podría prepararla para el momento crucial.

Doug se levantó de una mesa en un rincón del bar y le hizo señas. Iba vestido con unos pantalones informales en color tostado y un jersey de cuello vuelto azul marino.

—Hola, preciosa —dijo dándole un beso en la mejilla y, tras ayudarla a quitarse el abrigo, la invitó a sentarse en el banco. A Libby le pareció más una prisión que un asiento sabiendo lo que había ido a decirle.

No habían hecho más que sentarse uno frente al otro cuando se acercó una camarera.

—¿Desean pedir algo?

—Yo... una copa de Chablis, por favor —dijo Libby aunque no tenía muchas ganas de beber nada.

—¿Y usted, señor?

—Una cerveza.

Cuando se quedaron solos, Doug extendió la mano por la mesa y tomó la de Libby.

—Te he echado mucho de menos.

—Ha pasado tiempo, sí —dijo ella sintiendo que aquello iba a ser muy difícil.

—Demasiado. Esperar se me hace duro —dijo él apretándole la mano—. Sólo espero que haya merecido la pena. ¿Ha sido así?

Libby quería retirar la mirada, evitar sus ojos esperanzados. No había forma de facilitar el trance. Un profundamente sintiendo una losa helada en el corazón.

–Tengo que decirte muchas cosas y espero que me escuches hasta que haya terminado.

–Haré lo que pueda.

En ese momento, la camarera apareció con las bebidas lo que sirvió de excusa para soltar las manos que ella prefirió dejar en el regazo.

–¿Será necesario buscar coraje en el alcohol? –dijo Doug mientras esperaba a que bajara un poco la espuma de la cerveza. Al no recibir respuesta, alzó el vaso y bebió—. De acuerdo. Ya me siento fuerte. Puedes empezar.

El guión que tan cuidadosamente había preparado se desvaneció y se encontró sin saber cómo empezar.

–Eres un hombre maravilloso...

–Vaya. Un comienzo así siempre lleva consigo un gran pero.

–Supongo que así es. No sé cómo decir esto sin que suene horriblemente duro.

–Dilo sin más –dijo él mirando su cerveza.

–¿Recuerdas en Navidad, cuando me preguntaste que si podría amarte algún día?

–Lo recuerdo –contestó él mirándola a los ojos—. Dijiste que pensabas que sí. Lo tomé como un sí.

–Pero Doug aquello era un quizá.

–¿Y ya tienes la respuesta?

–Me gustas mucho –empezó Libby mirando su copa de vino sin tocar—. Tu sentido del humor, tu consideración, la forma en que me tratas como si fuera algo especial.

–Lo eres –murmuró él.

–Tu familia no podría haber sido más maravillosa conmigo y siempre he deseado formar parte de una familia tan adorable como la tuya.

–Otro pero.

–Mereces una mujer que pueda amarte incondicionalmente. Lo he intentado, Doug de verdad. Me gustas más que casi nadie más que conozca, pero... –un nudo en la garganta que no la dejaba seguir— no te amo como mereces ser amado.

–Es él, ¿verdad? –preguntó Doug sin levantar la vista de la cerveza.

No tenía sentido fingir que no comprendía.

–Sí.

Cuando Doug levantó la vista, parecía tener el control de la situación, pero había en su expresión una sensación de vacío.

–Ojalá no hubiera regresado nunca.

—A la larga no estoy segura de que eso hubiera cambiado las cosas. Probablemente habríamos acabado teniendo esta conversación en cualquier otro momento.

—Esperaba que de alguna forma...

—Lo sé. Yo también.

—¿Entonces qué hay entre vosotros dos?

—No estoy segura. Los dos cometimos muchos errores en el pasado. Nos hicimos daño de distinta manera pero no puedo negar que siempre sentí algo por él. Si logramos superar lo que ocurrió hace años, no lo sé. Lo único que sí sé que tengo que intentarlo.

—No voy a mentirte. Me has decepcionado. Desde el principio, sentí que eras la mujer perfecta para mí. Saber que el sentimiento no es mutuo... bueno, duele —se detuvo y arrastró el vaso de cerveza hasta el centro de la mesa—. Quiero decirte que deseo que seas feliz, pero me resulta difícil pensar que será con otro hombre.

Diciendo esto, se metió la mano en el bolsillo y sacó un billete de veinte dólares que dejó en la mesa.

—No voy a suplicarte, Libby —continuó al tiempo que se levantaba del banco—. No tiene sentido hacer esto más difícil de lo que ya es. Tú quédate —dijo señalando el vino de Libby—. Deja el resto de los veinte como propina.

Viendo el gesto tremendamente dolido de Doug, Libby hizo ademán de levantarse pero éste le puso la mano en el hombro para que no lo hiciera.

—Sé feliz. Libby —dijo con voz grave por la emoción y dándose la vuelta, se dirigió a paso rápido a la puerta.

Desde una salida de calefacción cercana, una racha de aire cálido la envolvió aumentando el color rosado de sus mejillas ya de por sí sonrojadas por la vergüenza y la pena. Montones de cosas que debería haberle dicho se agolparon en su mente aunque sabía que ninguna de ellas habría conseguido suavizar el golpe. Jugueteeó con el borde de la copa que finalmente arrastró hasta el centro de la mesa junto a la cerveza de Doug. Él la amaba.

—Señorita, ¿el vino no es de su gusto?

Libby sacudió la cabeza. Aunque el vino hubiera estado agrio, no habría podido compararse con lo que sentía. Había sido una tortura. Doug le importaba y nada en el mundo podría haberla preparado para la angustia que le había producido.

Pero lo suyo nunca habría funcionado. Con Doug nunca había experimentado la sensación de abandono que había sentido en los brazos de Trent la noche anterior cuando hasta la última fibra de su ser había vibrado de deseo.

Miró los vasos, imagen simbólica de lo que podía haber sido, y esperó a que la enormidad de lo que había hecho penetrara en ella.

Para bien o para mal, había hecho su elección y, a pesar de la dolorosa escena con Doug, tenía la sensación de que había hecho bien. Ella nunca podría aceptar un amor a medias, y menos aún después de haber conocido el verdadero amor.

Georgia se cerró el abrigo de piel y se arrebujó dentro de él en el asiento del copiloto. Gus no había dicho nada en los últimos ochenta kilómetros. Había puesto la radio y miraba a la carretera. No le había parecido bien la decisión de su mujer de ir a Whitefish con tanta premura, no sólo porque se había visto obligado a dejar a otra persona al cargo de un importante proyecto, sino porque no le parecía necesario enfrentarse a Trent por la situación entre él y esa mujer.

Georgia no podía evitar pensar en lo torpes que podían llegar a ser los hombres. ¿Acaso Gus no entendía que aquella relación tenía que cortarse de raíz? Si seguía adelante, se acabarían todas las posibilidades de que Trent regresara con Kylie a Billings, esperanza que ella alentaba en secreto.

Trent nunca había hablado de su primera mujer y a Ashley no pareció importarle. Georgia deseaba que Gus y ella hubieran pedido más detalles sobre Trent. No podía soportar imaginar a Kylie con otra mujer quien llamar «mamá».

Todo el tiempo había tenido un mal presentimiento sobre las razones de Trent para mudarse a Whitefish. Y en ese momento, tenía la sensación de que Gus esperaba de ella un comportamiento civilizado no sólo con Trent sino con esa señorita Cameron.

—¿Y bien? —preguntó por fin extendiendo el brazo para quitar la radio.

—¿Tú qué crees?

—Georgia —suspiró—. ¿Estás segura de que quieres hacerlo?

—¿Cómo puedes tan siquiera preguntarlo?

—Podemos perder muchas cosas.

—¿Qué demonios quieres decir con eso?

—Si Trent ama a esa mujer y Kylie es feliz con la idea, ¿qué bien podemos hacer nosotros inmiscuyéndonos?

—Se trata de nuestra única nieta.

—Eso es exactamente a lo que me refiero —dijo él dándole unas palmaditas en la rodilla.

Georgia sintió un escalofrío. A pesar de la exasperación hacia su marido, éste había dado en el clavo: podían perder a Kylie si no tenían cuidado.

—No creo que este viaje sea oportuno, Georgia pero te apoyaré en todo lo que pueda —añadió Gus tras adaptarse la garganta.

Desviando la mirada, Georgia clavó los ojos en la ventanilla por la que pasaban a toda velocidad imágenes borrosas de las señales de tráfico. No importaba lo que

costara, pero ella tenía que asegurarse de que Kylie supiera que sus abuelos la querían mucho y que para ellos su bienestar era lo primero.

Capítulo 9

A la mañana siguiente. Libby se sintió tentada de llamar a la escuela y decir que no se encontraba bien. Las dos últimas noches la habían dejado agotada. Repasó una y otra vez la escena con Doug preguntándose si podría haber facilitado un poco las cosas para suavizar el golpe. No había sido su intención ser cruel. Habría querido decirle más cosas. Explicarle ciertas cosas. Pero Libby sabía que en la salida apresurada de Doug no había sido más que un intento por preservar su orgullo.

Se levantó y se dio una ducha. Iba en contra de sus principios decir que estaba enferma cuando no lo estaba. Por muy tentadora que fuera la idea de quedarse en casa, no haría sino prolongar el inevitable encuentro con Mary. Le debía una explicación sincera, en parte porque era su jefa, pero especialmente porque era la madre de Doug.

En un intento por sentirse mejor, se vistió con su ropa favorita, pantalón sastre de color negro y jersey de cuadros negros y azules. Se separó el pelo de la frente con unas horquillas negras y se puso su barra de labios favorita. Se miró al espejo y decidió que no estaba tan mal para no haber dormido más que ocho horas en los últimos dos días.

Cuando vio a Kylie esperando a la puerta de la clase, se dio una palmada en la frente. ¿Cómo podía haber olvidado la tutoría?

—Llegas tarde —dijo la niña tendente siempre a decir lo que era obvio.

—Lo siento, cariño. No podía levantarme de la cama esta mañana.

—Pues yo sí. ¿Y sabes por qué? —no esperó a que contestara—. Porque la abuela Georgia y el abuelo Gus vienen a pasar el fin de semana. ¿Y sabes otra cosa? La abuela me va a traer una nueva Barbie.

Libby se quedó momentáneamente, sin palabras. ¿Cómo afectaría a Trent la visita de sus suegros? ¿Y a ella?

—Debe de quererte mucho —dijo Libby abriendo la puerta de la clase y dejando sus cosas sobre el escritorio.

—Sí —dijo Kylie siguiéndola—. La quiero mucho. Pero ella no hace cosas como esquiar. No creo que le guste que yo esquíe. A ella le gusta ir al salón de belleza y de compras. Me compra mucha ropa —la voz de la niña sonaba emocionada—. Apuesto a que me llevará a comprar mi vestido para la boda.

—¿Qué? —preguntó Libby consternada.

—Sí. Le he contado lo de papá y tú. Lo de la boda y todo eso —dijo ella poniéndose de puntillas.

Libby se puso la mano en el estómago. Había sido un error no haber llamado diciendo que se encontraba mal. Se quitó el abrigo y lo colgó en el armario antes de ir a la mesa de lectura con Kylie.

—Kylie, tengo que decirte algo importante.

– Vale – dijo la niña cambiando su expresión festiva por una más seria.

– Tú quieres que siempre te diga la verdad, ¿no es así?

– Me lo prometiste.

– Lo sé. Y la verdad es que tu papá y yo no hemos decidido nada de casarnos. Por ahora, pasaremos más tiempo juntos y veremos cómo nos va. Nos ayudaría mucho si pudieras decirles a tus abuelos que te precipitaste en tus conclusiones.

Kylie cruzaba y descruzaba los dedos.

– ¿Sabes lo que quiere decir precipitarse en una conclusión?

– Hacer algo antes de tiempo.

– Ellos echan mucho de menos a tu mamá – dijo Libby asintiendo –. Podría resultarles difícil comprender que a tu papá le guste otra mujer. Y más difícil aún que vaya a casarse con ella.

Sin inmutarse. Kylie levantó la vista y le sonrió.

– Pero les gustarás mucho. Te lo prometo. Todos juntos seremos una gran familia feliz.

Las palabras de Kylie tocaron la fibra sensible de Libby porque reconocía perfectamente una fantasía que ella también había alentado de niña, el mito de la gran familia feliz. Rodeó a la niña con un brazo.

– Por ahora, ¿qué te parece si empezamos por nuestra clase de lectura y dejamos los temas de adultos para tu papá y para mí? Por el momento, será mejor que no le contemos a nadie esto.

– Vale. Pero no tardéis mucho. Cuanto antes os caséis, antes podrás ser mi mamá.

Libby apenas lograba concentrarse en la lectura. Era evidente que la niña se había hecho su propia composición de los hechos. Boda. ¿Qué habían hecho Trent y ella? Si las cosas no funcionaban entre ellos, el golpe emocional que sufriría aquella pobre niña sería irreparable. Pero su relación no podía construirse sobre la base del bienestar de la pequeña. Era indispensable que existiera amor verdadero y voluntad de compromiso. Las chispas que pudieran saltar entre ellos al nivel físico podían acabar apagándose. Una relación duradera era una llama que requería alimento constante.

Al rato, se vio asaltada por un dolor de cabeza como si le estuvieran atenazando la frente que sólo podría empeorar según se acercaba el momento de ver a Mary.

– ¿Querías verme? – preguntó Mary entrando en su despacho cargada con un montón de carpetas de expedientes.

– Sí. ¿Es buen momento?

Mary dejó los expedientes en la mesa y se sentó en su sillón.

– Siempre tengo tiempo para ti.

Libby sabía que le gustaba a la directora, algo que sólo empeoraba la situación.

– Tengo que hablarte de Doug.

Mary esperó a que continuara.

– Me importa mucho – empezó con torpeza –. Como tú, sólo quiero lo mejor para él. Pero quería que te enteraras de esto por mí. He roto nuestra relación – decirlo en alto a aquella mujer a la que admiraba era más difícil de lo que había imaginado.

– Doug nos llamó esta mañana – dijo Mary asintiendo.

– Me gustaría explicártelo.

– No tienes que darnos ninguna explicación. A veces, las cosas simplemente no salen como nos gustaría.

¿Por qué había temido tanto la reacción de Mary? Su profundo discernimiento era una de las cualidades que Libby admiraba más en ella.

– Todos habéis sido muy buenos conmigo, me habéis incluido en vuestras actividades familiares, siempre con los brazos abiertos. Sinceramente me enamoré un poco de todos vosotros.

Mary se inclinó hacia delante y cruzó las manos frente a ella.

– No provienes de una gran familia, ¿verdad?

Las lágrimas punzantes amenazaron su compostura.

– Sólo tengo un padrastro. Siempre... quise tener una gran familia.

– ¿Y formaba eso parte del atractivo de Doug?

– Sí... digo no. Quiero decir que... – Libby pareció empedernecer allí delante como un alumno ante una reprimenda –. Me gusta mucho Doug. Es un hombre maravilloso. Pero, con toda sinceridad, tengo que decirte que lo incluía en un todo: Doug, tú, el resto de la familia. Cortar con él ha sido una de las cosas más difíciles que he tenido que hacer en mi vida.

– ¿Y por qué lo haces entonces, querida?

Libby vaciló un poco consciente de que no había vuelta atrás.

– Creo que estoy enamorada de otro hombre.

– ¿Tu ex marido?

– Sí – dijo Libby frotándose los brazos con manos entumecidas.

– Entiendo.

Entonces sobrevino un silencio mientras Mary digería la verdad.

– Siempre te he admirado – dijo Mary al cabo –. Te preocupas mucho por los demás. Tengo que admitir que había esperado que un día te convirtieras en mi nuera pero sólo si eras capaz de amar a Doug con todo tu corazón.

Libby asintió en silencio.

—Te deseo toda la felicidad, Libby, y echaré de menos verte por casa.

—Supongo que tendremos que establecer cómo afectará esto a nuestra relación profesional.

—En absoluto —se apresuró a decir Mary—. Eres una profesora excelente, y las dos somos adultas, por lo que no veo razón alguna para crear un problema donde no existe. Sin embargo —Mary se recostó en el sillón—, tendríamos que considerar la situación de Kylie.

—¿Kylie?

—¿Debería continuar en tu clase?

—¿Por qué no? —preguntó Libby aterrada. Tenía la sensación de que la decisión estaba tomada.

—¿Podrás ser objetiva con ella? ¿Cómo la afectará si tu relación con su padre no sale bien? ¿Y si lo hace? ¿No le estaremos pidiendo demasiado a una niña de siete años?

Libby se dio cuenta de que no debería haberla sorprendido. Mary no estaba sino poniendo voz a unas preguntas que ella había tratado de contestar sin demasiado éxito.

—Quiero lo mejor para Kylie.

—Está muy apegada a ti.

—Lo sé, pero con todos los cambios a los que ya ha tenido que enfrentarse en su corta vida, creo que sería contraproducente cambiarla de clase. Me doy cuenta de que tengo que tratarla como a cualquier otro niño. Espero que la dejes quedarse en mi clase.

—Confío en tu buen juicio. Sin embargo, tengo que advertirte que ella ya ha conocido el dolor y la pérdida en su vida. No necesita más.

Pensando en su propia niñez. Libby asintió.

—Nadie lo sabe mejor que yo.

—Está bien —dijo Mary levantándose y Libby también se puso en pie.

—En cuanto a Doug...

Mary le hizo una señal con la mano de que no se preocupara.

—No tienes que decir nada más. Te agradezco la sinceridad y quiero asegurarte que esto no afectará en absoluto a nuestra relación.

De vuelta a la clase. Libby reflexionó en las palabras de Mary. La madre de Doug era una mujer generosa, pero en su corazón, Libby sabía que los íntimos lazos que la unían con esa familia habían sido cortados.

El dolor que sentía no la sorprendió. Los Travers habían representado para ella el sueño de una gran familia. Esperaba no haber cometido un terrible error al elegir a Trent.

Trent debería haberlo adivinado. En una breve llamada a Libby para avisarla de la llegada de los Chisholm, se dio cuenta de que Kylie se le había adelantado. Trató de darle confianza pero ni él mismo la tenía.

Después de cenar, preparó a Kylie y la dejó con Weezer antes de dirigirse al Alpine Lodge.

– ¿Por qué no puedo ver a la abuela Georgia y al abuelo Gus esta noche?

– Están cansados. No te preocupes. Vendrán a verte mañana temprano.

– ¿Y por qué quieren verte a ti y no a mí?

– Tenemos que hablar de cosas de mayores.

– ¿Como la boda?

– Cariño, no puedes precipitarte en tus conclusiones así.

– Es lo que me dijo la señorita Cameron.

Por más que Trent no quisiera oír que Libby tenía dudas sobre su futuro, agradecía no tener que meterse en detalles.

– Tiene razón.

– Tengo muchas ganas de que los abuelos la conozcan. Espero que la quieran mucho, ¿tú no?

– Tendremos que esperar.

Weezer y Scout salieron a la puerta. Weezer tenía la mesa de las cartas preparada para jugar y Kylie se despidió alegremente de su padre mientras éste iba al encuentro.

El Alpine Lodge, situado en lo alto del camino, estaba iluminado por pequeños farolillos que invitaban a acercarse a su fachada de estilo tirolés. Chad lo describía como el alojamiento de los «pijos» de montaña. El lujo del lugar quedaba de manifiesto en las gruesas alfombras de lana que cubrían el reluciente piso de madera de pino y los sofás de cuero del vestíbulo, que daban la bienvenida al huésped. Pero Trent no podía pensar en otra cosa que en el frío recibimiento que iban a darle los Chisholm.

Tras preguntar en recepción, subió a grandes pasos las escaleras hasta la habitación en el segundo piso. No quería problemas. Sin embargo, sospechaba que eso era exactamente lo que iba a encontrar.

– Pasa, Trent – dijo Gus al abrir la puerta.

Georgia vestida con un traje de pantalón de lana en color blanco y blusa color lavanda, esperaba sentada en un sillón, tocándose el collar de oro con sus dedos de uñas perfectas. El único recibimiento a su llegada fue un frío asentimiento de cabeza.

Su marido, al contrario, abrazó a Trent con cariño.

— ¿Qué tal estás, hijo?

— No me puedo quejar.

Gus lo tomó del brazo y lo condujo al sofá.

— ¿Algo de beber?

— Nada, gracias — dijo Trent sentándose.

Gus se sentó en la silla de escritorio que había junto al sofá, de forma que los tres describían un triángulo. Trent se dio cuenta, con gran desagrado, del simbolismo de su posición de espaldas a la pared.

— ¿Quién está con Kylie? — preguntó Georgia con tono crítico.

— Está con mi amiga Weezer — dijo él.

— ¿Weezer? ¿Qué clase de nombre es ése? — preguntó con desprecio.

— Apodo de Louise. Es la mujer que conocí cuando era niño. Vivimos de alquiler en su cabaña de montaña temporalmente.

— ¿Se lleva bien Kylie con ella? — preguntó Gus.

— Sí.

Un desconcertante silencio se apoderó de la habitación hasta que, finalmente, Gus lo rompió.

— Supongo que Georgia te dijo por qué estamos aquí.

Trent asintió. Su suegra permanecía mirándolo con expresión de hielo.

— Entenderás lo asombrados que nos quedamos cuando Kylie nos dijo que ibas a casarte — continuó Gus.

— Dejadme aclararos algo. No tengo planes de boda.

— ¿Entonces por qué nos dijo Kylie algo así? — dijo Georgia.

— Es una niña. Piensa que lo único que tiene que hacer para que algo suceda es desearlo.

— ¿Y por qué habría de desear algo así?

Trent se paró a pensar en una respuesta. ¿Cuánto podía decirles? ¿Lo comprenderían?

— Echa mucho de menos a su madre. Ve mi tristeza. Tal vez quiere que nuestra situación se arregle.

— ¿Arreglarse? ¿Casándote con tu ex mujer? — Georgia lo miró con frialdad—. ¿Tan pronto has olvidado a Ashley? ¿Y quieres que también Kylie la olvide?

– No, Georgia, no he olvidado a Ashley. Al contrario. Pienso en ella cada día y siempre agradeceré haber estado casado con ella. Sé que no pensabas que tuviera mucho que ofrecerle, al menos desde el punto de vista económico. Pero la quería. Fui muy feliz con ella. Y con Kylie. Te aseguro que no hay peligro de que Kylie la olvide. Habla de ella todo el tiempo.

– Entonces dinos una cosa. ¿Por qué persigues a esa mujer? – dijo Gus a las claras.

Trent se frotó las manos antes de hablar.

– Tengo toda una vida por delante. Tengo una hija a la que quiero más que a nada en el mundo y quiero su felicidad. No es bueno llorar la pérdida tanto tiempo. Llega un punto en que tienes que avanzar. Eso no significa que hayamos olvidado a Ashley, sólo significa que no podemos vivir en constante luto. ¿Y por qué Libby Cameron? Lo único que se me ocurre es: ¿por qué no ella?

Con la urgente necesidad de moverse, Trent se puso en pie y se acercó al mueble bar. Se giró para mirarlos.

– Libby es una mujer amable y cariñosa, con un carácter bondadoso. Kylie se sintió atraída por ella antes de saber que habíamos estado casados. Por razones en las que no entraré ahora, la decepcioné mucho en nuestro matrimonio – se detuvo y tuvo que obligarse a no hacer caso al soplido de censura de Georgia –. Éramos muy jóvenes e inseguros. Pero la quería. Ahora tengo una segunda oportunidad y hemos decidido intentar recuperar nuestra relación.

Georgia abrió mucho los ojos pero Gus se puso en pie mirando a su yerno con dolor.

– No tienes idea de lo difícil que es esto para nosotros.

– No, señor, sólo puedo imaginarlo. Pero sí puedo asegurar que recordaremos a Ashley mientras vivamos.

– Es demasiado pronto – consiguió decir Georgia con voz estrangulada por la emoción.

– ¿Cuándo consideráis que sería el momento apropiado? – preguntó Trent con suavidad.

Georgia levantó la vista, los ojos llenos de lágrimas, pero sólo pudo encogerse de hombros. Gus se acercó a ella y le puso una mano en el hombro.

– Nos importas hijo. Y estamos locos por Kylie. Una boda lo cambiaría todo.

– Nada ha ocurrido aún – dijo Trent inspirando profundamente –. Pero si ocurre, quiero que vuestra relación con Kylie, con Libby y conmigo sea como vosotros decidáis que sea.

– Eso es pedir demasiado, hijo.

– Lo sé – dijo Trent asintiendo –. Pero aún no la conocéis. Me gustaría que lo hicierais. Puede que os haga cambiar de opinión.

– No me gusta la idea de que mi nieta tenga una madrastra – dijo Georgia.

– ¿Prefieres que sólo me tenga a mí? Necesita una familia.

– Tiene una. Nosotros.

Trent se metió las manos en los bolsillos para ocultar los puños apretados.

– ¿No vais a conocer a Libby? Por favor.

Cuando Georgia retiró la vista, Trent miró a Gus.

– No tiene por qué ser algo desagradable – añadió. Gus retiró la mano del hombro de su mujer.

– Esta relación con esa Libby, ¿es importante para ti?

– Mucho. Y también para Kylie.

– ¿Georgia? – la mujer miraba al techo –. Cariño. Trent no se está apresurando. ¿Qué hay de malo en conocer a la señorita Cameron?

– ¿Lo harás por Kylie? – preguntó Trent.

– Si no queda más remedio – dijo la mujer con resignación finalmente.

Aunque la concesión era débil, Trent estaba dispuesto a agarrarse a un clavo ardiendo. Kylie apenas tenía familia y lo último que deseaba era alejar a los Chisholm. Bueno, no realmente. Lo último era renunciar a Libby.

– De acuerdo entonces. Hablaré con ella y le preguntaré cuando podemos vemos. Me gustaría que Kylie también estuviera presente para que comprobéis lo bien que se lleva con Libby.

Georgia permaneció sentada, oculta entre las orejas del sillón. Gus acompañó a Trent a la puerta y allí salió al pasillo entornando la puerta tras él.

– Hijo, todo esto es muy incómodo.

– Siento haberos causado tanta preocupación.

– Es más por ella que por mí. Lo pasó muy mal con la muerte de Ashley. Ahora tiene miedo de perder a Kylie si aparece esta mujer.

– No creo que eso ocurra. Libby sabe el valor que tiene una familia. Nunca querría interponerse entre Kylie y vosotros.

– ¿Estás decidido?

– Absolutamente.

– Entonces, adelante. Haré lo que pueda para ser comprensivo pero no puedo prometerte que Georgia lo haga.

– Es justo – dijo Trent extendiendo la mano.

Trent iba reflexionando en el coche de camino a casa. No eran malas personas. Gus era lo más cercano a un padre que había conocido. Agradecía su disposición a darle a Libby una oportunidad, pero no podía evitar pensar si aquel encuentro no sería una carga demasiado pesada para dejar caer sobre Libby y su renovada relación. No sería fácil convencer a Georgia, y él no estaba preparado para tolerar cualquier tipo de brusquedad por su parte. Y en el centro de todo, Kylie.

Lo que iba a ser un cortejo se había convertido en una tregua pactada. Desde luego no era la idea romántica que había albergado.

El sábado amaneció espléndido. Cuando Lois llamó a Libby para preguntarle si quería ir a hacer ejercicio con ella, ésta aceptó rápidamente. Los nervios de la semana anterior la habían dejado anquilosada.

En el gimnasio. Libby estuvo media hora en la bicicleta estática, y luego veinte minutos más en la cinta de correr. Terminó a velocidad de paseo y finalmente se bajó contenta de haber ejercitado el cuerpo al máximo. Cuando terminó, Lois la llevó a la zona de las pesas.

—¿Más?

—Soy una entrenadora dura —dijo ella con una sonrisa.

—¿No me digas? —preguntó Libby con sarcasmo.

—Vamos, Cameron, puedes hacerlo.

Durante quince minutos más, estuvieron levantando pesas hasta que Libby sintió que los brazos eran como espaguetis demasiado cocidos.

—Lo has hecho muy bien, amiga —concedió Lois quitándole las pesas—. Te mereces un premio.

—Al menos.

Estiraron un poco y se pusieron los abrigos. Lois tomó a Libby del brazo y la acompañó a una cafetería cercana.

—Te invito a un capuchino.

—Bien. Quiero uno gigante.

—¿Te vas a vengar por haberte torturado?

—Algo así.

Aparte de en el colegio, Libby se dio cuenta de que apenas había visto a Lois últimamente. Desde el día de la iglesia, no habían hecho nada juntas, solas las dos. Lois regresó de la barra con dos tazas humeantes.

—Aquí tienes —dijo posando la taza de Libby frente a ella—. Considéralo una ofrenda de paz.

—Sinceramente, tengo que decirte que me siento mejor ahora de lo que me he sentido en semanas —dijo Libby con una gran sonrisa—. El ejercicio me ha hecho bien.

—Me alegro. Parecías agotada los últimos tres días.

Tenía que decirle un amigo una amarga verdad.

—¿Por algún motivo en particular?

Libby sabía que podía evitar la pregunta con una broma, pero necesitaba una opinión objetiva de su situación y ¿quién mejor que Lois? Asintió finalmente.

– Varias empezando por el hecho de que he roto con Doug.

– ¿De veras? – preguntó verdaderamente sorprendida—. Sabía que las cosas iban a complicarse con tu ex en la ciudad, pero estabas loca por los Travers.

– Así es. Me gustan todos pero al parecer no puedo enamorarme de Doug y Dios sabe que lo he intentado.

– ¿Cómo se lo tomó?

– ¿De qué otra forma podría? Como el caballero que es. Pero estoy segura de que le he hecho daño – dijo Libby rozando con los labios la espuma de su capuchino.

– Cariño, pero es mejor que descubrir después que has cometido un error.

– Eso es lo que pensé.

Excepto por la música de fondo del local y las conversaciones lejanas de los ocupantes de varias mesas, reinaba la tranquilidad.

– Creo que tengo que hablar de Trent – añadió Libby tras pensarlo un momento.

– Te escucho.

Fue todo lo que dijo Lois pero fue más que suficiente. Sin orden ni concierto, Libby le habló de todas las veces que Trent y ella habían estado juntos y cómo sus sentimientos hacia él se habían reavivado. Le habló también de lo cariñoso que era con Kylie y el padre responsable y dulce en que se había convertido. De lo maduro que lo había encontrado. Pero también le habló de su miedo a decepcionarla de nuevo.

– No soy quién para juzgar, pero nunca me has contado por qué te divorciaste de él.

– ¿Incompatibilidad? – el tono de Libby sonó como una pregunta con la esperanza de que fuera suficiente, aunque sabía que tenía que confesarlo todo.

– No me lo creo – dijo Lois—. No cuando veo cómo se te ilumina la mirada cuando mencionas su nombre.

– No puedo evitarlo – dijo Libby sintiendo que se sonrojaba—. Quiero creer que ha cambiado.

– ¿Y eso qué significa?

Había llegado el momento de confiarle todo a su amiga.

– Cuando nos casamos, tenía una noción totalmente idealizada de cómo debía de ser un marido. Trent era vivaz y aventurero. Me encantaba. Me parecía muy masculino. Pero también quería tenerlo a mi lado. Me imaginé una casa llena de niños y a nosotros como unos padres abnegados. Así que me encontré rebosante de felicidad cuando descubrí que estaba embarazada – se detuvo, reticente a continuar.

– ¿Y Trent?

—Era joven. La paternidad le resultaba abrumadora. No se veía como padre. Aquello me dolió. Toda mi vida había deseado tener hijos. El avión de mi padre se estrelló cuando yo era muy pequeña y mi madre murió cuando tenía seis años. El único padre que he tenido —si es que se lo puede llamar así— ha sido el senador.

Percatándose de la nota de acritud en las palabras de su amiga, Lois levantó una mano.

—Ya me he dado cuenta de que te resulta difícil llamarlo padrastro.

—Me aguantaba nunca me faltó nada, pero no me quería. Ni siquiera estoy segura de que le gustara.

—La responsabilidad para Trent era grande sí. Tenía muchos huecos que llenar.

—¿Qué quieres decir?

—El marido perfecto. El padre perfecto.

Libby miró a su amiga y asintió con tristeza.

—Cuatro palabras te han bastado para llegar a la raíz del problema. Esperé que Trent pudiera hacer realidad todo. Que fuera el marido ideal y también el padre de unos hermosos niños con los que formar la maravillosa familia que soñaba.

—Vamos, que lo que buscabas era un papá.

—Supongo que sí. Unas expectativas demasiado altas para un chico de veintidós años.

—¿Y te falló?

—Eso pensé en aquel momento —Libby no podía de tenerse—. Perdimos a nuestro bebé. Estaba convencida de que el mundo había acabado para mí pero Trent no podía comprender por qué estaba tan triste —vaciló un momento. No estaba segura ya de que los recuerdos que durante tanto tiempo había alimentado reflejaban lo que verdaderamente había ocurrido—. Dijo que siempre podríamos tener otro hijo.

—¿Y no era así?

—Supongo que sí pero la sola idea me pareció muy fría. E insensible. Como si ya hubiera olvidado al bebé que acabábamos de perder.

—¿Qué te hace pensar que ha cambiado?

Libby pasó el dedo por el borde de la taza y se chupó el dedo de espuma antes de responder.

—Kylie.

—Es una niña muy inteligente —admitió Lois.

—Y Trent la adora.

—Así que es un buen padre después de todo.

—Eso espero.

—¿Habéis hablado del hijo que perdisteis?

– Un poco.

– Suena como si la herida no se hubiera cerrado del todo. ¿Habéis pensado en celebrar una misa en su memoria? Algo privado, quiero decir.

– ¿Qué? – preguntó Libby levantado la vista sorprendida.

– Durante mucho tiempo, la gente no se ha percatado de la importancia de recordar a los niños perdidos tras un aborto no intencionado. Recientemente, sin embargo la iglesia ha llegado a la conclusión de que toda esa pena acumulada puede prolongarse durante años. Una misa es una forma de reconocer la pérdida y comenzar así a cerrar la herida. Trent y tú podríais considerar la idea en un momento dado.

– Tiene sentido. He llorado su pérdida desde entonces. Y siempre lo haré. Una misa... – se preguntó si serviría de algo –. Lo pensaré.

– Podría ser una manera de preparar el camino para celebrar un nuevo embarazo.

– ¡Oye! Eso es ir demasiado rápido aunque sí, me gustaría tener hijos. Una familia – dijo Libby sonriendo.

– Serías una madre maravillosa – dijo Lois tomando la servilleta y la taza, pero antes de levantarse para marcharse añadió un comentario final –: Y una madrastra maravillosa – dijo guiñándole un ojo –. Te echo una carrera al aparcamiento.

Y por increíble que pueda parecer eso es lo que hicieron, sin importarles estar haciendo el ridículo. El aire puro azotaba el rostro de Libby y tenía la respiración entrecortada, pero no le importaba. Se sentía libre.

O eso había pensado hasta que llegó a casa y escuchó el mensaje en el contestador. Una fría voz, la de Jeremy Kantor, solicitaba una entrevista con ella. Cerró los ojos con fuerza mientras escuchaba el motivo de la visita: hacer un viaje a su relación pasada y presente con su padrastro.

Se preguntaba lo implacable que podría llegar a ser ese reportero. Desde luego no tenía ningún derecho a husmear en su vida ni a perseguirla para sonsacarle asuntos que estaban mejor ocultos. Aunque Vernon le había advertido en contra de él, había esperado poder evitar la entrevista. Siempre podía negarse pero eso no haría sino aumentar las sospechas sobre Vernon, mientras que si la concedía sería ella la única responsable de una verdad censurada. Una verdad que no quería recordar.

Después de la buena mañana que había pasado, esperaba que el estrés de la pasada semana hubiera desaparecido. Sin embargo, una sencilla llamada había bastado para someterla de nuevo a un terrible estado de nervios.

Entró en su habitación, se quitó la ropa de entrenar, y se metió en la ducha. Durante diez minutos, permaneció allí, dejando que el agua resbalara por sus músculos doloridos. Aunque reticente, al cabo de un rato salió y se secó, envolvió el pelo en una toalla y se acercó al armario para buscar la bata. Mona estaba estirada a

los pies de la cama, la cabeza levantada y sus ojos verdes clavados en Libby como si pudiera percibir el desequilibrio emocional de su dueña.

Entonces sonó el timbre y Libby dio un salto. Atándose el cinturón de la bata, se puso las zapatillas y se dirigió a la puerta preguntándose si sería algún boy scout vendiendo palomitas o entradas para un concurso de talentos. Cuando vio que era Trent, se sorprendió al notar la oleada de calor que le subía al rostro. Abrió la puerta y se hizo a un lado para dejarlo entrar.

— Entra.

Este atravesó el umbral y se detuvo consciente de su estado de semi desnudez.

— Yo... ¿Te pillo en buen momento?

— Acabo de salir de la ducha — dijo ella cerrando la puerta—. Espera un momento. Voy a cambiarme.

Trent la tomó por la muñeca entonces y con voz seductora le hizo una sola pregunta.

— ¿Por qué?

Libby se giró para mirarlo consciente de que su piel desnuda estaba cubierta por un fina capa de tela.

— No lo sé.

— Yo tampoco — dijo él rodeándola con los brazos e inclinándose un poco sobre ella le besó el cuello y después le mordisqueó el lóbulo de la oreja—. Qué bien hueles.

Sujetándole las solapas del abrigo, Libby se puso de puntillas y le dio un leve beso en la mejilla.

— Creo que esto no es una buena idea.

— Dame una razón.

Por mucho que quisiera, no se le ocurría ninguna razón, especialmente cuando sentía la piel arrebatada y las piernas temblorosas. Sin aliento, cometió el error de mirarlo a los ojos en los que se reflejaba su propio, y arrollador, deseo.

— No puedes, ¿verdad? — susurró él metiendo los dedos bajo la toalla que le sujetaba el cabello e introduciendo los dedos en la mata húmeda—. Eres tan hermosa...

No pudo hacer nada para evitar perderse en el aroma, la sensación, la cercanía de Trent. Y se besaron. Sólo cuando notó que la bata se abría retrocedió y se tapó con dedos temblorosos.

— Trent, creo que no estoy preparada.

Trent la miró divertido.

— Sí que lo estás. Igual que yo, ¿no crees?

– Vamos demasiado rápido – dijo ella consciente de que sus palabras se debían a su estado de evidente confusión—. Y esta vez hemos acordado que se trataría de algo más que... – se sonrojó – ya sabes. Quiero decir que sólo han pasado unos días. Tenemos que superar demasiadas cosas. No deberíamos complicar la situación con...

– Puedes decirlo, Lib. Sexo – sonrió con maldad –. Pero tienes razón. Esta vez va a ser algo más. Y sólo ocurrirá cuando estés preparada. Así que... – la tomó por los hombros y haciéndola girar sobre sí misma la despidió dándole un cachete en el trasero – corre a vestirte.

Libby entró en el dormitorio sin saber si sentía alivio o decepción. Se puso unos vaqueros y una camisa de felpa y bajó al salón donde encontró a Trent sentado en el sofá acariciando a Mona.

– Parece que han pasado siglos desde el miércoles por la noche – dijo éste.

– Lo sé – dijo ella enroscándose en el extremo del sofá –. Gracias por darme tiempo. He roto con Doug.

– ¿Qué tal fue?

– Bien – respondió ella encogiéndose de hombros.

– La decisión que hemos tomado está afectando a mucha gente, ¿verdad?

– Doug, Kylie.

– Y los padres de Ashley – dijo él tomándole la mano –. Tengo que advertirte. Están molestos. Georgia sobre todo. Gus tiene una opinión más abierta, pero ambos están preocupados. Georgia piensa que Kylie olvidará a su madre.

– Pero no dejaremos que ocurra eso.

– Eso es lo que les dije.

– Están muy asustados. Y lo entiendo. Kylie es lo único que les queda de Ashley. ¿Conseguiste tranquilizarlos?

– Espero que tú puedas ayudarme.

– ¿Yo?

– Han aceptado conocerte. Si tú estás preparada, claro. Kylie también estará allí.

Jeremy Kantor pasó a un segundo término. Los padres de Ashley representaban un desafío formidable e inevitable. Si tenía algún futuro con Trent y Kylie, habría que incluirlos. ¿Qué tipo de relación sería cuando ellos estuvieran delante?

– ¿Lib?

Quería esconderse bajo las mantas como una niña pequeña huyendo del hombre del saco.

– ¿Vendrás a la cabaña a cenar esta noche? ¿A conocerlos?

Apoyó la frente en las rodillas. Aunque reticente, se daba cuenta de que los finales felices de los cuentos de hadas sólo ocurrían tras el enfrentamiento con las brujas y los dragones. Sólo había una respuesta para Trent.

—Sí.

Capítulo 10

— ¿Papa, cómo se escribe «Georgia»?

Trent levantó la vista de lo que estaba cocinando, Kylie estaba inclinada sobre la mesa con un lápiz rojo en la mano.

— Estoy haciendo carteles con los nombres para la fiesta.

— Puedes poner sólo «abuela».

— Sí pero la señorita Cameron no la llamará abuela — se rió Kylie.

Trent la ayudó con el deletreo mientras terminaba de preparar la pasta para la cena. Kylie albergaba grandes expectativas para la cena que tras el debate interior, había decidido celebrar en la cabaña. Kylie estaría en su elemento, y el ambiente resultaría más acogedor para la conversación que el elegante Alpine Lodge o un ruidoso restaurante. Espolvoreó queso parmesano rallado en la fuente y la metió en el horno. La comida olía muy bien pero Trent no tenía demasiado apetito.

Weezer le había llevado dos barras de pan recién horneado y también un consejo: «Todo a su tiempo, hijo».

A las seis menos cinco, la mesa estaba preparada y las tarjetas de Kylie indicaban el sitio de cada uno. La ensalada ya preparada estaba en el frigorífico y el aroma de salsa marinara y queso fundido llenaban la casa. Trent que se había cambiado la camisa salpicada de tomate por un jersey de cuello alto de color verde, esperaba ansioso junto a la ventana. Kylie hacía guardia bastante nerviosa junto a la puerta.

— Estoy deseando que los abuelos conozcan a la señorita Cameron. Sé que les va a gustar, ¿no crees?

— Sí, claro — contestó Trent sin demasiada fe.

A las seis en punto, se vieron unas luces acercándose a la casa.

— Es ella, es ella — gritó la niña hecha un manojo de nervios—. Es el coche de la señorita Cameron.

Trent sintió un nudo en la garganta. Amaba a Libby y deseaba que aquello saliera bien, que los Chisholm vieran en ella lo mismo que él. Pero, tenía que admitir que les iba a resultar difícil ver más allá del fantasma de Ashley.

— Justo a tiempo — dijo él abriendo la puerta.

— Es la profesora que llevo dentro — confesó Libby mirando interrogativamente.

— No han llegado todavía.

— Hola, señorita Cameron. Ven a ver las tarjetas que he hecho con los nombres.

Y sin darle tiempo siquiera a rozar sus dedos para desearles suerte, Kylie la tomó del brazo y la condujo a la mesa.

Trent las siguió y, admiraron juntos el buen trabajo de la niña. Le puso las manos en los hombros y el acto en sí lo ayudó a encontrar valor. Entonces Libby se giró para mirarlo con unos ojos llenos de calidez y amor.

—Superaremos esta prueba, ya lo verás —susurró.

Lo sorprendió la forma en que Libby había intuido su preocupación como nunca antes había ocurrido, como si años atrás sus caminos se hubieran separado y ahora volvieran a unirse.

—Sí —murmuró él.

—Oigo un coche, papá —dijo Kylie corriendo al porche—. Ya están aquí.

—¿Estás segura? —preguntó Trent a Libby antes de acercarse a la puerta.

—Todo lo que cabría estar —dijo ella con una débil sonrisa.

Kylie tomó a su abuela de la mano y la empujó dentro del salón. Gus las siguió a las dos.

Después de quitarse los abrigos y de los saludos de rigor, Georgia echó un vistazo a la habitación.

—Pequeña —dijo.

Trent no pudo evitar autocensurarse. ¿Por qué no habría optado por un restaurante neutral?

—Nosotros preferimos decir que es «acogedora».

—Me recuerda a la pequeña cabaña que tenía mi padre cuando iba a cazar —terció Gus.

Trent posó la palma de la mano en la espalda de Libby.

—Georgia, Gus, me gustaría presentaros a Libby Cameron.

—Es mi profesora —dijo Kylie orgullosa.

—Señorita Cameron —dijo Gus avanzando un paso y tomando su mano sin añadir «encantado de conocerla».

—Un placer —dijo Libby mirando a continuación a Georgia con una sonrisa—. Señora Chisholm, Kylie me habla siempre muy bien de usted. Estaba deseando conocerla.

—Sí, bueno, se puede decir que estoy muy unida a mi nieta —dijo Georgia tras un ligero titubeo.

Trent cruzó los dedos tras la espalda, desesperado por aparentar serenidad. Afortunadamente, Kylie —ajena a toda tensión— salvó el instante.

—Abuela, ven a ver mi habitación. Y mis Barbies —dijo la niña sin perder de vista la bolsa de regalo que llevaba su abuela en la mano—. Tu también, señorita Cameron.

Libby lanzó una rápida mirada hacia Trent, que respondió con un asentimiento con la cabeza para darle ánimo.

– Discúlpeme, señor Chisholm – dijo Libby antes de abandonar el salón con Georgia y Kylie.

– Te apetece algo de beber? – preguntó Trent.

– Un whisky.

Trent preparó la copa para su suegro y se abrió una cerveza para él.

– Salud – dijo entrechocando los vasos.

– Conocernos va a llevar su tiempo – dijo Gus mirando hacia el pasillo que conducía a las habitaciones.

– Lo sé.

– Naturalmente, como abuelos, nos preocupa primordialmente el bienestar de Kylie.

– Así debería ser. Si le dais a Libby una oportunidad, creo que ella sabrá cómo aprovecharla.

– Por eso estoy aquí. Para verlo – dijo el hombre mayor dando un sorbo—. ¿Pero Georgia? No lo sé. Espero que ella pueda considerar la situación con amplitud pero no apostaré. Todavía llora la muerte de Ashley. Supongo que los dos lo hacemos. Probablemente sea siempre así.

– Comprensible – dijo Trent—. Pero para Kylie y para mí, la vida continúa.

– Sólo esperamos que no queráis hacerlo sin nosotros – dijo Gus rodeando a su yerno por los hombros.

Era imposible no captar la nota de miedo en la voz del hombre.

– No ocurrirá. Siempre seréis parte de esta familia.

Gus sólo pudo contestar con un asentimiento, porque fue incapaz de encontrar la voz.

Libby se quedó en la puerta de la habitación de Libby, sintiéndose invisible, el corazón en un puño. Georgia se sentó en el borde de la cama y ayudó a Kylie a desnudar a la última Barbie de la colección, una princesa con un vestido brillante. Alineadas en el suelo junto al armario había, al menos, un docenas de aquellas glamurosas muñecas.

Kylie se giró hacia Libby y señaló el despliegue.

– Siéntate y elige una – Kylie se sentó en el suelo y señaló hacia su abuela para que se sentara a su lado—. Vamos a jugar a las Barbies.

Georgia frunció el ceño levemente como si no estuviera segura de querer tenerla a su lado, pero se sentó y cruzó las piernas. Libby seleccionó una Barbie enfermera mientras que Georgia optó por una vestida de chef.

– Yo me quedo con ésta – anunció Kylie sosteniendo la nueva adquisición—. Es preciosa. La llamaré Ashley. Como mamá.

– ¿Recuerdas a mamá? – preguntó Georgia dando un respingo.

– Claro que sí. Le he hablado de ella a la señorita Cameron, ¿a que sí?

– Sí que lo has hecho – Libby buscó la mirada de Georgia—. Su hija debió de ser una mujer muy hermosa. Siento mucho su pérdida.

Georgia se puso rígida como si estuviera intentando mantener el control. Se limitó a asentir con la cabeza en señal de reconocimiento.

Kylie levantó en sus manos a Ashley.

– Es la reina y quiere que la enfermera y la chef se hagan amigas. ¿Verdad, Ashley? – dijo haciendo señales a las muñecas de Georgia y Libby—. Ahora os abrazaréis.

Durante un momento, Libby pensó que la otra mujer se negaría pero finalmente dejó que su muñeca abrazara a la de Libby.

– Hola – murmuró Libby—. Encantada de conocerla.

– ¿Cómo está? – respondió Georgia.

– Bien – dijo Kylie—. Y ahora, ¿quién empieza? Quiero que las dos le digáis a Ashley lo que más os gusta de ella – sonrió—. Le gusta oír por qué es la mejor reina.

Libby miró la cara pintada de la muñeca enfermera e hizo que se acercara a Ashley. Georgia se sentó con la cabeza gacha sujetando a su muñeca entre los dedos.

– Eres la mejor reina – comenzó Libby—, porque tienes buen corazón y por eso todo el mundo que te conoce te quiere y nunca, nunca te olvidará.

Kylie se giró expectante hacia su abuela. Cuando Georgia alzó la mirada. Libby vio el brillo de las lágrimas en sus ojos grises y sólo pudo imaginar el esfuerzo que aquel juego debía de estar suponiendo para ella. Libby sintió mucha lástima. Aquella mujer que deseaba a toda costa conservar la máscara puesta estaba sufriendo.

– Reina Ashley... – comenzó pero se detuvo para aclararse la garganta—. Reina Ashley, eres muy hermosa, por dentro y por fuera.

Kylie hizo que la muñeca se doblara en una inclinación y, con reluciente sonrisa, añadió sus propios cumplidos.

– Y lo mejor de todo, Reina Ashley eres la mejor mamá que conozco.

Libby no pudo contenerse. Extendió la mano y apretó la de Georgia.

– Su hija Ashley debió de ser una mujer extraordinaria – dijo con suavidad.

– Lo fue – murmuró Georgia y al momento su rostro recuperó su habitual expresión impasible.

Trent dejó a Gus disfrutando de su bebida y se acercó al pasillo.

– ¿Las señoras quieren beber algo? ¿Vino, cerveza...?

Kylie levantó la vista.

– Está bien – dijo a las dos mujeres –. Yo me quedaré jugando a las muñecas y vosotras podéis ir a hablar de cosas de mayores.

Las dos lo siguieron hasta el salón, donde se sentaron en extremos opuestos del sofá. Gus habló del tiempo y Libby, por su parte, los informó de la evolución favorable de Kylie en el colegio.

– Libby ha estado dándole clases extra para mejorar la lectura – dijo Trent mientras ofrecía a cada mujer una copa de vino.

– No sabía que tuviera problemas – dijo Georgia con expresión sorprendida.

– No es extraño que un niño experimente un retroceso en su aprendizaje tras la muerte de un padre. Pero suele ser temporal – explicó Libby –. Ya está progresando.

– Entonces debemos agradecersele – dijo Gus.

– No es necesario. Ha sido un placer – dijo Libby sonriendo.

De nuevo silencio y todos decidieron beber al unísono. Trent sacó un taburete de la cocina y se sentó en él en el centro de la reunión.

– Tal vez nos relajemos si admitimos que es una situación extraña para todos.

Libby no necesitó más que una mirada para agradecerle el intento.

– Ya os he contado un poco mi historia con Libby y mis sentimientos hacia ella. Nos hemos vuelto a encontrar y planeamos pasar más tiempo juntos, ver cómo van las cosas. De ninguna manera olvidaré a Ashley. Ella fue muy importante en un momento de mi vida.

– Y yo no quiero que lo hagas – dijo Libby.

Gus lo miraba interesado pero Trent no tenía idea de lo que estaría pensando Georgia.

– Libby es una gran persona. Kylie está loca por ella. Explorar un poco la relación tiene sentido para todos nosotros.

– ¿Pero Kylie...? – la voz de Georgia se entrecortó.

Fue Libby quien tomó el hilo de la conversación.

– Lo que Kylie necesita es sobre todo estabilidad y armonía. Sé que la idea de que Trent y yo estemos juntos tiene que ser muy difícil para usted. También soy consciente de lo mucho que amaba a su hija y de que Trent es mejor persona ahora, después de haberla conocido. Lo admiro por ello. Yo también perdí a mi madre cuando era una niña y sé lo que siente Kylie. Le aseguro que nunca la olvidará. Yo no he olvidado a la mía.

Un silencio siguió a las palabras de Libby y Trent se vio incapaz de llenarlo. En ese momento, la alarma del horno saltó, lo que fue un alivio porque le permitió alejarse de la conversación para ir a ocuparse de la cena. Libby se ofreció a ayudarlo y Trent le pasó la ensaladera y la botella con el aliño. Kylie apareció con su Reina

Ashley y los Chisholm centraron toda su atención en la niña. Trent tenía dificultades para respirar.

La cena habría sido un desastre de no ser por la actitud inocente de Kylie. Daría lo que fuera por poder ver el mundo a través de los ojos de su hija. Para ella aquello era una reunión de personas que la querían y, desde su limitada perspectiva, lo normal era que todos se llevaran bien.

Cuando Gus empezó a hacerle a Libby algunas preguntas sobre su vida, la cena casi había terminado. Georgia miraba el plato mientras Libby hablaba hasta que finalmente levantó la cabeza.

—¿Por qué te casaste con Trent?

Trent sintió mal cuerpo. Aquella pregunta trajo a su memoria el enfado monumental de Georgia al enterarse de que su hija iba a casarse con él, con o sin su permiso.

Libby no se anduvo por las ramas y, para total satisfacción de Trent, se limitó a una simple declaración:

—Porque lo amaba.

—Por lo que parece el amor no duró mucho. ¿Por qué? —preguntó Georgia con una mueca de desprecio.

Con una elocuente mirada en dirección a Kylie Gus intervino.

—Dejemos este tema para otro momento —y a continuación se giró hacia su nieta—. Y dime, señorita, ¿qué tal en el colegio? La señorita Cam... digo. Libby, dice que cada día lo haces mejor.

Mientras Georgia volvía su atención al plato y Trent rogaba porque la cena acabase pronto, Kylie empezó a contar con profusión de detalles las maravillas de estar en segundo curso.

—¿Y sabéis una cosa? Desde que hemos venido a vivir aquí he aprendido a esquiar.

—¿Esquiar? —Georgia miró a Trent con furia—. ¿Por qué? Es demasiado joven. Esquiar es peligroso. Pero es muy propio de ti, Trent —dijo con total desprecio—. Sólo tú tienes necesidad de probar todas esas endiabladas cosas, pero no dejaré que mi nieta comparta tu idea de la diversión —la última palabra salió de su boca como una acusación—. A este paso, ¿qué será lo próximo? ¿Parapente?

—Los niños empiezan a esquiar a temprana edad por esta zona —terció Libby en defensa de Trent.

—Kylie no es una niña cualquiera —contestó Georgia con irritación—. He perdido una hija y no puedo estar de acuerdo con que mi nieta aprenda a esquiar. No hasta que sea más mayor.

Kylie giraba la cabeza de un adulto a otro.

—Pero a mí me gusta esquiar —dijo con decisión.

—No hay nada más que hablar —dijo Georgia—. Eres mi nieta y te lo prohíbo.

Trent había llegado al límite de su paciencia. Dejó la servilleta en la mesa y se puso en pie.

—Este no es lugar para que prohíbas o permitas nada. Georgia. El padre soy yo.

Con los labios apretados, Georgia miró a los demás. Cuando Gus extendió la mano para tomar la suya, Georgia la retiró.

—Cariño, Trent tiene la ley de su parte, y estoy seguro de que no tiene ninguna intención de poner a Kylie en peligro.

—Él nunca ha sido un hombre responsable —dijo Georgia levantándose—. Siempre recorriendo las montañas arriba y abajo, dejando a su mujer y a su hija para surcar los rápidos con sus amigos. Siempre le importó más su propia diversión que el bienestar de Ashley y Kylie.

—Eso no es cierto y me molesta que lo digas —dijo Trent rodeando encolerizado la mesa. A lo lejos oyó la voz de Gus pidiendo calma.

—Sentaros los dos. Estoy seguro de que podemos comportarnos como personas civilizadas.

—Ese es el problema —acusó Georgia—. ¿Desde cuándo se ha comportado Trent como una persona civilizada?

—¡No so peleéis! —gritó una vocecilla.

Perplejo, Trent se dio la vuelta. Las lágrimas surcaban las mejillas de Kylie.

—Tesoro —dijo acercándose a su silla y tomándola en sus brazos. Georgia tuvo la decencia de mostrarse avergonzada. Por el rabillo del ojo, Trent se dio cuenta de que Libby doblaba la servilleta y la dejaba sobre la mesa.

—No estamos peleando, cariño, sólo discrepamos —dijo Gus.

—Me parece que será mejor que me vaya —dijo Libby poniéndose en pie—. Pero antes, tengo algo que decir. Quiero mucho a Kylie. Cuando era niña, me quedé sin familia, igual que ella. Todos la queréis. Merece lo mejor y eso significa dejar a un lado vuestras diferencias en beneficio suyo —se acercó a Trent y puso un mano en su brazo, al tiempo que besaba la mejilla mojada de Kylie—. Buenas noches, cariño. Nos vemos el lunes en clase bien temprano. ¿De acuerdo?

—Vale —contestó la niña entre sollozos.

—Sé dónde está la salida —dijo a continuación mirando a Trent—. Ocúpate de tus invitados. Gracias por la cena.

De espaldas a los Chisholm, sólo él pudo ver el brillo de las lágrimas en sus ojos. Verla marchar era lo más difícil que había tenido que hacer en mucho tiempo. Quería correr tras ella y tomarla en sus brazos. Agradecerle la nota de dignidad que le había puesto a la velada.

—¿Papá?

Ajeno a la presencia de sus suegros, miró los ojos enrojecidos de su hija.

—¿Qué preciosa?

– Quiero mucho a la señorita Cameron. ¿Tú no?

– Yo también.

– ¿Y podré volver a esquiar?

Trent miró a Georgia durante un momento antes de contestarle con toda la ternura de que fue capaz.

– Por supuesto.

Antes de encender el contacto del coche, Libby se sentó en el coche repasando lo que había ocurrido en la cena. No había esperado una bienvenida calurosa por parte de los Chisholm y la tensión se había hecho evidente desde el principio, aunque tras el juego con las Barbies se había sentido optimista. Sin embargo, el trato de Georgia hacia Trent con el tema del esquí la había dejado perpleja. No había excusa para semejante comportamiento delante de Kylie. La súplica de la niña se le había quedado grabada en la memoria.

Libby encendió el coche y salió a la calle. El viento vapuleaba las copas de los árboles al igual que Kylie debía de sentirse en medio del fuego cruzado entre unos adultos con diferentes expectativas de la vida.

A medio camino, Libby no pudo evitar pensar si no habría cometido un terrible error. Los Travers eran buenas personas, comprensivas. Al contrario, la dinámica entre los Chisholm y Trent era difícil. ¿Habría alguna posibilidad de formar una familia después del desastre de la noche? ¿Había cambiado Trent realmente? Le resultaba difícil ignorar las acusaciones de Georgia refiriéndose a sus excursiones con los amigos que no hicieron sino agudizar sus antiguas inseguridades. Suspiró. ¿Hasta que punto era importante para ella formar una familia? ¿Sería capaz de conseguirlo algún día, especialmente con aquel hombre?

Cuando llegó a casa, se había calmado lo suficiente para comprender que tenía dos opciones. Podía desaparecer de la escena para que la paz entre los Chisholm, Trent y Kylie volviera a reinar, y de paso protegerse. O... podía quedarse y luchar por el hombre al que amaba y por la familia que esperaba formar junto a él.

No tenía dudas. Los Chisholm estaban hundidos por la pérdida de su hija. Si elegía quedarse junto a Trent, no le resultaría fácil ganarse su confianza. Tal vez fuera imposible.

Pero no podía seguir engañándose. En su vida ya había tomado antes la vía fácil. Dos veces. Una vez cuando tenía dieciocho años, una época que no deseaba revivir, y la otra, con su divorcio.

No volvería a hacerlo. Si no se enfrentaba a los desafíos, pondría en peligro el bien más precioso que uno podía desear: el amor.

Mientras Georgia metía a Kylie en la cama, Trent retiró los platos de la mesa y se reunió con Gus en el salón. No veía el motivo para evitar lo obvio.

— Parece que he estado un poco torpe.

— ¿Qué quieres decir? — preguntó Gus.

— Sabía que los dos os disgustasteis cuando Kylie y yo nos mudamos. Tal vez no debería haber empezado con Libby tan pronto.

— No voy a engañarte. Me resulta extraño verte con otra mujer. Georgia lo está pasando peor. Se aferra al recuerdo de Ashley y le resulta difícil aceptarlo — suspiró—. Pero supongo que deberíamos haber estado preparados para ello. Eres joven. No podemos esperar que llores su falta toda la vida. Somos sobreprotectores con Kylie y admito que tengo mis reservas. Si Libby y tú os divorciasteis una vez, sería por algo. ¿Qué podría evitar que volvieran a surgir las dificultades?

— No era el hombre adecuado para ella en aquel momento — contestó Trent al pensar que Gus podía tener razón en cierta manera—. Pero ahora no somos las mismas personas.

— ¿Y cómo es eso?

— Por una parte, ahora nos comunicamos más abiertamente.

— ¿Y?

— Mi vida lleva un rumbo. Tengo un trabajo que me emociona.

— ¿Y Kylie?

— Está adaptándose. Cuando encontremos una casa propia, será todavía mejor. Ha hecho amigos. El colegio no es fácil. Libby y ella están muy unidas.

— El hecho de que se lleve bien con tu hija no es motivo suficiente para volver a salir con tu ex mujer.

— Eso es un extra pero hay una razón mucho más poderosa.

— ¿Cuál?

— Que la amo — dijo él consciente de que no podía perder nada por decir la verdad.

— En ese caso, no tenemos más opción que tomarlo lo mejor posible. Pero tendrás que darnos tiempo hijo — su voz se entrecortó—. No queremos perderos a Kylie y a ti. Yo no quiero.

— Gracias, Gus — dijo Trent aliviado.

— ¡Papá! — seguida por Georgia, Kylie entró en el salón con su pijama de franela—. La abuela me ha contado una historia de cuando mamá era pequeña. Participaba en un concurso de baile y llevaba un precioso... ¿Cómo se llama, abuela?

— Tutú.

— Sí, un tutú. La abuela todavía lo tiene y cree que me valdrá. Me lo va a enviar para que yo también esté preciosa.

– Nunca olvidaremos a Ashley. Te lo prometo – Trent miró a su suegra.

Georgia permaneció en silencio como si estuviera digiriendo sus palabras pero no dejó de mirarlo. Tras un indeciso gesto de asentimiento, se dirigió a su marido.

– Estoy cansada, Gus. Será mejor que nos vayamos.

Tras dar un beso de buenas noches a su nieta, salieron de la cabaña y Trent la metió en la cama.

– ¿Papá?

– Sí.

– ¿Por qué no les gusta a los abuelos la señorita Cameron?

– No es eso – trataba de encontrar la mejor forma de explicárselo –. Están acostumbrados a pensar que nuestra familia la formábamos mamá, tú y yo. Quieren que seamos felices pero es duro para ellos vernos con otra mujer aunque sea maravillosa como Libby. Tendrán que acostumbrarse a la idea y les llevará tiempo.

– Pero lo harán ¿verdad? – el miedo en su voz le partió el corazón.

– Sí, tesoro, lo harán.

– Bien – dijo poniéndose de lado y, enrollando los dedos en el borde de la manta, se la puso debajo de la barbilla –. Buenas noches, papá.

– Buenas noches. Te quiero – dijo él besándola en la mejilla.

– Yo también – susurró ella.

Libby no podía dejar de sonreír. Trent fue a verla después de su reunión con el equipo de rescate al final de la semana.

– No puedo malgastar una canguro – dijo tomándola en sus brazos.

Se sentó en el suelo con la espalda pegada al sofá, montones de recortes de papel rojo entre las piernas. Libby miró su cara de concentración mientras recortaba cuidadosamente corazones para el día de San Valentín. Ella recortaba tiras de lazo blanco.

¿De verdad crees que los niños de segundo pueden estar enamorados a esa edad?

Libby le tiró un trozo de papel rojo.

– Hay que enseñarles desde que son pequeños.

Trent extendió la mano y le acarició el muslo.

– Yo no estoy tan seguro. A mí me gusta que me enseñes ahora que soy mayor.

– Tú nunca fuiste especialmente moldeable – dijo ella tratando de concentrarse con la mirada abrasadora de Trent sobre ella.

– Inténtalo – dijo él dejando las tijeras el suelo y, acercándose a ella, le acarició la mejilla.

Libby notó el cosquilleo del deseo en la nuca. Se puso de rodillas y lo abrazó.

– ¿Ves? – murmuró—. A eso me refiero. No usas palabras románticas, ni susurras frases de amor. Vas directo al grano. «Inténtalo» – imitó ella y, tomando el rostro de Trent en sus manos, lo llevó contra su pecho al tiempo que se ponía sobre los talones—. No es suficiente, señor.

– De acuerdo. A ver qué te parece – Trent le tomó las manos—. Dulce dama, ¿te apiadarás de esta pobre alma que te adora y aceptarás ser su Valentín ahora y siempre?

– No está mal para empezar – dijo ella inclinando la cabeza.

– Dama de lindos ojos, estoy indefenso. Soy un pelele enamorado en tus manos.

– No me creo ni una palabra – dijo ella tratando de no reírse.

– ¿Qué te parece esto? – Trent se estiró en el suelo y la arrastró hasta ponerla encima de él—. Estoy perdidamente enamorado.

Notar el calor de su cuerpo, firme y musculoso, bajo el suyo, le recordó lo bien que encajaban.

– Uhhh. No está mal – murmuró ella.

Sin dejarla escapar, Trent giró hasta que quedaron de lado los dos. La miró con amor y Libby no pudo evitar un escalofrío de expectación.

– No te rías, Lib. Te amo. Simplemente.

Una chispa bastaría. Tenía que ser responsable. Incorporándose, se estiró y tomó un corazón de papel.

– Toma. Aquí tienes mi corazón. Seré tu Valentín.

Trent se incorporó también, una sonrisa triunfal le iluminaba el rostro.

– ¿Lo ves? Soy totalmente moldeable.

– Puede que no quiera que seas «totalmente» moldeable – dijo ella sonriendo.

– Vaya a la chica le gusta el macho después de todo – dijo él con un gemido.

¿Gustarle? El macho que sabía había en aquel hombre la estaba haciendo temblar al pensar en lo que vendría después.

– Puede – dijo ella pasándole las tijeras—. Pero ya has cumplido tu palabra, así que vamos a trabajar.

– Me vuelves loco, ¿lo sabías?

– Definitivamente moldeable – concluyó ella.

Durante unos minutos más, trabajaron sin hablar, la música de Wynton Marsalis por todo acompañamiento.

– Llevaré a Kylie a esquiar el sábado. ¿Quieres venir?

– ¿Qué pensarán los Chisholm? No querían que esquiara. Sobre todo conmigo. Estoy segura.

– No puedo preocuparme por lo que puedan pensar. Tenías razón. Los niños de esta zona aprenden a esquiar desde pequeños. No quiero que Kylie se quede atrás. Ha mejorado mucho en poco tiempo. Lo tomaremos con calma pero, antes de que nos demos cuenta, Kylie estará descendiendo colinas.

– No quiero hacer algo que aleje aún más a Georgia y a Gus.

– Escúchame, Lib. No podemos vivir siempre pensando en lo que dirán. Sólo podemos hacer lo que creemos que es mejor para nosotros y para Kylie. ¿Entonces vendrás el sábado?

– De acuerdo – dijo ella pensando que tenía razón.

– Genial. Kylie está muy ilusionada – dijo Trent recogiendo los restos de papel rojo, y se acercó a la papelería. Después ayudó a Libby a ponerse en pie y enlazando los dedos con los suyos, apoyó la frente en la de ella –. Tengo que ir a casa pero se me ha ocurrido una última cosa.

– ¿Qué?

– Tal vez Georgia y Gus también sean moldeables.

Libby se quedó sin aliento al darse cuenta de que los dos deseaban lo mismo: la aceptación por parte de los Chisholm.

– Hagamos el esfuerzo – dijo ella levantando la cara y besándolo.

– Hecho – contestó él rodeándola con los brazos y besándola a su vez.

Capítulo 11

Libby se estaba preparando para ir a la nieve cuando el teléfono sonó. Terminó de ponerse el jersey de cuello alto y contestó.

—¿Diga?

—Lib, soy yo —Trent parecía hecho polvo—. Tenemos un problema. Me han llamado para atender una urgencia con el equipo de rescate. Weezer está trabajando. ¿Podría dejar a Kylie en tu casa?

—Claro. Estará disgustada por no poder ir a esquiar.

—Sí, a menos que... quieras ir tú sola con ella.

Al fondo, Libby oía a Kylie decir:

—Por favor, papi, que diga «sí».

Era una gran responsabilidad pero, por otro lado, le daría la oportunidad de relacionarse con Kylie fuera del colegio. Además, Libby no quería decepcionarla.

—Si estás seguro.

—Gracias. Será genial. Llegaremos lo antes posible.

Hacía un día estupendo para esquiar y era horrible que alguien estuviera en apuros y necesitara que lo rescataran. Rezó para que la misión no fuera peligrosa para Trent porque había reconocido el tono decidido en su voz minutos antes en el teléfono al igual que el nerviosismo de antaño por la aventura.

Libby se maravilló al ver lo bien que Kylie se manejaba ya en la pista de principiantes. En unas pocas semanas, Trent había conseguido que su hija dominara las técnicas básicas con la habilidad de una atleta. Después de varios descensos por la suave colina, Kylie se acercó a ella con gesto decidido.

—Esto es cosa de niños —dijo señalando el telesilla—. ¿Por qué no subimos?

—¿Estás segura de que estás preparada?

—Segura. Ya lo he hecho con papá muchas veces —dijo la niña levantando la barbilla.

—De acuerdo, entonces. Vamos —Libby sabía lo importante que era la confianza para un esquiador principiante y la pista intermedia que tenía en mente sería adecuada para Kylie.

Junto a la niña en el telesilla. Libby le pasó el brazo sobre los hombros y se sintió protectora y feliz. Eso era lo que debía de sentirse al tener una hija. Estar orgullosa con sus logros. Compartir momentos especiales con ella.

—Es como si voláramos, ¿verdad? —los ojos de la niña relucían—. Me encanta esquiar, ¿a ti no?

– Por supuesto. ¿Sabías que tu papá y yo trabajamos una vez en una estación de esquí?

– ¿De veras? ¿Fue hace mucho tiempo? – preguntó la niña con los ojos muy abiertos.

– Cuando terminarnos el instituto trabajamos en Park City, en Utah, antes de casarnos y mudarnos aquí.

– Entonces esquías tan bien como él.

– Oh no. Yo no esquío ni la mitad de bien que él – dijo Libby viendo que ya llegaban a su parada –. Prepárate para saltar.

– Vale – dijo la niña, que se las arregló para bajar con algo de torpeza.

De pie en la colina, Kylie estudió el terreno.

– Asusta más desde aquí.

Libby se dio cuenta de su titubeo.

– ¿Estás segura de que quieres hacerlo?

– ¡Por supuesto!

Y sin decir más. Kylie plantó los bastones y comenzó el descenso con sumo cuidado aumentando la velocidad según se iba afianzando. No era el descenso más emocionante que Libby había hecho, pero era sin duda el más gratificante.

Trent se sujetó mientras el helicóptero descendía hasta posarse en una antigua zona de acampada. Chad Laraby y Chuck Patterson estaban sentados a ambos lados y los tres estudiaban el mapa que Trent sostenía en las manos. Otros tres miembros del equipo iban sentados en frente. La última vez que habían visto la pequeña avioneta había sido a unos tres kilómetros al norte de la zona de acampada. Aunque aún no habían perdido las esperanzas de que el piloto hubiera logrado aterrizar en algún punto blando por la nieve, no habían mantenido contacto por la radio. Cuando el helicóptero aterrizó, los hombres saltaron y, una vez fuera, sacaron el contenido de sus mochilas, que incluía equipos de primeros auxilios, botas, trineos y equipo de montaña.

Andando de espaldas hasta salir de la influencia de las aspas, Chad se llevó la radio al oído.

– Entendido.

Tras él, Trent se ajustaba las tiras de la mochila.

– ¿Qué pasa?

– No tiene buena pinta. Me dicen desde control que en el avión viajaban tres pasajeros, entre ellos un adolescente. Déjame ver el mapa otra vez.

Trent lo desdobló y Chad señaló las nuevas coordenadas.

– Estamos a un kilómetro y medio de distancia pero casi todo el camino es cuesta arriba – dijo moviéndose hacia los otros cuatro miembros del equipo –. Hay otro equipo en camino pero seguramente llegaremos nosotros antes. En marcha y estad atentos a cualquier amenaza de avalancha.

Trent sentía el potente latido de su corazón en medio del frío. Necesitaría toda su fuerza, pericia y experiencia como montañero. No sabía qué se encontrarían cuando llegaran al lugar del accidente pero rezó para que pudieran llegar a tiempo.

– Me alegro de tenerte con nosotros, Baker – dijo Chuck dándole una palmada en la espalda.

Mientras estudiaba la posición del sol en el cielo, Trent calculó mentalmente cuánto tiempo de luz dispondrían y sonrió a su amigo.

– Me alegra poder ayudar.

– ¡Moveros! – gritó Chad.

Trent pensó que, al menos, Kylie y Libby estarían disfrutando de un buen día de esquí. Imaginaba a su pequeña sonriendo encantada aprendiendo una nueva técnica. Hacía tiempo que no se había sentido tan satisfecho por algo como ver el amor que su hija sentía por un deporte que él adoraba y que los tres podrían compartir.

Pero sus pensamientos se detuvieron de forma abrupta media hora después cuando alcanzaron una explanada helada en la que fue necesario asegurarse con cuerdas, sacar los piolets y los crampones.

Por un momento, Trent deseó estar en la llana pista de principiantes, pero sólo duró un segundo porque enseguida, una oleada de adrenalina lo golpeó impulsándolo a atravesar la explanada potencialmente mortal.

Kylie dejó en la mesa la hamburguesa a medio comer.

– ¿Podemos esquiar un poco más después de comer?

– Creía que estabas cansada ya.

– Todavía no – contestó Kylie –. Un poco más, por favor – suplicó.

– Se está nublando y empieza a bajar la temperatura – dijo Libby mirando por la ventana.

Kylie la miró entonces con los ojos de alguien acostumbrado a regatear.

– Dos veces más sólo.

Libby no pudo evitar recordar situaciones parecidas de ella con papá Belton cuando trataba de convencerlo para que la dejara montar una vez más en el tiovivo o comer un segundo perrito caliente. La experiencia finalmente le había enseñado a no pedir. La respuesta siempre había sido «no».

Apartó los recuerdos del hombre que la había echado de su vida a la edad de dieciocho años y tragó una cucharada más de sopa.

– Vale. Te has salido con la tuya, pequeña.

– ¡Bien! – exclamó la niña dando saltos en la silla.

– Pero después, iremos a mi casa a tomar un chocolate caliente y ver una película.

– ¿Señorita Cameron? – Kylie arrugó la servilleta de papel –. ¿Crees que papá está bien?

Libby notó en la expresión esperanzada de la niña que estaba asustada. Libby suspiró.

– Tiene mucha experiencia y es cuidadoso, cariño. El equipo está perfectamente entrenado para no aceptar riesgos innecesarios – contestó aunque por su gesto, sabía que no había convencido a Kylie. Decidió distraerla –. Preparemos esos esquís.

Libby pagó en caja y Kylie le tomó tímidamente la mano.

– Me alegra que me hayas traído a esquiar, aunque no esté papá. Esquiar es mi deporte favorito y ya lo hago muy bien. Gracias.

Tomaron entonces los esquís y se dirigieron al telesilla.

– Creo que serás una nueva mamá maravillosa – añadió Kylie tras pensarlo un rato.

Aquellas palabras de aprobación sonaron reconfortantes para Libby mientras se dirigían a un rampa intermedia sin montículos en los que los jóvenes ensayaban sus saltos. Con el sol de la mañana, la nieve de algunos puntos se había derretido. Pero, con las nubes sobre sus cabezas, los charcos estaban volviendo a congelarse. Tomó entre sus manos enguantadas el rostro de la niña.

– ¿Estás cansada? No tenemos que bajar una vez más si no quieres.

– Me lo has prometido – dijo la niña mirándola con los ojos entornados.

– Lo sé, pero siempre podemos cambiar de opinión.

– Nada de eso – dijo la niña acercándose al telesilla. Libby sacudió la cabeza. Trent no era el único Baker que había heredado los genes de la cabezonería.

Arriba, Libby escuchó las voces de algunos niños que gritaban llenos de excitación.

– Señorita Cameron, señorita Cameron. Kylie.

Arriba vio a algunos de sus alumnos de segundo. Bart Ames, con las mejillas rojas por el frío, se acercó a ellas.

– Es mi cumpleaños. Lo estamos pasando muy bien.

– Felicidades.

– Sí – dijo Kylie sin entusiasmo.

Un hombre con barba se separó del resto de los niños y se acercó.

— ¿Señorita Cameron? Jeff Ames. Me alegro de verla.

Libby se giró para saludar al padre de Bart pero antes de poder decir una palabra, vio que Kylie tomaba impulso con los bastones y comenzaba el descenso. El tiempo se detuvo. Libby hizo un rápido giro para evitar a otros esquiadores y se inclinó sobre los esquís, sujetando tras ella los bastones. Ya estaba alcanzando a Kylie.

Pero ésta también iba aumentando la velocidad, de modo que se iba acercando cada vez más a un montículo potencialmente peligroso que se levantaba frente a ella.

En el último minuto, Kylie miró por encima del hombro como queriendo asegurarse de que los demás veían cómo desafiaba al peligro. Entonces saltó.

Libby miró impotente cómo la pequeña abría las piernas, su silueta recortada contra el cielo, luchando por recuperar el control, y finalmente tomaba tierra al final de la pendiente. Libby siguió tras ella mientras escuchaba el grito triunfal de Kylie.

— ¡Lo he conseguido!

Aunque no quería robarle el momento de satisfacción por el logro, tras felicitarla, Libby la riñó por haberse arriesgado y propuso ir a casa. Bart y su padre, seguidos de los otros niños, las alcanzaron en el aparcamiento.

— Señorita Cameron, ¿puedo hablar con usted un momento? — Jeff Ames la tomó a un lado.

Libby era consciente de que Bart y Kylie estaban discutiendo acaloradamente. No podía oír muy bien lo que decían porque el padre de Bart le estaba preguntando sobre el comportamiento de su hijo en clase. Miró por encima del hombro, y se sintió aliviada al ver que Bart se alejaba de Kylie. Pero justo entonces, la voz del niño se elevó por encima de los demás retándola con desprecio.

— Eres una niña tonta. Sólo porque puedas saltar no eres la mejor.

— Sí lo soy.

— Seguro que yo corro más rápido que tú.

— Seguro que no. Eres un ignorante — respondió Kylie y, sin prestar atención a los coches, Kylie echó a correr hacia el extremo más alejado del aparcamiento, seguida de cerca por Bart.

— ¡Kylie, ven aquí! — Libby salió tras ella gritando.

Bart estaba cada vez más cerca de Kylie que, en un desesperado intento, se estiraba para tocar la verja que bordeaba el aparcamiento. En ese momento, Libby observó horrorizada que la niña perdía pie y caía.

Libby corrió aún más, rezando por que no le hubiera pasado nada.

Pero era demasiado tarde. Kylie fue a caer sobre un traicionero charco helado y resbaló hasta golpearse con la cabeza contra un poste de metal. Su pequeño cuerpecito quedó tirado sobre el hielo, inconsciente.

— ¡Nooo! — se oyó gritar a sí misma.

Al llegar al cuerpo de la niña, sobre ellas no había sino un clamoroso silencio. Kylie tenía los ojos cernidos y un hilillo de sangre salía de su gorro, tiñendo de roja la nieve que había bajo el cuerpo. Sin hacer caso del frío, Libby se arrodilló junto a Kylie y puso el oído contra la boca de la niña. Angustiada se quitó los guantes y le puso dos dedos en el cuello en busca de pulso.

—Déjeme — se ofreció una mujer a su espalda, apartándola —. Soy enfermera.

Un joven se arrodilló junto a Libby, y le puso el brazo sobre los hombros.

—Hemos llamado a la patrulla de socorro. Llegarán en un momento.

Libby escuchó entonces la voz de Bart.

—Yo no quería hacerlo, de verdad. No quería.

La enfermera, una mujer de ojos bondadosos, se giró hacia Libby.

—Respira. Le pondré una compresa en la herida. Pero será mejor no moverla mientras esperamos a la patrulla. ¿Es usted su madre?

El mundo empezó a girar a su alrededor en un caleidoscopio multicolor, y las lágrimas se arremolinaron en sus ojos. Sacudió la cabeza y dijo que no. ¿Una madre?

A duras penas consiguió contener una risa histérica llena de amargura. Una madre nunca habría dejado que algo así ocurriera. Trent no habría dejado que ocurriera.

—Dios mío, Trent.

—¿Cómo dice? — preguntó la mujer acercándose más a ella.

—El padre de la niña — dijo Libby con la boca seca —. Hay que decírselo.

—La patrulla se ocupará. Dígame, ¿se encuentra bien?

Nunca volvería a encontrarse bien. Recordó las acusaciones que siempre le había lanzado a Trent sobre su irresponsabilidad. ¿Qué pasaría si Kylie había resultado herida de gravedad? Si...

No podía perder a otro niño, y mucho menos a la hija de Trent. Aquella preciosa niña que quería con todo su corazón. Libby se separó del joven y vomitó sobre un banco de nieve.

Mareada y temblorosa, se limpió la boca y miró a Kylie. Tan bonita. Tan serena. Tan quieta.

Tras ella, notó que los presentes abrían paso y, para su alivio, dos miembros de la patrulla de socorro reemplazaron a la enfermera y empezaron a tomar los signos vitales de Kylie.

Ante el insistente golpeteo en el hombro, Libby se dio la vuelta. Era Bart, de la mano de su padre.

—Lo siento, señorita Cameron. Fue una carrera estúpida. ¿Está bien Kylie?

—Ha sido un accidente — dijo el padre del niño con voz queda.

–No quise hacerle daño –dijo Bart limpiándose la nariz con la mano enguantada.

Al ver el rostro surcado de lágrimas del niño, su primer impulso fue el de gritarle, pero entonces captó sus ojos enrojecidos.

–Tal vez no. Espero que hayas aprendido que no hay que burlarse los demás –dijo finalmente. Temiendo no poder contenerse mucho más, intentó levantarse apoyándose en uno de los presentes.

–Deje que la ayude a sentarse en ese banco.

Uno de los socorristas aventuró el cuadro clínico.

–Parece una conmoción con laceraciones en la cabeza y posible rotura de un brazo.

–Pero no está consciente –dijo Libby con voz asustada.

–Todavía. Nos ocuparemos de ella y ya hemos llamado a una ambulancia. Le sugiero que vaya al hospital y espere en la sala de urgencias.

–Su padre... tenemos que contactar con él.

–¿Dónde está? –preguntó el otro miembro de la patrulla.

–Forma parte del equipo de rescate y están fuera en una misión –dijo Libby tragando con dificultad.

Ambos socorristas intercambiaron una mirada cauta, como si supieran algo del intento de rescate.

–Haremos lo posible para contactar con él por radio. ¿Cómo se llama?

–Trent Baker.

–Lo conozco. Es un buen tipo –dijo el socorrista que estaba estabilizando la cabeza y el cuello de Kylie.

Libby cerró los ojos. Un buen tipo. ¿Pero lo suficientemente bueno para perdonar su terrible descuido? No lo creía.

Jeff Ames y el hombre que había ayudado a Libby la acompañaron hasta su coche. Se ofrecieron a llevarla al hospital, pero ella negó con la cabeza.

–Estoy bien –les aseguró mientras buscaba las llaves. Sólo necesitaba un momento a solas, para rezar por que la situación se solucionara. La ambulancia llegó y salió del aparcamiento, pero ella seguía teniendo la misma sensación de mal cuerpo. Kylie seguía inconsciente.

Mientras su coche se calentaba, llamó por teléfono a Weezer que le prometió ir al hospital también. Tenían que conseguir contactar con Trent. Y con los Chisholm.

Sin saber cómo, llegó al hospital y corrió a la entrada de urgencias. Weezer se levantó al verla.

—¿Cómo está? —preguntó Libby.

—No han dicho nada aún —dijo Weezer con gesto preocupado.

—¿Y Trent?

—Los socorristas notificaron el accidente por radio. Están tratando de localizarlo —Weezer la acompañó a un asiento—. Pero tardará un poco en llegar. Tendrá que ser evacuado en helicóptero.

Libby se sujetó el estómago mientras se balanceaba hacia delante y hacia atrás, como si no pudiera respirar. Una enfermera se arrodilló delante de ella con una taza de café y, por segunda vez en el día, le preguntaron si era la madre de la niña.

—No, soy su profesora... y su amiga.

—Tome —dijo la enfermera poniéndole en la mano el vaso de papel—. Se ha llevado un gran susto.

—Por favor ¿cómo está Kylie? —preguntó tras un sorbo.

—El médico saldrá en un momento —dijo la mujer poniéndose en pie—. No hemos conseguido hablar con el padre aún. ¿Algún otro familiar al que avisar?

Libby miró a Weezer con una sensación agria en el estómago.

—¿Sabes dónde podemos encontrar a los abuelos de Kylie?

—Trent me lo dijo en caso de alguna emergencia —Weezer metió la mano en el bolso y le dio a la enfermera una tarjeta.

—Gracias —dijo la mujer encaminándose a la sala de tratamientos.

Weezer acarició con dulzura la espalda de Libby y ésta finalmente dejó que las lágrimas salieran.

—Pobre pequeña —susurró Weezer—. Lo sé, lo sé —continuó la anciana, con una cadencia serena y calmante—. Es duro, demasiado duro.

Libby dejó caer la cabeza en el regazo de Weezer mientras escuchaba sus palabras reconfortantes, acompañadas por la ligera presión de los dedos de la mujer, que describía círculos en su espalda.

—Te culpas por lo que ha pasado. Y no debes hacerlo. Ha sido un accidente. No sirve de nada mortificaste. Lo único que podemos hacer es rezar y amar.

Libby no había hecho sino rezar desde que vio a Kylie golpearse en la cabeza. Y en cuanto al amor, el corazón se le estaba rompiendo. Libby se sentó y apoyó la cabeza contra la pared con un gran suspiro.

—Weezer, tiene que ponerse bien.

—Lo hará —respondió la mujer tomándole la mano y apretándola para infundirle optimismo.

Eran casi las dos cuando el equipo llegó al lugar del accidente. Un ala rota del avión señalaba al cielo mientras el morro aparecía hundido en la nieve. Milagrosamente, el fuselaje parecía estas de una pieza. Algunas ramas de árboles rotas y largas marcas en la nieve contaban lo que había ocurrido. El avión parecía haber sobrevolado las copas de los árboles antes de aterrizar en la nieve. El copiloto del avión estaba muerto pero el piloto, aunque inconsciente, seguía con vida. Acurrucado en el asiento trasero había un adolescente en estado de shock, los labios azules por el frío y un corte profundo en un hombro.

El equipo se ocupó en primer lugar de los supervivientes. Chad habló por la radio con el segundo equipo y los informó de la situación. Ya había pedido un helicóptero con servicio médico.

—Demonios —murmuró Chuck mientras ayudaba a estabilizar el avión para poder sacar a los pasajeros.

—Espero que hayamos llegado a tiempo —replicó Trent entre dientes.

Al cabo de veinte minutos el helicóptero llegó pero no podía aterrizar. Con sumo cuidado, colocaron en camillas provisionales bien asegurados con cintas, primero al adulto y después al chico, y los subieron al helicóptero. A salvo en la nave, el piloto los saludó y se elevó.

Mientras los equipos esperaban a que el helicóptero regresara a por el cuerpo sin vida del copiloto, intentaron asegurar el avión para que luego pudiera llevarse a cabo la investigación. Hacia media tarde, estaban listos para descender hasta el punto donde los recogería un segundo helicóptero. Estaban agotados.

A medio camino de descenso de la montaña, Trent se dio cuenta de que estaba en peor forma de lo que había pensado. Cuando llegaron a la base, se quitó la mochila, las botas de nieve, y se sentó en una roca, extenuado. Estuvo así varios minutos hasta que notó una mano en el hombro. Al levantar el rostro, vio la cara angustiada de Chad y tuvo el terrible presentimiento de que algo horrible había ocurrido.

—¿Qué pasa?

—Acabamos de escuchas algo por radio. Es Kylie.

Fue como si un volcán entrara en erupción en su cabeza. Las lágrimas lo quemaban en los ojos.

—¿Qué ha ocurrido?

—Un accidente. Está en el hospital. Estamos intentando que te lleven a la base.

—¿Se pondrá bien? —gritó angustiado tomando a Chad por la solapa de su parka, los ojos enrojecidos.

—No lo sé. Dios, espero que sí. Voy a llamar —dijo su amigo—. Equipo uno a base. Corto.

Weezer permanecía sentada con los ojos cerrados rezando a todo espíritu misericordioso que conocía. En primer lugar por Kylie y porque sanara rápido. Después por Trent, el padre que tanto quería a su hija. Y finalmente por la joven que tenía a su lado, doblada en dos por el miedo y la culpa, que amaba sin límite tanto al padre como a la hija.

Llevaban casi dos horas esperando y no les habían dicho nada. Otros pacientes y familias llegaban y se marchaban. La televisión que nadie miraba zumbaba incesantemente. Un nuevo turno de enfermeras llegó. Weezer se acercó al vestíbulo de urgencias para utilizar el control remoto con la patrulla de rescate, pero las noticias no resultaron demasiado optimistas. Los hombres no podrían bajar de la montaña hasta la tarde, si las condiciones atmosféricas eran favorables. Y a juzgar por el viento que se había levantado y el cielo cubierto, no parecía muy probable.

En medio de sollozos, Libby había conseguido relatarle el accidente. En otras circunstancias, Weezer habría sonreído al comprobar que la hija respondía igual que el padre ante un desafío.

Al notar una presencia a su lado, Weezer abrió los ojos. Una enfermera se acercaba.

—Señorita McCann, señorita Cameron, ¿podrían venir conmigo? El doctor quiere hablar con ustedes.

Ambas se levantaron. La enfermera las condujo hasta una pequeña habitación tras unas puertas abatibles. A los pocos minutos, una mujer con el pelo corto y entrecano, y gafas, se presentó como la doctora Coker.

—He hablado con el padre de la niña y me ha dado permiso para informarlos del estado de Kylie —se encogió de hombros con gesto comprensivo—. La intimidad del paciente, ya saben.

—¿Se pondrá bien? —preguntó Libby.

—Eso esperamos. Nos hemos ocupado del brazo roto. Afortunadamente ha sido una rotura limpia y le hemos cosido el corte de la cabeza. Nuestra mayor preocupación ahora es la conmoción. No ha recobrado el cono —cimiento. No es extraño pero estamos haciendo un escáner para comprobar que no hay daño cerebral.

—Oh, Dios —dijo Libby dejándose caer en una silla.

—Somos optimistas. Los niños sobrellevan un golpe así mucho mejor que un adulto. Esperemos a los resultados del escáner. Mientras tanto, podría despertar en cualquier momento. Le dolerá mucho la cabeza y tendremos que mantenerla en observación varios días, pero se recuperará.

—¿Pero que ocurrirá si el escáner muestra algún daño? —dijo Libby con ojos torturados por la culpa.

—Entonces, tendremos que considerar en tomar otras medidas, pero no pensemos en eso todavía —dijo la doctora poniéndole la mano en el hombro.

—¿Podemos verla? —preguntó Weezer.

– Tan pronto como la traigan del laboratorio, haré que una enfermera las lleve. De hecho, sería una buena idea que hubiera alguien con ella para cuando despierte –sonrió tratando de animarlas—. Ver caras familiares la reconfortará. Las mantendremos informadas de cualquier cambio.

Las dos mujeres le dieron las gracias a la doctora y volvieron a la sala de espera, donde la recepcionista tenía un mensaje para Weezer. Lo leyó rápidamente y se lo pasó a Libby, que lo leyó y, al levantar la vista, sus ojos estaban llenos de lágrimas una vez más.

– No puedo pensar qué les voy a decir a los Chisholm.

Weezer abrazó a Libby con cariño mientras le susurraba al oído:

– Lo que te dicte tu corazón, pequeña.

Maldiciéndose por haber cometido la imprudencia de haber dejado a Kylie con Libby, Trent saltó de su coche y corrió por el aparcamiento, sin hacer caso a los visitantes que salían del hospital y las luces rojas de una ambulancia que entraba en el acceso de urgencias.

Se detuvo en la puerta y observó la sala de espera. Allí no estaba ni Weezer ni Libby. Nadie que conociera. Se acarició la tez áspera por la incipiente barba y se giró hacia el mostrador vacío de la recepción deseando gritar el nombre de su hija. Aunque lo habían eximido de redactar el informe de lo ocurrido, y le habían permitido bajar en un helicóptero, hacía más de una hora y media que lo habían informado del accidente. Y había sido la hora y media más larga de su vida.

– ¿Señor? –una mujer con un uniforme de color ciruela y una chapa identificativa del hospital se aproximó a la recepción—. ¿Puedo ayudarlo?

– Soy el padre de Kylie Baker. ¿Dónde está? ¿Cómo está?

– Sígame, por favor. Está descansando. Ha recobrado los signos vitales –la mujer abrió las puertas que dividían la zona de tratamiento de las otras—. Acaban de subirla del laboratorio del escáner.

– ¿Escáner? –preguntó con el estómago atenazado.

– Ha sufrido una conmoción –dijo la enfermera mirándolo—. El escáner determinará si ha habido daño cerebral.

– ¿Daño cerebral? –durante un momento creyó que iba a desmayarse.

– Señor Baker, su hija está en coma, pero no es algo extraño en estos casos. Pronto despertará. El escáner no es más que otra herramienta más de diagnóstico.

Coma. Daño cerebral. Conmoción. Las palabras resonaban en sus oídos.

– Tengo que ver al médico.

– Le diré que está en la habitación de su hija. Lo pondrá al día de la situación –dijo la enfermera conduciéndole por un pasillo bien iluminado—. Aquí es. No se

preocupe demasiado por su apariencia. Se ha hecho algunas heridas y también se ha roto un brazo.

¿Un brazo roto? ¿No iban a acabar nunca las malas noticias?

Inspiró profundamente y entró. Las luces eran tenues, por lo que al principio no vio la pequeña forma tumbada bajo las mantas en la cama, con la mitad de la cabeza afeitada y cubierta por un vendaje, y el brazo escayolado. Dejó escapar un sollozo involuntario.

—¿Kylie? ¿Tesoro? —dijo acercándose a la cama y tomando la manita de su hija en la suya. Se inclinó entonces y le dio un beso—. Kylie, papá está aquí.

Cuando notó una mano en su brazo, se dio cuenta por primera vez de que había alguien más en la habitación.

—Trent, lo siento.

Lentamente, miró a Libby, sus emociones en violento conflicto interior. «Lo siento» eran las palabras más torpes que podían existir en cualquier idioma.

La expresión angustiada de Libby, las ojeras, la mirada lo asustaron. Sabía que tenía que decir algo. ¿Pero qué? Decirle que no pasaba nada. No era así. ¿Aceptar la culpa, toda suya, por haber enviado a su hija a la montaña con otra persona? ¿Golpearla?

En vez de todo eso, volvió su atención a la cama, sin dejar de mirar a su hija. Trató de hablar pero no pudo. Tras aclararse la garganta, logró preguntar:

—¿Cómo ocurrió?

La imagen visual que causaron en él las palabras de Libby estaba llena de viveza. Apenas podía escuchar la repetida petición de disculpas.

—Lo siento.

Lógicamente, él sabía que había sido un accidente. Nadie había tenido la culpa pero la lógica servía de poco consuelo cuando la preocupación y la rabia se habían apoderado de su cerebro. Miró por encima del hombro a Libby, que esperaba con la cabeza inclinada su veredicto.

—Hablaremos más tarde —fue lo único que pudo decir.

Libby asintió con los ojos llenos de dolor infinito.

—¿Puedo quedarme con ella? —preguntó con voz trémula.

Trent no sabía lo que sentía por ella en ese momento. Lo único que sabía era que no podía quedarse solo.

—Como quieras.

—Entonces me quedaré —dijo con voz queda.

Trent acercó una silla a la cama y se dejó caer en ella, apoyando a continuación la cabeza en el borde de la cama. Estaba exhausto pero ahora la extenuación estaba lejos de deberse tan sólo al esfuerzo físico.

Capítulo 12

Sentada entre las sombras, Libby no dejaba de mirar a Trent pero con cuidado de no hacerlo a los ojos de éste para no ver el brillo acusador que había en ellos. Lo único que importaba era que Kylie saliera del coma sin problemas. Así que se mantuvo allí sentada, inmóvil, absorta en sus oraciones.

La voz de Trent abrupta en medio del silencio, la sobresaltó.

—Pensé que Weezer estaría aquí.

—Estaba. Se fue a dar de comer a Scout y a Mona.

—Ya —dijo él frotando el brazo sano de Kylie con cariño.

—Una enfermera llamó a los Chisholm. Llegarán mañana —dijo Libby y Trent hizo un gesto de asentimiento.

Trent aún llevaba puesta la ropa de montaña y la camisa se ceñía a su espalda cada vez que se inclinaba sobre la cama. Los ojos enrojecidos y la cara sin afeitarse no hacían sino acentuar el sufrimiento de Libby. Un hombre al borde de la desesperación. Y todo por su culpa. Debería haber vigilado con más cuidado a Kylie. Deseaba poder deshacer el pasado, regresar al momento en que Jeff Ames le pidió un momento para hablar de su hijo.

Se echó a temblar aterrorizada. Las palabras de Kylie diciéndole que iba a ser una buena mamá para ella retumbaban en sus oídos.

Con el estómago en un puño, Libby se dobló hacia delante y se tapó la cara con las manos. No podría ser una madre nunca, ni para Kylie ni para nadie.

—¿Señor Baker? —la doctora Coker estaba en la puerta.

—¿Sí?

—Soy Mel Coker, la doctora que atiende a Kylie —dijo estrechándole la mano y, colocándose detrás de la cama, estudió el cuadro clínico—. Tenemos motivos, actualmente, para esperar una evolución favorable. La rotura del brazo fue limpia y curará bien. El pulso, la respiración y la tensión arterial parecen normales. Tuvimos que darle algunos puntos en la cabeza pero también curarán rápidamente. Es la conmoción lo que me preocupa.

Libby esperó a que continuara sin poder contener el latido acelerado de su corazón. Trent sacudió la cabeza.

—Tiene que ponerse bien.

—El escáner está bien. No parece que haya ninguna mancha de sangre en el cerebro. Se dio un fuerte golpe pero tenemos muchas esperanzas de que recuperará la consciencia en las próximas veinticuatro horas. Tendrá dolor de cabeza, incluso la visión un poco borrosa durante algún tiempo. La tendremos en observación por si se da algún ataque.

—¿Ataque? —Trent palideció.

—A veces se presentan ataques como efecto secundario tras sufrir una conmoción. Es sólo por precaución —dijo llevándose el cuadro clínico—. ¿Alguna otra pregunta?

Trent parecía mareado. Por fin consiguió sacudir la cabeza.

—Intente descansar algo —sugirió antes de salir de la habitación—. Si está cansado, no le hará ningún bien a su hija.

Trent asintió y miró a Kylie. Libby apenas pudo entender lo que le dijo a Kylie.

—¿Lo has oído, cariño? Todo va a salir bien. Vuelve con nosotros, donde sea que estés. Te necesitamos.

Y entonces su voz se rompió y apoyando la frente en las sábanas, sus hombros comenzaron a temblar en medio de sollozos ahogados.

Libby deseaba acercarse a él, reconfortarlo, pero ya no había sitio para ella junto a él. En silencio salió de puntillas de la habitación.

Trent no sabía cuánto tiempo había estado intentando dormir junto a la cama de Kylie, atento a cualquier movimiento, un parpadeo el temblor de un dedo. Cuando la puerta se abrió, levantó la vista. Era Weezer, mirándolo desde la puerta con su arrugado rostro lleno de compasión.

—¿Algún cambio?

—Aún no.

La mujer se acercó y le puso las fuertes manos sobre los hombros.

—Son más de las nueve. Necesitas un descanso.

—No.

—Hijo, todo va a salir bien.

Sus palabras y sus manos parecieron tranquilizarlo, infundirle alguna paz, como si aquella sabia mujer india realmente tuviera el poder de sanar. Esperó un poco dejando que su mensaje penetrara en él.

—Pero tú no lo estarás si no comes algo.

—Pero...

—Libby se quedará con ella —dijo Weezer ayudándolo a levantarse—. Vamos, hijo.

Miró a Kylie largo y tendido y salió. Libby, triste, esperaba en el pasillo. Incapaz de encontrar las palabras, Trent le hizo un gesto de asentimiento con la cabeza, y después se dirigió a la cafetería con Weezer a comer algo. Weezer le sacó un café mientras esperaba a que comiera algo. El sándwich de pollo no sabía a nada. Y tampoco el plátano consiguió insuflarle fuerzas en aquella noche aciaga.

—No puedes culparte —Weezer lo estudió con gesto sabio—. Ningún padre puede estar en varias partes a la vez. Querías que Kylie amara lo que tú amas, probar nuevas cosas. Atreverse —le dio unas palmadas en el hombro—. Fue un accidente. Los padres de ese chico, Ames, han llamado para ver cómo estaba Kylie. Su hijo está destrozado.

—Espero que comprendas que no sienta compasión por él.

—Puede que ahora no. Pero espero que algún día sí —dijo soplando su café antes de beber—. Igual que sé que perdonarás a Libby.

—No puedo hablar de ella en este momento —dijo levantando la cabeza.

—Está destrozada, Trent.

Trent dejó el plátano en la bandeja.

—¿Se supone que eso tiene que hacerme sentir mejor? ¿Hará que Kylie despierte?

—Estás enfadado.

—Maldita sea. Claro.

—Ten cuidado hacia quién diriges tu enfado. Ya te ha causado problemas en el pasado. Amas a Libby. Lo que hagas en las próximas horas determinará el curso de tu vida.

Libby, Dios, su Libby. Weezer tenía razón. Estaba enfadado. Era fácil para otros hablar de que los accidentes ocurrían. Pero, esta vez era su propia hija la víctima. Debería haber estado con ella. Tal vez habría podido evitarlo.

Como si pudiera leerle la mente, Weezer continuó.

—No puedes culparla a ella, Trent. Te podría haber ocurrido igualmente a ti.

—Nunca lo sabremos —dijo él con tristeza.

—Hijo puedes seguir torturándote y castigar a Libby el resto de tu vida, pero eso no cambiará las cosas. Sólo servirá para amargarte.

Trent empujó la bandeja hacia el borde de la mesa con la cabeza gacha, rindiéndose a la verdad. No podía enfrentarse a la vida sin Kylie, sin Libby. Dejó escapar un suspiro. Un accidente. Sólo había sido eso. Nadie tenía la culpa.

Weezer continuó bebiendo en silencio dejándole a solas con sus pensamientos. Tras unos minutos, Trent cuadró los hombros.

—Gracias. Ya estoy preparado para volver —antes de levantarse consiguió sonreír—. ¿Estás segura de que no eres un chamán?

Libby se sentó en la silla que antes había ocupado Trent junto a la cama. Tomó la mano inmóvil de Kylie en las suyas pensando con sorpresa lo poco que había tardado en considerar a aquella niña como suya. No sólo porque Kylie representaba

la hija que Trent y ella nunca habían tenido, ni porque se hubiera enamorado perdidamente de Trent otra vez. Tenía que admitir que, durante un tiempo, inconscientemente, había utilizado a Kylie como una compensación por lo que ella había perdido. Pero la niña era mucho más que eso, mucho más que un objeto que se pudiera poseer.

No, no era eso. En el fondo del asunto había un hecho indiscutible. La amaba por ser la preciosa y única criatura que era. No importaba lo que pasara en el futuro, Libby se prometió que no volvería a hacer comparaciones con lo que podía haber sido.

Y si Trent no podía perdonarla, tendría que encontrar la fuerza para soportarlo. «Creo que serás un gran mamá». Libby cerró los ojos y rogó a Dios para que le diera una nueva oportunidad.

Una enfermera entró en ese momento y comprobó el estado de Kylie, anotando cosas en el cuadro. Cuando Libby levantó las cejas inquisitivamente, le sonrió.

—Todo va bien. ¿Sabe? Ayuda que le hable. En algún nivel de conciencia puede oírla.

—Gracias.

Cuando la enfermera salió. Libby se sentó en el borde de la cama, de espaldas a la puerta, y tomó la mano sana de Kylie entre las suyas. ¿Qué podía decirle? Tal vez no importara. Lo único que podía hacer era compartir con ella lo que guardaba en su corazón.

—Tesoro, siento mucho que te haya ocurrido esto. Si pudiera haberlo evitado, lo habría hecho. Espero que sigas adorando el esquí como tu papá. Él no suele darse por vencido rápidamente, y apuesto a que tú tampoco.

Trent nunca se había sentido satisfecho si no era el mejor. Muchas veces había tenido que curarle las heridas pero nunca había logrado hacerla desistir de una idea.

—Siento también que perdieras a tu mamá. Recuerdo lo que se siente. Es como si los colores vivos del mundo se convirtieran en una mancha gris —tragó con dificultad—. Y tú has tenido suerte, sin embargo. Tienes un papá maravilloso que te adora. Mi padrastro, sin embargo... —cerró los ojos al recordarlo—. No me odiaba. Era peor. Creo que no le importaba lo que me ocurriera. Siempre y cuando me mantuviera lejos de su camino, convivíamos. Durante un tiempo. Hasta que... —se detuvo—. Lo único que quería más que nada en el mundo era una familia. Una mamá y un papá que se amaran locamente y adoraran a sus hijos. Que rieran. Eres más afortunada que muchos niños, Kylie. Tienes un papá maravilloso y unos abuelos que se preocupan por ti. Por eso te pido que despiertes y regreses con ellos. Conmigo.

Se llevó la mano de la niña a los labios y la besó dejando que las lágrimas corrieran libremente.

—Te quiero tanto, cariño. Yo... yo no podría soportar perderte —su voz se rompió y quedó reducida a un susurro—. No como ocurrió con mis otros bebés.

—¿Bebés?

La palabra retumbó en la habitación silenciosa y Libby se quedó sin respiración. Durante un segundo permaneció paralizada, incapaz de girarse. No podía pensar en nada más que en aquel médico que la miraba tras las gafas mientras sus palabras insensibles destrozaban la parte más íntima de su ser.

— ¿Libby? — el tono de Trent era impaciente.

Como si estuviera en trance, se obligó a mirarlo. Trent estaba al pie de la cama, con una expresión de absoluto desconcierto.

— ¿Qué quieres decir con «bebés» en plural?

Cada sílaba fue como un mazazo. Sin pensar, se tapó la boca con la mano y salió corriendo de la habitación.

Consternado. Trent se quedó a medio camino entre la cama y la puerta indeciso entre la necesidad de correr tras Libby y la de quedarse junto a Kylie. Se preguntó qué habría querido decir Libby. Tal vez el aborto hubiera sido de gemelos. Se acercó a la ventana y después se dio la vuelta. No, lo habría sabido. Miró hacia la puerta y después a Kylie, su pecho subiendo y bajando con cada respiración. No podía dejarla sola.

Pero tenía que ir a buscar a Libby. La mirada con que había abandonado la habitación era de una angustia horrible, pero sobre todo, de pánico.

Se frotó la cara y pensó que tal vez ella no había querido decírselo. Fuera lo que fuera, era importante. Hacía poco los dos habían prometido que siempre le dirían la verdad a Kylie. ¿Pero qué secreto le ocultaba Libby a él? ¿Y desde cuándo?

Se sentó en el sillón que había en la esquina. En ese momento tenía que centrar su atención en Kylie, pero en algún momento tendría que enfrentarse a Libby. La amaba, pero era evidente que ella no podía confiarle todos sus secretos. Si algo había aprendido en su vida, era que una relación en la que faltaba la confianza estaba condenada al fracaso. Dejó caer los brazos a ambos lados del sillón y apoyó la cabeza. No recordaba haber estado nunca tan cansado física o mentalmente.

Todas sus esperanzas, una nueva vida en Whitefish, seguridad para su hija una nueva relación con Libby de pronto parecían amenazadas. Pero él sacrificaría todo por una señal de que Kylie estaba recuperando la consciencia.

El hospital, los olores, la eficacia silenciosa con que operaban los trabajadores, incluso el sabor amargo del café, eran un vivo recuerdo de las últimas horas con Ashley cuando la esperanza iba desapareciendo con cada nuevo análisis de sangre.

Ya no le quedaban más lágrimas. Dejó caer la cabeza y cerró los ojos. Y así lo encontró Weezer una hora después.

Weezer se acercó a la ventana, los ojos fijos en el horizonte en el que se divisaban unos hilos de luz. La oscura noche había pasado. El nuevo día estaba amaneciendo. Igual que habría de hacer Kylie.

La niña se recuperaría, de eso no tenía dudas. No podía decir lo mismo de Trent o de Libby. Algo había ocurrido entre ellos. No había creído ni por un momento que la preocupación por Kylie fuera la única razón de que Libby hubiera regresado a la sala de espera con los ojos hundidos y llenos de desesperación.

En cuanto a Trent, no había hablado en todo el tiempo que ella había estado en la habitación de Kylie con él. Parecía estar presa de la misma preocupación sin límite que Libby, pero además tenía los labios fruncidos como no los había tenido antes.

Al crecer en una reserva, Weezer sabía perfectamente cómo rastrear, pero la mayor parte de su vida la había pasado buscando pistas en el lenguaje corporal y las expresiones de la gente más que en las marcas dejadas por los animales en el suelo húmedo. Fuera lo que fuera lo que les hubiera ocurrido, los estaba torturando.

Finalmente, él se levantó. Weezer inclinó la cabeza para contemplarlo y al principio no oyó el repentino grito ahogado de Trent.

– Cariño, abre los ojos otra vez. Soy papá.

Trent se inclinó sobre Kylie. Weezer se acercó, pero no observó cambio alguno en la expresión de la niña.

– Por favor, tesoro, abre los ojos.

El movimiento había sido casi imperceptible momentos antes, y después un poco más pronunciado. Los párpados de Kylie temblaron. Esta vez, Trent habló con voz más vigorosa.

– Abre los ojos, Kylie.

Weezer se llevó las manos al pecho en señal de súplica. Los párpados de la niña se estremecieron de nuevo pero seguía sin abrir los ojos. Entonces, los dos se dieron cuenta de que los dedos de la mano sana se doblaban débilmente en un esfuerzo por agarrar la sábana.

– Dios, por favor – suplicó Trent.

– Llamaré a la enfermera – dijo Weezer –, y a Libby – y salió de la habitación.

No había hecho sino salir por la puerta cuando oyó una vocecilla que susurraba:

– ¿Papá?

Libby levantó la vista cuando Weezer entró en la sala de espera con una gran sonrisa en el rostro.

– Ven.

– ¿Kylie? – dijo Libby conteniendo la respiración, esperanzada.

– Está consciente.

– Gracias a Dios – dijo ella exhalando el aire contenido en los pulmones.

– Ven a verlo por ti misma – dijo Weezer poniéndole una mano en la cintura.

– ¿Está bien?

– Han llamado a la doctora. No sabremos nada con seguridad durante un tiempo pero desde luego ha reconocido a su padre.

Sólo la desesperada necesidad de ver a Kylie empujó a Libby hacia la habitación. No sabía cómo enfrentarse a Trent, pero tenía que hacerlo.

Weezer la empujó dentro de la habitación. Un rayo de sol se colaba por la ventana.

– Está descansando – dijo Trent mirándola emocionado.

– Tesoro, soy la señorita Cameron. ¿Puedes oírme?

Kylie abrió los ojos y una dulce sonrisa se formó en sus labios.

– Hola – dijo débilmente antes de volver a cerrar los ojos.

– Bendita sea – dijo Libby apoyándose en la cama. Nunca antes un saludo le había hecho sentir tanta gratitud.

Weezer también se acercó y miró a Kylie.

– Menuda noche hemos pasado, pero todo volverá a la normalidad con el tiempo – dijo mirando a Libby y a Trent—. Vosotros dos estáis exhaustos. ¿Por qué no dejáis que me quede un rato yo? Id a casa a descansar un poco. Y volved más tarde.

– No – dijo Trent—. Quiero hablar con la doctora. Y tengo que esperar a que lleguen los Chisholm.

Libby sintió mal cuerpo al pensar en ellos. Pero luego se encogió ligeramente de hombros. Si Trent no podía perdonarla, poco importaba lo que pensarán los Chisholm.

– Ve, Libby – las palabras de Trent deberían haberla reconfortado si hubieran sido solícitas, pero sonaron más como una orden.

– Sí – dijo ella inclinándose a darle un beso a Kylie en la mejilla—. ¿Podré volver más tarde?

– Kylie te estará esperando – fue lo único que dijo.

Resignada ante el tono de censura, se dirigió a la puerta cuando oyó que Trent añadía algo más.

– Y yo también.

Se aferró a las palabras mientras se dirigía al aparcamiento. Tal vez fuera su imaginación, pero creía que aún podía haber esperanza.

Pero sólo si le contaba toda la verdad. Y eso significaba revivir el dolor que había encerrado bajo llave muchos años atrás.

Mientras se aproximaban a las afueras de Kalispell. Georgia se cubrió los ojos.

—Un accidente. Y todo por ir a esquiar. No puedo creerlo. Le dijimos a Trent lo que pensábamos de que pusiera a Kylie en peligro de esa forma.

—Habla por ti. Tú le dijiste lo que pensabas. Además, no fue un accidente esquiando. Se cayó en el aparcamiento. Es una niña. Georgia. Esas cosas pasan. No querrás tenerla tan protegida como a una planta de invernadero ¿verdad?

—Es muy típico de él.

—¿Qué?

—Irse por ahí y dejar a su hija a cargo de otra persona.

—Esa otra persona es Libby Cameron, una mujer adulta perfectamente responsable. Y por tu forma de hablar parece que se trate de una frívola. Por todos los santos, según las noticias, estaba ayudando a rescatar a dos personas heridas.

Georgia miraba al frente ajena a la interminable aparición de negocios franquicias que se alineaban a ambos lados de la autopista. Tan sólo deseaba que el hospital apareciera. El miedo le atenazaba la garganta. Si al menos Gus no fuera un hombre tan razonable. ¿Nunca le daría el placer de alzar la voz para maldecir a Trent y a esa mujer?

—Di lo que quieras, pero si algo le pasa a nuestra Kylie, que Dios me ayude...

—¿Qué? ¿Le echarás la culpa a Trent?

—Sí. Pesará sobre sus hombros.

—¿Igual que con Ashley?

—¿Qué se supone que quieres decir con eso? —preguntó mirándolo.

—Nunca aceptaste a Trent. Me pregunto si, de alguna manera, lo has culpado todo el tiempo por la muerte de Ashley.

Georgia sujetó con dedos rígidos el bolso.

—¿Estás loco? —dijo dejando escapar una débil risa—. Como si Trent pudiera controlar la leucemia.

—Quiero decir que, en tu cabeza, pensabas que todo habría salido bien si se hubiera casado con un hombre diferente.

Era irracional y Georgia lo sabía pero no podía dejar de hacerse esas inútiles preguntas. ¿Qué habría pasado si Ashley se hubiera casado con Browning Lafferty y se hubieran mudado a Denver? ¿No habría sido alguna sustancia tóxica de las paredes de la casa en que vivía con Trent? Y ahora no podía evitar preguntarse si Kylie no estaría en el hospital de no haberse mudado a Whitefish.

Cerró los ojos y con ello encerró la rabia en su corazón. Aunque no le gustaba lo que su marido acababa de sugerir, una terrible verdad pesaba en aquella situación. No era una persona horrible... ¿O sí?

Gus condujo en silencio. Al fondo, Georgia vio una señal que indicaba la dirección al hospital. El corazón dejó de latirle en el pecho.

—Trent no necesita nuestra ira ni nuestro juicio. Lo ha debido de pasar muy mal.

La imagen de su preciosa Kylie sonriendo llenaba la mente de Georgia. Se centró en un pensamiento en particular. El rostro radiante de Ashley el día que le dijo que estaba embarazada del «único hombre que había amado en su vida».

Una lágrima descendió por la mejilla de Georgia y el sabor salado se coló entre sus labios. Sólo entonces Gus la miró, como movido por una intuición.

—Lo que necesitan, cariño, es nuestro amor.

—Lo sé —murmuró, preguntándose por qué habrían ocurrido todas esas cosas malas.

—Tú tienes mucho para dar, y éste es un buen lugar para empezar —dijo Gus dándole unos golpecitos cariñosos en el muslo.

Entraron en el aparcamiento del hospital y, por razones que no sabría explicar, Georgia se sintió más tranquila y más serena de lo que se había sentido en mucho tiempo.

Libby se acurrucó en la cama acariciada por los rayos del sol, y el cuerpo cálido de Mona a su lado. La ducha que se había dado no había conseguido aliviar el dolor de su cuerpo y no había bálsamo alguno para su alma, excepto el hecho de que Kylie se encontraba mejor. Temblando, se cubrió con las mantas y ajustó la almohada por quinta o sexta vez ya. No conseguía sentirse cómoda.

Se puso de espaldas y cruzó las manos sobre el vientre. Ahora que sabía que al haber estado engañándose había dejado atrás la rabia que sentía hacia el senador y su propia culpa. ¿Acaso había creído realmente que había pagado ya por todos sus pecados; que una vida dedicada a enseñar a los pequeños serviría?

¿Y qué pasaba con Trent? Se acurrucó en posición fetal. Se había mostrado tan altiva y poderosa, tan segura de que tenía razón, que lo había juzgado inútil para ser padre. Si la situación no fuera tan trágica, se reiría de sí misma.

Pensó en el libro de bebé oculto en su baúl de cedro, en los sueños rotos de la ingenua chica que había sido a los dieciocho años, en su padrastro y su arrogante suposición de que sabía lo que era mejor para ella.

Y en lo único que la había salvado de todo: Trent. El hombre que había apartado de sí por su errónea idea de lo que estaba bien.

Aunque no la culpara por el accidente con Kylie, necesitaba que la perdonara por muchas otras cosas. Era pedirle demasiado al hombre que ella había acusado de egoísta. El padre que había visto junto a la cama de Kylie esa noche le había demostrado lo diferente que era.

Tomó un pañuelo y lloró sobre la almohada. Al menos las lágrimas servirían de alivio físico porque no podían hacer nada por aliviar la carga que llevaba en su alma.

Finalmente, exhausta y sin lágrimas, cerró los ojos y fue quedándose agradablemente dormida. Al principio, cuando sonó el teléfono, se incorporó segura de que era el timbre del colegio. Pero entonces se dio cuenta de que no había niños allí pero el timbre seguía sonando...

Entonces, se percató de que estaba en su habitación que no hacía más de tres horas que se había metido en la cama y alguien llamaba por teléfono. Descolgó pensando que podía ser una llamada del hospital.

—¿Diga?

—¿Señorita Cameron? —la voz le sonaba vagamente familiar pero no la reconocía.

—Soy yo —dijo ella.

—Le habla Jeremy Kantor. Hablamos hace unos días de una posible entrevista.

Libby cerró los ojos, sin poder creerlo. No podía ocuparse de ese hombre en ese preciso instante.

—Lo recuerdo.

—Estoy en Oklahoma City terminando mi investigación. Si todo sale según lo planeado, me gustaría hablar con usted el martes o el miércoles.

—¿Esta semana?

—Sí. Tengo planeado ir a Missoula y alquilar allí un coche. Podríamos acordar un momento que nos venga bien a los dos.

Su primera intención fue la de posponer el encuentro. Claro que, como no pensaba contarle nada especialmente significativo, podría quitárselo de encima cuanto antes.

—Martes, después de clase, en mi casa. ¿Tiene mi dirección?

—Sí. ¿Le parece bien a las cuatro y media?

—Allí estaré.

Colgó el teléfono y volvió a la cama. El honorable Vernon G. Belton tenía suerte de que la entrevista no tuviera lugar en ese preciso momento porque se sentía tentada de contar toda la verdad.

Capítulo 13

El sol casi se había puesto cuando Trent se despertó de un profundo sueño. La cabaña estaba oscura y vacía sin Kylie. Adormilado, se sentó y descolgó las piernas a un lado de la cama. Los acontecimientos de las últimas veinticuatro horas giraban sin cesar en su cerebro. Aunque reticente, había salido del hospital después de que la doctora Coker le dijera, para su alivio, que Kylie se recuperaría por completo y sólo porque ya habían llegado Georgia y Gus.

Se puso en pie y sacudió la cabeza sin poder creerlo. Había esperado que Georgia lo hubiera criticado por haber dejado a Kylie con Libby. Sin embargo y para su asombro, había entrado en la habitación, se había acercado a Kylie directamente y al mirarlo a continuación sus palabras habían sido dulces, no acusadoras.

– Lo siento, Trent. Debes de haberlo pasado muy mal.

Entonces, Gus le había puesto una mano en el hombro y le había dicho:

– Hijo, todo va a salir bien.

– Estamos aquí para ayudar en todo lo que necesites – había añadido Georgia y Trent recordó haber sentido un gran alivio a pesar de la confusión ante la inusual generosidad de la mujer.

Al salir del hospital con Weezer ésta le había preguntado si le había ocurrido algo con Libby, a lo que él sólo había podido responder con un asentimiento de cabeza.

– Estás cansado. Descansa un poco, pero no tardes mucho en verla. Os necesitáis mucho el uno al otro ahora – le había dicho.

Sus palabras lo habían acompañado en su camino a casa y durante la ducha. Sabía que tenía razón pero temía averiguar algo desagradable cuando hablara con Libby. Pensaba que tal vez el aborto no hubiera sido el único fallo de su matrimonio, que tal vez éste se hubiera basado sólo en medias verdades y no sabía si sería posible empezar de nuevo.

Bajo el agua de la ducha, se había dado cuenta de que si Libby le había ocultado algo, debía de tener sus razones. A juzgar por la mirada que había visto en sus ojos, algo la estaba destrozando por dentro. Si él la amaba, cosa que era cierta, tendría que escuchar a su corazón. Algo que no había hecho el día del aborto del hijo de ambos.

Tras la llamada de Jeremy Kantor, Libby sabía que no serviría de nada volver a la cama. En lugar de eso, llamó a Mary para contarle el accidente de Kylie. Aunque ésta le dijo que se quedara en casa y no fuera al colegio al día siguiente, Libby sabía que no podía aceptar la oferta. Su única escapatoria posible de los dolorosos recuerdos que la perseguían era estar con sus niños.

Se duchó, se lavó el pelo, se vistió y salió hacia el hospital, consciente de que no podría funcionar adecuadamente si no veía a Kylie y se aseguraba de que estaba bien. No podía pensar ni siquiera en Trent.

Era un soleado día de invierno. Fuera del hospital, Libby inspiró profundamente el frío aire de Montana y se preparó para lo que fuera que la esperaba en el interior. Trent tal vez, o los Chisholm, o a lo peor, malas noticias.

A través de la puerta entornada de la habitación, vio a Gus Chisholm sentado en el sillón del rincón con la cabeza apoyada en el respaldo y los ojos cerrados. Georgia estaba junto a la cama, cantándole una nana.

Las lágrimas se arremolinaron en los ojos de Libby. Ver el rostro lleno de amor de Georgia y escuchar la canción que su madre solía cantarle a ella, la llenó de emoción.

Al terminar la canción, Georgia se giró hacia la puerta lentamente y la saludó.

—Hola, Libby —dijo suavemente.

—¿Cómo está? —preguntó Libby acercándose un poco más.

Para asombro de Libby, Georgia extendió el brazo por encima de la cama y le tomó la mano.

—Se pondrá bien —dijo con una sonrisa esperanzadora.

—Gracias a Dios —dijo Libby exhalando aliviada, incapaz de contener las lágrimas—. Lo siento muchísimo —dijo secándose las mejillas y mirando a la mujer.

Georgia soltó la mano de Libby y recolocó las sábanas sobre los hombros de la niña.

—Al principio, te eché la culpa —dijo Georgia mirando fijamente a su nieta.

—Lo entiendo —dijo Libby luchando por controlar sus emociones.

—Pero cuando escuché lo que había pasado, dudo mucho que ni siquiera Trent hubiera podido evitar que sucediera.

—Fue un accidente —dijo Gus desde el rincón de la habitación.

—Tras la muerte de Ashley, sentía la desesperada necesidad de proteger a Kylie, y protegerme así a mí misma para que no volvieran a hacerme daño. Ahora sé que eso es imposible —se detuvo para recuperar el control y sonrió débilmente—. Kylie ha estado preguntando por ti.

—¿De veras?

—Sí. Es evidente que eres muy importante para ella —Georgia vaciló antes de continuar—. Y si eres importante para ella, eres importante para nosotros.

Libby no podía creer lo que estaba oyendo. La estaban perdonando. Lo único que pudo decir fue lo que sentía en su corazón.

—La quiero mucho.

—Joven, creo que hablo por los dos cuando digo que estamos deseando que entres a formar parte de la vida de nuestra nieta.

Antes, algo así le habría parecido imposible. Una vez, aquellas palabras la habrían llenado de gozo. ¿Pero en ese momento? Todo dependía de Trent.

—Gracias —fue lo único que consiguió decir. Y acercándose a la cama, le rozó a Kylie la mejilla—. Cuídate, tesoro. Haz lo que la doctora te diga. Todos te echaremos de menos en clase —dijo atragantándose por la emoción—. Yo particularmente —y se dio la vuelta, hizo un gesto de asentimiento a los Chisholm y salió de la habitación presa de los nervios, el arrepentimiento y la pena.

No había nadie en la habitación cuando Trent llegó, pero Kylie estaba despierta y le hizo todo tipo de preguntas. No recordaba el accidente en sí, sólo a Bart Ames retándola a una carrera.

—Casi le gané, papá. La próxima vez, le ganaré.

Oír «la próxima vez» lo llenó de alivio pero también de miedo.

—Pero tardarás tiempo en volver a esquiar y a correr.

—Lo sé. Mi brazo —dijo la niña frotándose con la mano buena—. ¿Pero después? —levantó la mirada esperanzada—. Hice un salto con los esquís, ¿sabes?

—Está bien. Cuando te pongas bien, intentaremos esquiar de nuevo.

—De tal palo tal astilla.

Trent se dio la vuelta. Gus estaba en la puerta con una gran sonrisa en el rostro.

—Debes de haber heredado el gusto por tentar al peligro —añadió.

—Algunos lo llaman cabezonería.

—Eso también.

—Hola, abuelo.

Trent se levantó para dejar que Gus se acercara a Kylie.

—Hola, cariño. ¿Qué tal te encuentras?

—Me duele la cabeza. Y el brazo un poco.

—Es normal —dijo Gus tomándole la mano.

—¿Dónde está la abuela?

—Viene por el pasillo.

—Quiero verla.

—Aquí estoy, cariño —Georgia entró en la habitación y dejó dos vasos de café en la mesa.

—¿Me has traído una Barbie?

– Eres una sinvergüenza – dijo Georgia riéndose – . Hoy no. Pero mañana, te lo prometo.

– Parece que se está recuperando – dijo Trent con una sonrisa.

– Tu Libby estuvo aquí hace un rato – dijo Gus apoyándose contra el armario, los brazos cruzados.

Trent no lo juraría, pero le pareció captar un tono de aprobación en sus palabras.

– Siento no haberla visto.

– Weezer McCann nos dijo que Libby pasó toda aquí toda la noche con Kylie.

– Así es.

– ¿Papá?

– ¿Qué, cariño?

– Quiero mucho a la señorita Cameron.

Trent no sabía qué decir. Por el momento, no sabía qué iba a pasar y no lo sabría hasta que hablara con Libby. Gus avanzó hasta su mujer y le rodeó los hombros con un brazo.

– Creo que nuestra nieta lo ha dicho todo, ¿verdad, cariño?

El rostro de Georgia, siempre perfectamente controlado, evidenciaba una fuerte lucha interna.

– Trent, ya sabes que me costó aceptarte como yerno, pero a la larga, sé que hiciste feliz a Ashley. Kylie te adora – se aclaró la garganta – . Mereces ser feliz. Y no seré yo la que te lo impida.

Aquellas palabras sí que fueron verdaderamente inesperadas y Trent temía estar malinterpretando las señales. Los Chisholm parecían estar ofreciéndole una aprobación tácita.

Antes de que pudiera decir nada. Gus tomó la palabra a su mujer.

– Nada es tan importante para nosotros como la felicidad de nuestra Kylie – miró a Trent de frente queriendo decirle algo más que lo que comunicaban sus palabras – . Con todo lo que eso implica.

– Os lo agradezco – dijo por fin Trent sobrecogido por la emoción.

– De acuerdo, entonces – dijo Georgia apartándose de su marido – . ¿Quién quiere café?

– Yo no – dijo Kylie para diversión de todos.

Hacia media tarde, Trent salió de la oficina. Le parecía que había pasado una eternidad desde que saliera con Chad al rescate. Cuando su compañero lo vio, cruzó la habitación y lo abrazó.

– Amigo, lo has debido de pasar fatal. ¿Qué tal está Kylie?

– Nunca había estado tan asustado en la vida – dijo Trent después de contarle cómo se encontraba su hija.

– Te sientes impotente, ¿verdad? Estamos acostumbrados a arreglar las cosas siempre.

– Yo no pude ayudar a Ashley. Si hubiera perdido a Kylie, yo... – se detuvo.

– Pero por lo que cuentas, la situación ahora es bastante esperanzadora.

– Aún no ha pasado el peligro totalmente pero podría haber sido mucho peor. He venido para disculparme por no haber podido venir a trabajar. Puede que sea así durante algunos días.

– Por Dios, Baker, no pensarás que te iba a decir algo. Nada es más importante que la familia. Tranquilo, ya nos arreglaremos aquí – Chad le entregó un cuadro a Trent –. Además, hay buenas noticias. Mira esto. Dos reservas para julio. Colega, creo que el negocio ha despegado.

– Genial. Puede que el día termine mejor de lo que empezó, después de todo.

– No pareces muy convencido. ¿Qué pasa? – preguntó Chad con suspicacia.

– Lib.

– Dios, tío, no le echarás la culpa a ella, ¿verdad?

– No, pero... – no encontraba las palabras –. Ha ocurrido algo – acertó a decir.

– Bueno, sea lo que sea, arréglalo. Cuanto antes mejor. No te beneficia nada tener más estrés.

– Y que lo digas.

– Lo único que te digo es que esa mujer es buena para ti. Así que sea lo que sea que tengas que hacer, no lo estropees.

– Gracias por ser mi amigo – dijo Trent bajándose del mueble en que se había sentado y dándole una palmada a Chad en la espalda.

– Es fácil. Ahora, vete a casa o al hospital o adonde quieras. Pero arregla lo que haya pasado con Libby.

Cuando Trent salió de la oficina, se dirigió al hospital preocupado por las palabras de Chad. «Arréglalo».

Libby apenas probó bocado en la cena. Intuyendo que algo iba mal, Mona se quedó cerca de ella todo el tiempo, frotándose contra sus piernas y subiendo a la mesa en la que Libby estaba corrigiendo. Aunque de nada servía intentar trabajar. No podía dejar de pensar en su solitario último año de instituto cuando su padrastro se pasaba fuera la gran parte del tiempo viajando haciendo campaña en la carrera

hacia el senado. Para ella, aquella casa nunca había sido más que un lugar solitario, remoto e imponente.

La primavera llegó también a Oklahoma aquel año con su explosión de colorido floral y también la revolución de sus hormonas enfebrecidas. Como las flores, su joven cuerpo se abrió a las caricias, a los besos húmedos y más tarde a los insistentes arrumacos que culminarían con su iniciación en el rito del amor.

Hacía mucho tiempo que había destruido las fotos de su baile de promoción.

Decidida, intentó trabajar. Acababa de poner la calificación en el trabajo de Rory y una pequeña nota sobre la mejora experimentada cuando llamaron a la puerta. Se quedó petrificada porque sabía que los próximos minutos u horas decidirían su futuro. Todos sus intentos de ensayar una posible explicación habían sido en vano. Por mucho que lo intentara, no podía encontrar las palabras.

Al segundo toque, Libby se levantó y fue a abrir.

—Pasa —dijo sin demasiada convicción en la voz.

—Hola —dijo él frotándole el brazo cariñosamente.

—¿Cómo está Kylie esta noche? Parecía estar mejor cuando pasé por ahí después de clase.

—Cansada pero deseando volver a casa.

Trent se sentó en el sofá y Libby se acomodó en el suelo con la espalda apoyada en el sillón. Mona paseaba tranquilamente por el salón hasta que finalmente se acurrucó en su regazo.

—¿Lib? —preguntó Trent.

Libby levantó lentamente la cabeza y miró a Trent, que estaba inclinado hacia delante con las manos en las rodillas.

—Estoy aquí para escucharte pero, antes de que me cuentes nada, quiero que sepas una cosa. Nada de lo que puedas decir o hacer hará que deje de quererte.

—No estés tan seguro —dijo ella sintiendo un nudo en la garganta.

—Quiero que empieces por el principio.

Libby no estaba muy segura de dónde era eso, ¿El momento en que su madre se casó con Belton o cuando murió? ¿Tal vez el momento en que, deseosa de compañía y amor, le había pedido permiso para salir con Brett Perry?

No, el secreto que había estado ocultando todos esos años se había debido a la insistencia de su padrastro de que no permitiría que un molesto embarazo interfiriera en sus ambiciones políticas.

—Yo... yo no pude decírtelo. No podía decírselo a nadie —silencio.

—¿Qué no podías decirme?

Desesperadamente, evitó el contacto con sus ojos y miró alrededor aunque sabía que no podía posponer el momento indefinidamente.

– Lo de mi otro bebé.

Libby notó que Trent suspiraba profundamente.

– Eso pensaba. ¿Qué ocurrió?

– La primavera de mi último año en el instituto, me quedé embarazada.

– ¿Quién era el padre?

– Un chico con el que salía – se detuvo recordando lo desesperada que había estado por sentirse aceptada y amada. Y cómo al enterarse de su embarazo había esperado que, tras la graduación, pudiera haber celebrado una boda sencilla en el jardín y haber tenido a su bebé.

– ¿Qué ocurrió con él?

– Brett no quiso saber nada de mí ni del bebé. Tenía grandes planes. La universidad, hacerse abogado. No podía cargar con un bebé ni conmigo.

– Maldita sea – murmuró Trent.

– Pero no acaba ahí la cosa – Libby no podía detener la cascada de palabras –. Mi ambicioso padrastro tampoco quería que su carrera se viera afectada por una mancha en el honor de la familia. ¿Qué habría ocurrido si la prensa se hubiera enterado de lo que me había pasado? Se puede decir que compró a Brett y a su familia y a mí me dio un ultimátum. O abortaba o me olvidaba del dinero para ir a la universidad.

– Lib... – Trent estaba enrojecido.

– Por favor. Déjame terminar. Lo único que he querido ser en esta vida es esposa y madre. Tener hijos que supieran que eran queridos y aceptados. Brett fue un cobarde pero ya lo he superado. Sólo quería a mi bebé. Y juré que haría todo lo posible por protegerlo aunque eso significara oponerme a papá Belton – se atragantó con la palabra –. La pequeña y dulce Libby presentó batalla.

– Pero no tuviste a nadie que te apoyara.

– Estaba desesperada – dijo ella con expresión sarcástica –, pero no era estúpida. Lo amenacé con contarle lo de mi embarazo a la prensa local. Algo así no habría gustado mucho en el distrito conservador en el que vivíamos.

Trent hizo ademán de acercarse a ella pero Libby lo detuvo con un gesto de su mano.

– Hay más – no podía dejar que Trent la reconfortara todavía. Tenía que purgar todo lo que había estado en cerrando en su corazón durante años –. Al final conseguí que me dejara ir a vivir a otra parte para poder tener a mi bebé. Después lo daría en adopción – recordaba la escena en el despacho de su padrastro, hablando de la vida de su hijo como si fuera un acuerdo de negocios –. No podría hablarle a nadie de mi «vergüenza», ni intentar encontrar a mi hijo, o mi padre tomaría represalias – se en cogió de hombros –. No me dio demasiadas opciones. Me mudé a Oregon. Todos mis amigos pensaron que me iba a una escuela de verano.

– ¿Y el bebé...?

Hasta el momento no se había dado cuenta de que estaba llorando. Se limpió una lágrima y sacudió la cabeza.

—No sobrevivió.

—¿Qué quieres decir?

Como si se tratara de una película en blanco y negro, el rostro de aquel médico se coló en su cerebro, la sala de partos en un silencio que no presagiaba nada bueno, y el brillo de las herramientas de acero. Sus palabras aún le causaban pesadillas: «Lo siento. Su hijo está muerto».

Perdida en sus pensamientos, no se dio cuenta de que Trent se había acercado a ella hasta que la tuvo en sus brazos.

—Nació prematuramente a los seis meses y medio.

—Dios —su grito de dolor resonó por encima del llanto de Libby.

—Estaba en Oregón sola —dijo, pero se guardó que sólo el movimiento de su vientre y la promesa de una nueva vida la alentaba.

Trent la acunó en sus brazos. Libby no sabía cuánto tiempo estuvieron así, ayudándose en el dolor de cada uno. Le dolía el corazón por la pérdida de dos bebés y sus lágrimas parecían no tener fin. Pero, poco a poco, fue dándose cuenta de que las lágrimas no provenían sólo de sus ojos. Al final, Trent se separó un poco y le tomó el rostro en las manos.

—¿Por qué no me lo contaste?

—Yo... no podía —dijo ella tratando de recordar por qué no lo había hecho—. Cuando estaba en Oregón hice mi elección. A partir de aquel momento, poco o nada tendría que ver con mi padrastro, pero sí iba a dejar que pagara mi educación. Así fue como acabé en Montana. Me juré que empezaría una nueva vida, sin mirar atrás, sin reconocer un pasado de soledad y abandono. Sería una de tantas personas sin preocupaciones. Era la única forma de sobrevivir a aquellos primeros meses tras el aborto. He pasado años guardando el secreto, incluso a mí misma. De otro modo, me habría destrozado.

—Entonces cuando te quedaste embarazada de nuestro bebé...

—Fue como si se me estuviera dando una nueva oportunidad, una nueva vida. Tenía un marido que me amaba y un hijo en camino. Mi sueño de formar una familia se estaba haciendo realidad por fin. No puedes imaginar lo feliz que me sentía.

—No. Fui demasiado insensible para darme cuenta.

—Eras muy joven, Trent. Además, ¿cómo podrías haberlo sabido?

Emocionalmente y físicamente aliviada, se sintió reconfortada entre los brazos de Trent, escuchando el fuerte latido de su corazón.

Al rato se levantó para ir al cuarto de baño y Trent se quedó solo. No podía dejar de pensar en lo estúpido que había sido. Se levantó furioso y comenzó a pasear por el salón pensando en el senador Belton, un hombre egoísta y necio. Su

comportamiento había sido inexcusable. También pensó en Kylie y si alguien llegaría a tratarla alguna vez con tanta dureza.

Lo bueno era que allí estaba Libby, una superviviente que, a pesar de lo que había sufrido, era capaz de amar a su hija Kylie incondicionalmente. Y él quería ser el hombre que la amara por completo y estuviera dispuesto a pasar el resto de su vida con ella para demostrarle que, aunque había sido inadecuado para ella en el pasado, era el hombre perfecto para ella ahora.

Cuando Libby entró de nuevo, se había quitado todo el maquillaje y, a pesar de la rojez en sus ojos, consiguió sonreír y se acercó a él.

—Debería habértelo contado. Trent. No te culpes por lo que pasó hace tiempo —se acurrucó en sus brazos—. Y quiero que sepas otra cosa. Adoro a Kylie, no sólo por que representa el hijo que nunca tuvimos, sino porque es muy especial —se detuvo y lo miró llena de amor—. Y porque es parte de ti, el hombre que siempre amaré.

—Yo también te amo —dijo besándola ligeramente—. No soy aquel hombre, lo sabes.

—Lo sé —dijo ella—. Ni yo aquella niña asustada —le metió los dedos en el cabello—. Se lo prometí a Kylie. Ahora es tu turno. Trent, cariño, siempre seré sincera contigo.

—Cásate conmigo, Lib. De nuevo —dijo él abrazándola con fuerza.

Libby se rió y le rodeó el cuello con los brazos.

—¿Cuándo?

Capítulo 14

—¿Abuela? —preguntó Kylie despertando tras un sueño reparador.

—Estoy aquí —dijo Georgia dejando la labor de punto de cruz que estaba haciendo.

—He tenido un sueño —dijo bostezando—. Estaba mamá también. Estaba muy guapa.

—Me lo imagino.

—¿Sabes quién más estaba en el sueño?

—No. Dímelo tú.

—La señorita Cameron.

—¿Y qué estaban haciendo?

—Mamá llevaba una corona, como mi Barbie princesa. Y se la ponía a la señorita Cameron en la cabeza. Ella también estaba guapa.

Georgia se sentó en el borde de la cama y se llevó los dedos de Kylie a los labios.

—Parece un sueño maravilloso.

—Sí —dijo Kylie cerrando los ojos con una sonrisa. Georgia sintió el corazón en la garganta. Si Kylie necesitaba una madre ella no podía objetar nada.

—¿Sabes una cosa? La señorita Cameron no tiene mamá tampoco —dijo Kylie abriendo los ojos y mirando a su abuela seriamente—. Era pequeña como yo cuando su mamá murió.

—¿Cómo lo sabes?

—Hablamos. Somos amigas —dijo Kylie ladeando la cabeza—. Y también será tu amiga si tú quieres.

Aunque le regalara todas las Barbies del mundo no sería suficiente. Lo que tenía que dar a su nieta realmente era la aprobación para una nueva madre.

—¿Qué hacéis, chicas? —preguntó Gus entrando seguido de Trent.

—Hablar, claro —dijo Kylie.

—¿Puedes darme las llaves del coche? —preguntó Georgia a su marido.

—¿Vas a algún sitio?

—Sí. Al colegio de Kylie, si Trent me dice cómo llegar.

—Claro —dijo Trent—. ¿Quieres que haga yo algo para ahorrarte el viaje?

—No. Esto es algo que tengo que hacer yo. Voy a ver a Libby.

Trent miró a Gus en busca de respuesta pero éste se limitó a encogerse de hombros.

– Probablemente estará en clase.

– Vale. Esperaré entonces – dijo tomando el bolso y las llaves –. Adiós, tesoro, volveré en un rato – y salió de la habitación con un gesto travieso en el rostro. Hacía años que no había puesto un pie en un colegio de primaria.

Libby estaba en su mesa, viendo una película con sus niños. El ciclo vital de las abejas no le interesaba gran cosa. Estaba allí como en un sueño, aliviada porque Trent la hubiera perdonado. No podía pedir un hombre más comprensivo. Tal vez lo hubiera juzgado mal en el pasado o tal vez la vida les hubiera enseñado a confiar. Fuera lo que fuera, Trent la hacía sentirse amada y protegida. De hecho, no tendría preocupación alguna de no ser por la entrevista que iba a tener con Jeremy Kantor esa tarde.

Libby sintió una manita en el hombro. Abrió los ojos avergonzada creyendo que se había quedado dormida. Era Lacey.

– Señorita Cameron, mire. Hay una señora en la puerta.

Cuando Libby se giró esperaba encontrar a Mary o a la secretaria, pero abrió los ojos genuinamente sorprendida. ¿Georgia Chisholm?

– ¿Georgia? ¿Le ocurre algo a Kylie? – preguntó acercándose a la puerta.

– No – Georgia llevaba el abrigo bajo el brazo. Hizo un gesto hacia una silla vacía junto a la mesa de lectura –. He venido a hacerte una visita. ¿Te importa?

– Claro que no, pero...

– ¿Tienes un descanso para comer?

– Los niños saldrán al recreo en unos minutos.

– Bien. Me gustaría hablar contigo. Lo que tengo que decirte no me llevará mucho tiempo.

– Muy bien – dijo Libby acompañándola a una silla vacía.

Libby volvió a su mesa y aparentó interés. Los padres y familiares de los niños eran invitados a visitar las clases siempre que quisieran pero ella no estaba preparada para la visita de Georgia Chisholm, con su immaculada ropa de diseño.

Libby la miró tratando de imaginar el motivo de aquella visita pero nada la habría preparado para lo que Georgia le dijo cuando los niños salieron al recreo.

– Quiero pedirte disculpas.

– ¿Por qué? – preguntó Libby sentándose junto a ella en la mesa de lectura.

– Por haber sido una vieja amargada.

Libby se dio cuenta de que había algo más pero, antes de poder decir nada, Georgia continuó.

– Cuéntame cosas de tu niñez.

Libby no sabía lo que esperaba pero desde luego no había sido aquello. La empatía que vio en los ojos de Georgia la empujaron a hablarle de las muertes de sus padres y de la vida con un padrastro indiferente.

–Querías mucho a tu madre –dijo Georgia cuando terminó.

Libby levantó la vista y miró hacia la ventana. Aún la echaba de menos, después de tantos años.

–Sí.

–Kylie me dijo que había hablado contigo de Ashley.

–Kylie y yo tenemos mucho en común.

–Me imagino que deseas mucho formar una familia.

Una vez más, la conversación tomó un giro inesperado. ¿Pero qué podía perder por vaciar su alma con aquella mujer?

–Eres muy intuitiva. Toda mi vida he soñado con ser parte de una familia feliz –suspiró–. Tal vez no sea más que un sueño pero quiero ser madre, tener hijos. Pasar mi vida con el hombre que amo... –se detuvo por la emoción.

–¿Es Trent ese hombre, Libby? –preguntó Georgia tomándole la mano.

–Sí.

–Bien –dijo Georgia visiblemente aliviada–. Dentro de mi amargura y mi pena, soy culpable de haberte juzgado sin motivo. A ti y también a Trent.

–Nunca intentaría ocupar el puesto de Ashley.

–Ahora lo sé. Pero en una forma, y por extraño que parezca, quiero que lo hagas.

–No entiendo –dijo Libby oyendo las risas de los niños por el pasillo.

–No tienes madre. Yo no tengo hija. Kylie necesita una familia. Necesita una madre –Georgia pestañeó rápidamente–. Ahora veo lo que antes no podía. Te quiere –Georgia levantó una mano cuando Libby trató de decir algo–. Espera. Déjame terminar–. Yo te quiero.

–¿Una familia? –a Libby se le llenaron los ojos de lágrimas.

–Una familia. Trent, Kylie, tú, Gus y yo. A veces no tenemos la familia que deseamos, pero podemos tener la opción de tenerla –de nuevo levantó una mano para que no la interrumpiera–. La mía está construida en algo maravilloso y no sólo es Kylie. Somos todos nosotros.

–¿Estás segura?

–Totalmente –dijo Georgia rodeando los hombros de Libby con un brazo, haciéndola sentirse querida–. Bienvenida a casa, Libby.

–¿Está enferma? –Bart Ames interrumpió el momento.

–Sí, señorita Cameron. ¿Es enfermera esta señora?

—No es ninguna enfermera, niños y niñas, es mi nueva madre —dijo Libby sonriendo a Georgia.

A las cuatro y cuarto, Libby llegó a casa. Debería ser un día de celebración. Georgia la había aceptado, Kylie saldría del hospital a la mañana siguiente. Trent la amaba y ella había aprendido una importante lección sobre confianza.

Pero en quince minutos, Jeremy Kantor aparecería en su puerta dispuesto a hurgar en su pasado. Y aún no tenía idea de cómo iba a manejar la situación. Ni si había logrado perdonar a su padrastro.

Cuando el timbre sonó, se quedó en medio del salón, presa del pánico. Cuadró los hombros. Tenía que enfrentarse a aquello. Si no era Jeremy Kantor sería otro periodista en cualquier otro momento.

Pero cuando fue a abrir la puerta se encontró a Trent.

—¿Trent?

—No pareces muy contenta de verme. Probemos otra vez —dijo él cerrando la puerta y tocando el timbre de nuevo. A Libby le encantaba su actitud juguetona, pero no era el momento.

—Trent... cariño —dijo Libby abriendo la puerta de nuevo.

—Eso está mejor —dijo él cruzando el umbral y abrazándola—. He salido pronto del trabajo y me dirigía al hospital, pero quería ver antes a mi chica.

—Me has dado una sorpresa, eso es todo.

—¿Por qué? ¿Esperas a alguien?

—De hecho... —el timbre sonó de nuevo. Trent la miró sin comprender y Libby fue a abrir la puerta. En el porche había un hombre joven con el pelo largo de color oscuro y gafas de montura de metal.

—¿Señor Kantor?

—Usted debe de ser Libby Cameron.

—Sí. Pase, por favor.

Libby le presentó a Trent y explicó quién era para que éste comprendiera.

—El señor Kantor es periodista y ha venido a entrevistarme para un artículo que está escribiendo sobre el senador Belton.

—Entiendo.

—Por favor, siéntese —Libby hizo un gesto hacia el salón—. Los dos —y ella se sentó en la mecedora. Mona salió de debajo del sofá y olisqueó al extraño, un tanto suspicaz. Libby se agachó y la tomó en brazos.

— Le agradezco que hay accedido a verme. Quisiera hacerle algunas preguntas pero no creo que nos vaya a tomar mucho tiempo — dijo el periodista sacando una pequeña grabadora que dejó sobre la mesa —. ¿Le importa que grabe la entrevista?

— Un momento — dijo Trent.

— Está bien — dijo Libby. El momento había llegado después de mucho tiempo y ella diría lo que tenía que decir —. Estoy bien — añadió sonriéndole.

— Bien. Empecemos entonces — dijo el joven encendiendo la grabadora—. ¿Puede decirme algo del matrimonio de su madre con el senador y sobre su niñez en Muskogee?

Libby obedeció pero sin entrar en demasiados detalles sobre la miserable soledad que la envolvió tras la muerte de su madre.

— ¿Cómo describiría su relación con su padrastro?

— No me faltó nunca de nada — Libby comenzó buscando con cuidado las palabras —. Era un hombre muy generoso a ese respecto. Sin embargo, Vernon Belton era, y es, un animal político sobre todo, no un hombre de familia. No puedo imaginar que quedarse a cargo de una hijastra entrara en sus planes.

— ¿Entonces no estuvieron nunca muy unidos?

— Siempre estaba muy ocupado.

— ¿Se sintió abandonada?

— No conscientemente.

— ¿Y emocionalmente? Debe de haberse sentido sola a veces. ¿Me equivoco o en la casa sólo estaban usted, el senador y la asistente?

— Sí. Pero en lo de la soledad, no lo culpo por ello — y en ese momento se dio cuenta de que era cierto —. Simplemente, era así.

¿Por qué no se habría dado cuenta antes? ¿Por qué no había visto antes que Vernon Belton lo había hecho lo mejor que había podido dado quién era?

— ¿Pero es justo decir que nunca se sintieron muy unidos?

Por el rabillo del ojo vio que Trent se estaba inclinando un poco hacia delante.

— Sí, lo es.

Kantor sacó del bolsillo de la chaqueta un cuaderno y buscó una página.

— Según uno de mis informadores, cuando se fue de Muskogee después del instituto, apenas volvió por allí. ¿Es esto correcto?

— Sí.

— ¿Y nunca ha visitado al senador en Washington?

— Correcto.

Trent miró nervioso a Libby y después al periodista.

— ¿Adónde quiere llegar?

Ignorándolo, Kantor se dirigió directamente a Libby.

—Señorita Cameron, me he dado cuenta de que no utiliza el apellido del senador.

— Elegí no hacerlo — dijo ella mirándolo fijamente.

— Pero él la adoptó, así que debió de decidirlo cuando se fue de casa.

— Así es.

— ¿Por qué no? ¿Ocurrió algo que provocara esa decisión?

¿Qué le debía al honorable Vernon Belton? ¿Y qué se debía a sí misma?

— Sí.

Trent se levantó y se dirigió hacia ella con la intención clara de protegerla.

— No, Trent — dijo ella haciéndole un gesto para que volviera a sentarse —. Sé lo que hago.

— Parece como si quisiera dejar atrás su pasado cuando se mudó al oeste — dijo el periodista, cuyos ojos habían adquirido un brillo casi salvaje.

— Así es. ¿Quiere saber la historia? Aquí está — y para su sorpresa, una vez que las palabras comenzaron a fluir, empezó a serenarse —. No todo el mundo está hecho para ser padre. Vernon Belton es una de esas personas. Siento el mayor respeto por su dedicación al servicio público. El hecho de que no supiera ser el padre que yo necesitaba y deseaba, aunque es una pena, no fue algo de lo que él fuera responsable.

»Cuando era adolescente, algunas de las cosas que echaba en falta eran de carácter emocional, como la aceptación de mis amigos, novios, esas cosas — se detuvo y pensó con cuidado en lo que iba a decir a continuación —. Supongo que le gustaría saber más cosas que motivaron nuestra separación. De hecho, probablemente sea la razón de que esté aquí. Pues bien, cuando me gradué en el instituto, mi padrastro quería continuar dirigiendo mi vida — sonrió con ironía —. Después de todo, estaba acostumbrado a hacerlo siempre, y se le daba bien.

— ¿Y usted se rebeló?

— ¿Podría usted culparme? — sonrió —. Necesitaba huir. Lejos — ni siquiera estaba mintiendo —. Pensamos que era lo mejor. Él me dio dinero para mi educación, para que pudiera conseguir mis sueños, y así él quedaba libre de toda responsabilidad sobre mí. Podría ser yo misma sin la presión de ser la hija de un político.

— Pero no me cabe duda de que debe de sentir algo de resentimiento por una infancia que no parece ideal.

— ¿Ideal? Señor Kantor, estoy segura de que no es usted tan ingenuo para creer que existe la familia ideal. Mi infancia fue como fue, y moldeó a la mujer que ahora soy. No podemos elegir a nuestras familias — se maravillaba de estar repitiendo las palabras de Georgia —, pero tenemos la oportunidad de crear la nuestra. Desafortunadamente, el senador y yo no lo conseguimos. Espero que pueda perdonarme porque hasta hace bien poco no había sido capaz de perdonarlo.

—¿Quiere decir con eso que realmente espera poder cerrar la herida abierta entre ustedes?

—Tengo en mente intentarlo. Pero eso es algo entre él y yo y no es de interés público.

Kantor extendió el brazo para apagar la grabadora, pero Libby lo detuvo.

—Tengo algo más que decir.

—Adelante.

—El senador ha sido una persona pública seria y responsable durante su mandato. La política requiere el cuerpo y el alma de aquéllos que se dedican a ella. Tal vez, se quedara sin nada más que ofrecer. Espero que mis palabras lo hayan ayudado a tener una opinión favorable de ambos. No tengo nada más que decir.

—Gracias, señorita Cameron —dijo el periodista levantándose—. Ha sido usted de gran ayuda.

—Lo acompaño a la puerta.

Cuando regresó al salón, Trent estaba junto a la chimenea y parecía tan cómodo que el corazón se le llenó de alegría.

—¿Has dicho en serio todas esas cosas?

—Totalmente en serio —dijo ella acercándose a él—. La vida es demasiado corta para vivirla con amargura y resentimiento, especialmente por cosas que no puedes cambiar.

—Ven aquí, preciosa —dijo él abriendo los brazos, y Libby se sintió más libre de lo que recordaba haberse sentido en mucho tiempo.

—¿Has hablado con Georgia?

—Ese es uno de los motivos por los que estoy aquí. Esa mujer me dijo que si no te daba un anillo pronto, cambiaría de opinión acerca de mí.

Se metió la mano en el bolsillo y sacó una pequeña caja de terciopelo algo gastada.

—Este anillo no es como el primero que te regalé y necesitará algún ajuste —dijo mirando la caja—. Libby, te prometo que esta vez seremos una familia.

Libby no podía dejar de sonreír.

—Ábrela —dijo.

En su interior, en una cama de satén de color crema, había una exquisita esmeralda engarzada en plata vieja. Libby lo miró desconcertada.

—Georgia me lo ha dado. Perteneció a su madre. Hizo que una vecina se lo enviara anoche. Quiere que lo tengas tú. Y yo también.

—¿Trent? Soy muy feliz. Al fin somos una familia.

Weezer llegó pronto y tomó asiento en las primeras filas en la iglesia. Miró a su alrededor, serena en el silencio del templo apenas iluminado por los rayos de sol que se filtraban por las vidrieras. Olía a madera encerada, flores y cera de las velas.

La familia comenzó a llegar. Cerró los ojos y dio las gracias porque el invierno que había cubierto el alma de aquéllos a los que amaba pasara pronto. Cuando Trent le contó lo del aborto y su inmadura reacción años atrás, el alma se le encogió ante el dolor de su chico. Bendijo a los dos por haber cargado con esa pena durante tanto tiempo.

Oyó un ruido detrás y vio a Lila. Weezer le hizo una señal. Lila había pedido vacaciones en el casino para ir a Whitefish y ocuparse de Kylie cuando los Chisholm se fueron. Weezer agradecía que Lila hubiera podido llegar para estar con Trent y Libby en ese día.

El cura entró y encendió las velas del altar. Del órgano salieron las primeras notas de *Canción de cuna*, de Brahms. Lila tomó la mano de Weezer.

La puerta de la iglesia se abrió y entraron los Chisholm seguidos por Trent, Kylie y Libby, que llevaba un libro debajo del brazo. A medio camino del pasillo, Libby extendió el brazo, tomó la mano de Trent y éste sonrió con tanta ternura que Weezer, que rara vez lloraba, sintió una molesta picazón en los ojos. Se sentaron todos juntos en el primer banco.

Entre los asistentes también estaba la amiga de Libby, Lois. Cuando todos estuvieron sentados, el reverendo Jeter salió de la sacristía. Durante un momento permaneció en silencio, la cabeza inclinada. Finalmente, la levantó y miró a Trent y a Libby.

—Nos hemos reunido aquí hoy para recordar y rendir homenaje al momento en que, Libby, recibiste la noticia, llena de esperanza, de que ibas a tener un hijo y para llorar la pérdida de su vida. No podemos saber la respuesta a la pregunta «¿por qué?». Pero sí podemos estar seguros de la bondad infinita de Dios. Sabemos que comprende vuestra pena y comparte vuestras lágrimas, al igual que promete reconfortaros y sanar la herida.

Weezer vio que Libby tenía un nudo en la garganta. Trent permanecía con la cabeza inclinada. El reverendo leyó entonces:

—Mensaje de Isaías. «El Señor cuidará de su rebaño como un pastor, mantendrá juntas a sus ovejas y las alimentará» — se detuvo y añadió —: Oremos. Padre nuestro, tu hijo tomó a dos pequeños en sus brazos y los bendijo. Danos ahora el mensaje de que esos pequeños no nacidos están dentro de tu abrazo amoroso. Libby y Trent han venido hoy aquí para encomendar a... — vaciló un momento.

—Scooter — dijo Trent con voz estrangulada. Libby le pasó el brazo por el suyo y lo acercó a sí mientras el reverendo sonreía para darles ánimos.

—Para encomendar a Scooter a tu amor y cuidado infinitos, junto con...

Libby lo miró con lágrimas en los ojos y sacudió la cabeza con tristeza.

— Junto con el bebé que nació muerto anteriormente. Encomendamos estos dos bebés a tu abrazo amoroso y compasivo porque sabemos que allí encontrarán la paz y el cuidado.

Weezer nunca se había sentido tan orgullosa de Trent. Había admitido su insensibilidad pasada. Al mirarlo ahora no tenía duda alguna del futuro que la aguardaba.

— ¿Lobby? — el cura la llamó al levantarse —. ¿Trent?

La pareja se levantó y permaneció frente a él.

— Libby, en tus manos tienes el libro con los recuerdos de aquellos primeros meses de tu embarazo. ¿Qué has decidido hacer con él?

Libby miró a Trent, que se acercó más a ella y le rodeó la cintura con un brazo.

— Se lo confío a usted, padre, como símbolo de mi cura y mi deseo de abrazar todo aquello que mi futuro me depare.

Weezer vio las letras escritas en la tapa del libro que Libby le dio al cura. *Mi libro de bebé.*

— Trent, ¿qué más habéis traído Libby y tú en señal de ofrenda?

— En memoria de estos dos bebés no nacidos, queremos ceder a la iglesia este cheque en contribución a la redecoración de la guardería.

— Dios todopoderoso, te ofrecemos este regalo para los pequeños. Que sus vidas sean bendecidas con este detalle de amor.

Cuando Libby regresó a su banco, le pasó el brazo por encima de los hombros a Kylie y la besó en la frente. Georgia estaba tocándose los ojos con un pañuelo y Gus se aclaró la garganta.

— A todos los que se han reunido hoy aquí, les pedimos su apoyo para Libby, Trent y Kylie en su camino para enfrentarse a los misterios de la vida y la muerte y para que se fortalezcan los lazos de su familia. Oremos.

Perdida en sus recuerdos del niño que montaba en bici, saltaba verjas y reía de felicidad cuando consiguió su primer salto sobre los esquís, Weezer no escuchó mucho más. En su lugar, pidió su propio deseo: «Que tengan la oportunidad de traer al mundo una nueva vida».

Epílogo

Mayo

— ¡Papá, no! No puedes entrar — Kylie, vestida con vestido de tafetán rosa, se apoyó contra la puerta de la habitación que había junto a la sacristía.

— Por favor — Trent imploró a su hija.

Georgia y Libby intercambiaron sonrisas divertidas.

— No está permitido — dijo Kylie con exasperación —. No puedes ver a la novia antes de la boda.

— ¿Puedes darle un mensaje entonces?

— Vale — dijo la niña con los brazos en jarras.

— Dile que la quiero y que estoy impaciente.

— Dile que yo también — dijo Libby guiñándole un ojo a Kylie con gesto cómplice.

— ¡Ella también! Y ahora vete.

Libby se miró en el espejo y reconoció que por mucho que una mujer tuviera que esperar, verse vestida de novia era como ver a una preciosa nueva mujer. Apenas podía reconocerse.

— Estás preciosa, querida — dijo Georgia con el velo en las manos —. ¿Me dejas?

— Será un honor — dijo Libby inclinando la cabeza para que la otra mujer pudiera fijarlo con unas peinetas. Cuando terminó, se miró en el espejo otra vez. Su primera boda años atrás había consistido en un viaje apresurado a Las Vegas, unas rápidas palabras y una apresurada salida de la capilla. En ese momento, se veía como una novia de verdad, afortunada de poder casarse con Trent Baker por segunda vez.

— ¿Cuánto queda? — preguntó la niña balanceándose impaciente.

— Poco — dijo Georgia poniendo el brazo por encima de los hombros de su nieta.

— Pareces una Barbie novia — dijo Kylie extasiada.

— Gracias a las dos por todo. Por aceptarme. Por quererme.

— Es fácil — dijo Kylie.

— Es verdad — dijo Georgia con sonrisa cómplice.

— Gracias también por comprender que necesitara que la boda se celebrara precisamente en este día.

— El Día de la Madre — dijo Kylie con orgullo.

— Toda mi vida, el Día de la Madre había sido triste, en soledad.

— Me lo imagino — murmuró Georgia.

Y Libby sabía que era cierto. Después de todo, ella había perdido a su hija.

—Deseaba mucho una razón para celebrar este día y a partir de hoy, Kylie y yo tendremos una madre y tú, querida Georgia, tendrás una hija. Todo eso y además, un aniversario de boda —dijo sonriente.

—No quiero estropear el vestido pero quiero abrazarte y decirte lo mucho que te quiero —dijo Georgia sin poder contenerse.

—Tú eres más importante que un vestido —dijo Libby a punto de llorar—. Yo también te quiero.

—Y yo también —dijo Kylie.

Y llegó la hora. Libby no pudo evitar echar un vistazo a la iglesia. Estaba abarrotada. Cuatro bancos ocupados por sus alumnos y sus padres. Se alegró de ver a Mary y, junto a ella, a Doug acompañado de la nueva profesora de primaria. Georgia fue a sentarse a su banco y, Kylie, que debía acompañar a Libby, esperó impaciente a que sonara la marcha nupcial.

Un minuto antes de que diera comienzo la ceremonia, Libby vio una grandiosa limusina aparcada en la puerta. El conductor salió y se apresuró a abrir la puerta. Libby contuvo un grito al ver quién era: el senador.

Este subió los escalones y se detuvo para quitarse el abrigo y el sombrero. Después se acercó a Libby, las mejillas sonrojadas por el esfuerzo.

—No me lo he perdido.

—No —dijo ella aún sorprendida de verlo.

—Supongo que no querrás que te acompañe al altar —dijo mirando hacia el interior de la iglesia.

—Lo sabes muy bien. Criaste a una mujer independiente. Nadie puede hacer eso sino yo misma.

—Lo sabía —dijo él—. Pero antes de entrar, quiero decirte que eres la novia más hermosa que he visto, y he visto muchas —y se inclinó para besarla—. Te deseo toda la felicidad.

—Gracias. Estoy encantada de que hayas podido venir —dijo Libby. Al mirarlo, vio un brillo húmedo en los ojos del senador y se dio cuenta de que aún podían mejorar las cosas.

—Pensándolo mejor, será un honor que me acompañes al altar.

El órgano sonó y el hombre le ofreció el brazo. Aunque apenas era consciente de las sonrisas y los gestos de aprobación de los invitados, sus ojos no perdieron de vista en ningún momento al apuesto hombre que esperaba junto a Chad. El hombre que había esperado toda su vida. El hombre que le había dado una hija y le prometía nuevos bebés de los dos.

Y al mirarlo a los ojos pletóricos de amor por ella, se sintió impaciente por empezar a intentarlo.

Fin